

Un Canal... Un Camino...
Impresiones de Elisea

Miranda Gandi

Valparaíso (Chile), 2016

Miranda Gandi, *Un Canal... Un Camino... Impresiones de Elísea*

Edición digital

ISBN 975-956-404-218-3

Junio de 2021

Santiago de Chile

www.mirandagandi.cl

Un Canal... Un Camino... Impresiones de Elísea

© Miranda Gandi.

Registro de Propiedad Intelectual N° 266.150

ISBN N° 978-956-362-816-6

Edición limitada de 100 ejemplares

Valparaíso (Chile), noviembre 2016

Digitalización, composición y edición de textos

Miranda Gandi

Diseño conceptual de portada

Miranda Gandi y Winko Franz

Diseño gráfico de portada

Impresos Libra

Fotografía portada: Puentes ferroviario y carretero sobre el río Cautín desde Temuco Centro a Padre Las Casas (ca. 1985)

Propiedad de César Martínez von V.

Impresos Libra, Valparaíso – Chile

Dedicado

A quienes debo Quien soy.
Y, con profunda humildad,
a cuantos debo agradecer
por aquello que no soy.

CONTENIDO

Prefacio. Origen de una vocación tardía y definitiva por la escritura.	
De la Poesía a la Narrativa	7
Epígrafe de Max Steiner	17
Un canal... un camino...	18
Sospechosos de guitarra y... 'guatapiques'	28
El vestido blanco	55
El jardín	58
El paseo de las madres	73
Alguna relación entre Fray Luis de León y 'la palabra'?	85
La capa de aguas	90
De la política y sus políticos	100
Cuando floreció el huerto	117
El tarro de pintura	129
De la 'única herencia' y de las connotaciones de 'un rojo'	134
El patio mariano	140
El paseo mariano	159
La cuestión revolucionaria-universitaria, tal como fue vislumbrada y zanjada sin mayores trámites en la Cabina 3	164
¿Cuándo, exactamente, dejamos de ser personas?	194
La memoria insurrecta	203
El año en que vendí mi alma al Diablo por una falda y una blusa más unas cuantas monedas	218
Los meandros	226
Las trampas de la memoria	255
Referencias geográficas y cronológicas	263
Epígrafe de Louis Germain (a Albert Camus)	266

Custodiaban la comarca de Elisea, en los confines de la Tierra, por el este la Cordillera altiva y escarpada, firme, austera, silenciosa y vigilante como una madre oteando los cuatro horizontes; y el Mar por el oeste, extenso y profundo, gruñón, severo y poderoso, siempre yendo de aquí para allá y de allá para acá con aire grave e imponente, golpeándose el pecho con ambas manos y repitiendo incansablemente con voz ora atronadora y temible, ora suave, obstinada y susurrante como escuchándose a sí mismo: “¡Yo soy el padre! ¡Yo soy el padre!”. Habían apostado la madre Cordillera y el padre Mar, por su parte, al hermano Desierto, árido e infranqueable, sensual y sagaz, astuto como un zorro, por el norte; y a la hermana Selva, húmeda e impenetrable, helada, celosa, hosca y ensimismada como una virgen, por el sur. A fin de disuadir a todo aquel que osase internarse en la comarca sin la debida autorización.

(De la novela inconclusa
COROLARIO SOBRE LA EPOPEYA DE ELISEA)*

* Ver párrafo alusivo en Prefacio

PREFACIO

ORIGEN DE UNA VOCACIÓN TARDÍA Y DEFINITIVA POR LA ESCRITURA

DE LA POESÍA A LA NARRATIVA

¿Por dónde comenzar?

La punta del hilo de la madeja debe encontrarse en alguno de los dos extremos. El escritor da vueltas entre sus dedos este amasijo de hebras, lo sostiene y sacude en forma vertical, de un lado y del otro, pero la hebra no se digna aparecer. Él sabe que una vez que ésta caiga, todo irá como por un tubo. La madeja está hecha para ir desenvolviéndose a sí misma, entregando, centímetro a centímetro, su caudal de estambre, pero... ¡hay que encontrar la punta!

.....

Las dos puntas del hilo

Veamos... Por un lado tenemos el *acontecimiento externo* que desencadenó esta vocación tardía: la pérdida. El enfrentamiento con la Muerte (de un ser querido, en este caso) –una de las dos experiencias más abrumadoras en el paso por esta existencia que llamamos terrenal (la otra sería la experiencia del amor pleno: la fusión en el acto sexual)– puede ocasionar estragos en la psiquis de un ser humano cualquiera. Cada individuo responderá echando mano al bagaje formativo/educacional, cultural, emocional y, sobre todo, vivencial acumulado hasta ese instante. Todos, sin excepción, estarán equipados para sobrellevar el dolor y vivir el duelo. Diferencias habrá en la

cantidad y en el contenido de las maletas, acaso también en el valor material del bagaje. No obstante, y primordialmente, el factor decisivo estribará en el uso que haremos de él, sea esto en forma elaboradamente consciente, o espontánea.

El hecho escueto es que la respuesta a *esta* interpelación aflictiva al individuo fue: la Poesía. Bajo el influjo del dolor y a semejanza de una erupción volcánica, versos salieron disparados a diestra y siniestra como materiales de densidades diversas. Algo más de medio siglo había dormido este volcán, con sus faldeos cubiertos por capas sobre capas de silencio y laconismo extremo, reserva y restricción de las emociones, el mutismo invencible...

La relación del surgimiento del fenómeno creativo (desprovisto éste de antecedentes o pretensiones literarias previas, aspecto en el que se profundizará más adelante) quedará plasmada en la prosa poética del texto intitulado «A manera de Prefacio», con el que la autora presenta la auto edición de un primer poemario de 76 páginas, *VERSOS ESCONDIDOS*, Santiago 1995: “...; fue ésta, tal vez, la ludia que aguardaba la harina acumulada por el molino del tiempo que fue triturando y moliendo incesantemente los granos del trigo ya maduro;... La sal tampoco fue negada y en los primeros meses de 1994 llegó en la forma de un llamado al concurso de poesía... Conservando una antigua tradición de tales australes regiones, el agua arribó torrencialmente el 7 de abril del mismo año, a raíz de una llamada telefónica desde la ciudad de Temuco anunciando la muerte irremediamente esperada de la madre. Fue el bus interurbano el testigo del primer lamento, Too late, y de los que le siguieron en el transcurso del largo trayecto, tantas veces recorrido en los dos últimos años: Mortaja, Herencia materna, Antidescendencia, Monona. Receptáculo: un viejo cuaderno depositado apresuradamente en el bolso de viaje, sin ningún propósito predeterminado...”. Viaje profusamente regado de lágrimas (todas las lágrimas que nunca antes cayeron), como una esclusa rota de improviso deja caer todo el caudal contenido hasta el momento. Y en el reino de la Poesía, el fuego vencerá por primera, o una vez más, al agua...

Por otro lado, sobre la contracubierta de esta primera publicación, la autora apuntará la siguiente abstracción: “... este libro es el compendio y el resultado parcial de lo que soy; en mí conviven dos personas: aquella que realmente soy y que ha tenido que ocultarse en la ardua lucha por la sobrevivencia y la cual, a la larga, ha ido sucumbiendo y quedándose enterrada en el fondo de la concha del apuntador, bajo el escenario donde se representa el acto de la vida, sumergida en los territorios íntimos del alma

humana; y aquella que ha debido aprender a transitar por los otros territorios, los de la vida diaria, los del matrimonio y la maternidad, los del trabajo, los de la inserción social, entre otros que se encuentran arriba, en la superficie. La primera de ellas pugna por salir de la concha, por saltar al escenario y gritar lo que tiene que decir. La segunda, desea ardientemente batirse en retirada...”

Sobre la contratapa de un segundo título de poemas auto editados (EL GRITO EN LA SOMBRA, Santiago 1996), comenzará refiriéndose al anterior: “*Este primer libro refleja desde los primeros aleteos del vientre –síntoma de una preñez de expresión poética que hubo de extenderse desde aproximadamente enero de 1980 hasta abril de 1994—hasta la contingencia que desencadena, definitivamente, el parto poético. Nacido el niño, su destino es crecer. Pero este niño no tiene un desarrollo que pudiera llamarse ‘normal’, desde dentro hacia afuera, que lo lleve a explorar el mundo y sus alrededores. Es un niño extraño, diferente. Un niño que viene ya con experiencia vital de poco más de medio siglo en una realidad aparente. Un niño que necesita revertir la marcha. Necesita crecer desde fuera hacia adentro. Comienza el viaje al interior de sí mismo, al centro del microcosmos, al núcleo de la arcilla. Así como las obras del artista van marcando las etapas de su evolución formal y de su crecimiento espiritual, así este segundo libro de MG marca determinados hitos en este camino...”*

Revertir la marcha... desde fuera hacia adentro... al interior de sí mismo...

¿Fue, en segundo término, esta *necesidad interna* la que impulsó, por otro lado, la escritura de los primeros relatos autobiográficos? El primer relato «Un canal... un camino...», la primera remembranza, catapultada a la autora cincuenta años atrás a la infancia en Temuco, al primer hogar del que se tiene conciencia y memoria; entre otras reminiscencias, a un “*canal (...) misterioso y susurrante, (...) en el que pululaba la vida en innumerables formas y dimensiones y en el que bullía una actividad incesante y fascinante, orillado por hierbas y matorrales silvestres y que encerraba todo un mundo, exclusivo y excluyente, que estaba ahí para su uso personal e íntimo gozo y deleite*”. ¿Fue en estas orillas donde quedaron enzarzadas las primeras trazas de aquel ‘ser’ que la habitaba, aquel que se fue quedando a la larga “*sepultado en la concha del apuntador*”, una vez que se aventuró a los extremos del pueblo para largarse por “*el camino que se extendía hasta perderse en un punto indeterminado entre los contornos brumosos de los cerros lejanos...*”? ¿Pisoteadas, acaso, algunas briznas sobre “*la gravilla grisácea*” de «El patio mariano» en los años de la escuela primaria? ¿Girones, diseminados más al sur entre las arenas de aquel Lago Ranco durante «El paseo de las madres» al finalizar el tercer año liceano? ¿Por ventura alguna fracción importante extraviada un poco más al norte,

en las Cuatro Esquinas, aquel año en que vendió su «...alma al Diablo por una falda y una blusa más unas cuantas monedas» para pagar un curso de verano en la Universidad de Concepción?

Las remembranzas surgen como flashes, instantáneas que el subconsciente dispara sin orden ni concierto, en forma absolutamente involuntaria. Bajo el influjo del temple poético, se va recuperando lentamente aquel 'ser' primigenio perdido, a través de la poesía primero, la que pronto comienza a alternar con la narrativa para continuar corriendo en forma paralela entre el verso y la prosa. Los relatos, cual destellos («Fotografías mentales») saltan en el tiempo y entre los lugares geográficos, abarcando el período histórico entre mediados de los '40 y los presentes '90 –una cabriola de medio siglo–, entre los pueblos sureños donde transcurren los primeros 28 años de vida y el Santiago donde se escribe durante la segunda mitad de la década de los '90 (con 54 años cumplidos), sin un orden cronológico, a medida que asaltan los recuerdos y se apoderan de los dedos que los registrarán.

El presente y una eventual pérdida del puesto de trabajo a escasos años de la edad del retiro, no escapan a la contingencia vivencial ni a la urgencia narrativa: «¿Alguna relación entre Fray Luis de León y 'la Palabra'?». Así como tampoco, la creciente 'deshumanización' de este sistema político-económico ultra liberal y mercantilizado sobre el que se desarrolla "*el acto de la vida*" en los años postreros del siglo XX: «¿Cuándo, exactamente, dejamos de ser personas?»; en este último relato así como en aquél intitulado «De la política y sus políticos» hará su estreno (anónimo) el concepto de "indignación", unos quince años antes que el movimiento fuera 'importado' desde España (el libro, escrito en su totalidad entre 1994 y ca. 2001, fue presentado al Consejo Nacional del Libro y la Lectura el 08.04.2002).

Igualmente en forma anticipada registrará este mismo relato la creciente desvinculación de los políticos de la transición con el pueblo que los eligió, junto a una naciente desconfianza de éste hacia esta clase política dirigente re-instaurada. Reconcomio epitomizado en las tres líneas del epigrama «Corrupción» ("*Cuidate, Democracia, / pues renaciste envuelta en los pañales / sucios de la Dictadura*") del libro OFICIOS:

REFLEJOS EPIGRAMÁTICOS, presentado al Consejo Nacional del Libro y la Lectura el 24.05.2004 y publicado veintiún años más tarde en Valparaíso, 2015.

Antes han irrumpido los tumultuosos '80 entre la protesta y la represión, la desconfianza instalada entre compatriotas, y el destino incierto de un músico detenido por sospecha, en el relato «Sospechosos de guitarra y... 'guatapiques'». Entre otros numerosos relatos que el corazón y la mente van dibujando a dos manos sobre la pantalla del computador y que irán siendo agregados a la carpeta virtual que conformará el presente volumen: UN CANAL... UN CAMINO... IMPRESIONES DE ELISEA.

En este rastreo en reversa del camino recorrido, otros relatos se van pegando alternativamente, como imantados, a dos carpetas paralelas: EL PUENTE QUEBRADO. ONCE RELATOS DE GUERRA, MEMORANZA Y UNA MARCHA DE AMOR (historias de desencuentros amorosos, la 'guerra' de los sexos, libro que será publicado veinte años más tarde en Valparaíso, 2014) y MÁS CHILENA QUE LOS POROTOS... DE NUESTRA IDENTIDAD (sobre las peculiaridades 'identitarias' del chileno, inédito a la fecha, 2016).

En el ejercicio de esta vocación tardía, no sólo el relato autobiográfico y la reflexión terminan siendo los depositarios de esta expresión de autoconocimiento. A los dos primeros poemarios mencionados anteriormente, publicados al comienzo de la experiencia, se agrega un tercer volumen de versos POLVO DE ARCILLA... POLVO DE ESTRELLAS..., igualmente inédito al 2016.

Pero será en el presente volumen de relatos –UN CANAL... UN CAMINO... IMPRESIONES DE ELISEA– en el que quedará plasmada, en su parte medular, la travesía, el viaje al interior de sí mismo, el recorrido a contra corriente de este 'río' que es la vida, –en palabras del poeta castellano– y de cuyo curso la autora rescatará, en última instancia, «Los meandros» como “...los lugares de mayor belleza y gratificación estética y espiritual. Vale la pena detenernos a contemplar, en ocasiones, estos meandros, en especial los de mayor placidez y transparencia; y también aquéllos en los cuales se arremolinan las aguas a causa de un tronco de árbol caído, cuya putrefacción contribuye, momentáneamente, a enturbiarlas; impurezas que, finalmente, el río, que es sabio por naturaleza, se encarga de ir filtrando a lo largo de su curso. Es verdad que el destino del río es alcanzar el mar (...), sean cuales fueren los obstáculos y allanadores con que tropiece en el camino. No obstante, es preciso en algún momento de nuestras vidas, sentarnos a contemplar los meandros. Tal vez encontremos en esos encantadores rincones

algunos de los secretos de nuestra alma. ¿Con qué fin?: descubrir, en el desaguadero final, el significado, objetivo y sentido de nuestra relación con el Hombre y la Naturaleza, con Dios y el Universo.”

.....

La punta invisible del hilo

Bien, al cabo que ni nos enteramos por cuál de los extremos apareció la punta del estambre. Puesto que este frágil hilo ha demostrado tener, como todo hilo que se respete, y examinadas las consideraciones anteriores, las consabidas dos puntas: el ***acontecimiento externo*** (la muerte del ser querido) y la ***necesidad interna*** (revertir la marcha).

Dos puntas...

¿Será tan así?

En el segundo párrafo de ***Las dos puntas del hilo***, dijimos que “*la respuesta a la interpelación aflictiva al individuo fue la Poesía*”.

¿Por qué, ¡la Poesía!?

No encontraremos una explicación racional que establezca una relación entre el impulso creativo y la Poesía, en este caso. No hay ningún antecedente de fiar en el curso de una existencia de poco más de medio siglo. Acaso unas endechas solitarias al ingresar a la pubertad, aunque ¡tan lejanas!; y, ¿quién no ha incurrido en este... desborde ante una hecatombe de tal magnitud: ¡el cambio psíquico y fisiológico!? O, por otro lado, algunos exiguos versos hilvanados por ahí por el comienzo de los '80 al enfrentar esta otra experiencia personal abismante: la ruptura familiar, plasmada en cinco poemas microscópicos que serán incluidos en el capítulo «Pequeños divorcios 1980» del libro **VERSOS ESCONDIDOS**. Vemos, al menos, que el fuego ya iniciaba la lucha por vencer al agua...

Pero volvamos a la falta de indicios previos indicadores de una eventual vocación literaria. Ni la formación académica en una lengua extranjera (Pedagogía en inglés, complementada con estudios extra curriculares de alemán, lengua esta última cuyo

aprendizaje exige, por otro lado, un conocimiento cabal de la gramática y la sintaxis) proporcionará alguna información fiable. No hubo lecturas previas, ni autores predilectos, la Poesía fue y era aún un cuarto oscuro para esta alma a la deriva. Hasta que lo *Imponderable* –esa mano misteriosa– abrió un día cualquiera un postigo por el cual se coló un rayo de luz que comenzó a iluminar progresivamente los textos poéticos, los versos se hacen transparentes, el alma se ve retratada por primera vez en un espejo, y en este otro..., y en aquél... Pero primero se fue el hambre. Algunos meses antes del suceso aflictivo y del parto poético de 1994 (irrupción de la vocación definitiva), se fue el apetito a la hora de la colación que interrumpe la jornada laboral. En lugar de bajar al Casino, un impulso desconocido guió los pasos por las orillas del río Mapocho, cruzó el puente Pío Nono y los encaminó hacia la calle de los libros de viejo. Los brazos vuelven cargados de antologías. A las antologías les suceden algunos escritos sobre teoría y crítica literaria. Se comienza a privilegiar ciertos autores, se estudia con especial interés los prólogos y prefacios, se perfilan ya algunos nombres... El alma huérfana y dormida va descubriendo e identificando en este lento proceso a la parentela poética – desconocida hasta entonces–, muy variopinta por lo demás: abuelos y bisabuelos de este y del otro lado de los océanos: Pedro Prado, Fray Luis de León (*No siempre es poderosa, Carrero, la maldad...*), Manrique; tíos y primos, unos desaliñados, otros más compuestos: Machado (*Suena el viento en los álamos del río*), Hernández (*Tengo estos huesos hechos a las penas/y a las cavilaciones estas sienes:/penas que vas cavilación que vienes/ como el mar de la playa a las arenas...*), León Felipe Camino (*El poema es el grito en la sombra/ como el salmo...*); desde el otro lado de la cordillera, en algún momento, Pedro B. Palacios –este *Almafuerte* argentino– (*¡Dios te salve!*); por nombrar sólo algunos. Los poetas franceses brillan por su ausencia. Huidobro no comparece ni por asomo. Los padres, por lo contrario, se erigieron desde el comienzo en este deambular por la calle Merced: Pablo (...*Se llevaron el oro y nos dejaron el oro... Se llevaron todo y nos dejaron todo...Nos dejaron las palabras...*) y Gabriela (*Perder sólo han sabido/España y Jesucristo/y el mundo aún no aprende/ lo que ha visto*), cada cual con toda su enorme obra que si empezamos a escarmenar no habría por dónde comenzar ni por dónde concluir. Y un día se descubre a la hermana de la otra América en una pequeña

antología prodigiosa (AMERICAN POETRY AND POETICS): Emily Dickinson (*I died for Beauty— but was scarce/ Adjusted in the Tomb/ When One who died for Truth, was lain/ In an adjoining Room—/ ...*). La influencia de esta poeta habrá sido de tal relevancia que merecerá un libro aparte). Y junto a ella, los primos de sangre sajona, Stephen Crane (*The wayfarer,/ Perceiving the pathway to truth,/ Was struck with astonishment./ It was thickly grown with weeds...*), Philip Freneau (*...And Reason' self shall bend the knee/ To shadows and delusions here.*), Paul Laurence Dunbar (*I know why the caged bird sings...*). Y Ralph Waldo Emerson (*Throw a stone into the stream/ and the circles that propagate themselves/ are the beautiful type of all influence...*), aunque más bien con sus ensayos que con sus versos. De los ancestros irlandeses, en forma y sentido el poeta contemporáneo Michael Longley (*Since you, Mind, think to diagnose/ Experience/ As summer, satin, nightingale or rose,/ Of the senses making sense—/ Follow my nose,...or The dying fall, the death spasm/ Last words and catechism—/ These are the ways we spend our breath,/ The epitaphs we lie beneath—*). Y un gran poeta de origen teutón llega corriendo a última hora para no dejar la estirpe fuera del árbol genealógico: el inefable Hölderlin (*Diversas son las líneas de la vida/ cual caminos son y cual confines/ de las montañas. Lo que somos aquí,/ pueda un dios completarlo allá/ con armonía y Gracia y paz eternas*).

En forma paralela a la identificación espiritual, la lectura de cientos, miles de poemas fue acondicionando el oído, afinando las cuerdas, marcando el compás... Cuando acaece el alumbramiento poético a raíz de la experiencia dolorosa, los versos se fueron ordenando de forma natural, instintiva, buscando su lugar entre el ritmo y la rima (o la supresión de esta última). Aunque el ritmo fue como la mecedora que terminó acomodándolos como si los hubiese estado esperando, como la cuna de vaivén acoge al recién nacido.

Preciso es puntualizar, en esta conexión, que la búsqueda espiritual se habría iniciado algo así como quince años antes, a raíz de un primer suceso doloroso de orden familiar, aquella vez la separación entre seres vivos (mencionada en un párrafo anterior en relación a los *pequeños divorcios* de comienzos de los '80). En pleno descenso en el infierno se habrán llenado algunos cuadernos con una prosa ardua, apremiada y apremiante, de seguro extremadamente aflictiva, hasta aquel otro día en que el sol acuchilló las sombras, rompiéndolas en mil pedazos. Tras quemar todo (la pequeña libreta con los futuros

pequeños divorcios se habrá librado de este destino, de seguro por la insignificancia de su tamaño y por hallarse fuera de alcance en el momento), tras quemar todo y soplar sobre las cenizas, sobreviene esta repentina, extravagante incursión en el cultivo de la tierra; le sigue la peregrinación metódica y sostenida durante todo el primer lustro de los '80 por las librerías de viejo en la ciudad de Concepción y luego en Santiago por los diez años siguientes, acompañada de algunas incursiones en grupos esotéricos y asociaciones agnósticas, institutos filosófico-herméticos.... Una dilatada inmersión en los libros, el descubrimiento de otras religiones, filosofías, pensadores orientales y occidentales, los escritos sagrados de culturas milenarias de este lado del océano y del otro, los esenios, los rosacruces, la masonería; estudios bíblicos (y un efímero deslumbramiento ante la visita papal en 1987). Palos de ciego por doquier. Sólo para descubrir que tras el exhaustivo y prolongado desplazamiento desde el interior hacia el exterior... **había que revertir la marcha.** Sin desconocer ni dejar de re-conocer el aporte de "...*toda esta erudición, amontonada sobre la de los años jóvenes y aspirada a grandes bocanadas, consumida glotonamente a manos llenas, sin tenedor ni cuchillo, sólo con una servilleta atada al cuello que recogiese los restos indigestibles para el espíritu, o aquellos que no lograsen escurrir a través de las tremendas barbas de ballena de que se sirven, eclécticamente, el corazón y el intelecto...*" (Prefacio a *VERSOS ESCONDIDOS*, Santiago 1995), finalmente se concluye que "...*en el reencuentro del camino solitario, se termina por descubrir que el punto de partida es y será siempre la experiencia individual y personal, original, e irrepetible como los códigos del ADN.*" (Prefacio a *EL GRITO EN LA SOMBRA*, Santiago 1996, Valparaíso 2014).

Y desde otro punto de vista, ¿será atribuible, asimismo, al azar, o a lo **Imponderable**, que este suceso –la irrupción de la vocación tardía– tuviese lugar en medio del período más álgido de una transición política extremadamente sospechosa –y dolorosa para los afectados–, desde un régimen dictatorial y represivo hacia la democracia y la libertad? Debido a la naturaleza de lo Imponderable, no es posible dar una respuesta taxativa a esta interrogante. Como tampoco se la puede impugnar: el hecho escueto es que gran parte de la temática poética girará en torno a la Verdad, el Silencio, la Palabra. Aún así, no corresponde a la autora ahondar en este aspecto, sólo dejar establecidas las circunstancias histórico-cronológicas del fenómeno. Desde una

posición apolítica, no comprometida institucionalmente, y a la luz de una conciencia social muy marcada –esta inclinación cordial hacia los desposeídos de la Tierra– ingénita o adquirida (no le corresponde decirlo ni es del interés de esta escritora aclararlo), ¿cómo reacciono ante la contingencia social y política de mi país, enfrentada a la falta de justicia para las víctimas y sus familiares? Ante la *interpelación de este dolor colectivo*, respondo **con lo que soy**, de modo que emprendo la búsqueda de ese ‘ser’, voy recogiendo los fragmentos diseminados a lo largo de medio siglo de historia personal e historia colectiva. Y lo hago a través de la escritura. Así nace, en el tiempo de los hombres, UN CANAL... UN CAMINO... IMPRESIONES DE ELISEA. Y estos dos senderos –autoconocimiento y escritura– que se inician corriendo en forma paralela, finalmente se van acercando hasta confluir en el ancho y venturoso camino de la literatura.

.....

Finalmente, un último y breve esclarecimiento en relación al título de este libro.

‘Elisea’.

¿Por qué ‘Elisea’? Pudo o debió haber sido... Chile. Nuevamente, ¿por qué ‘Elisea’?

Elisea es el nombre de una novela inaugural, una alegoría que no ha terminado de resolverse aún: un país idílico, el Paraíso en la Tierra... circundado de impedimentos geográficos (selva y desierto, cordillera, mar) con el fin de preservarlo de influencias foráneas, de la contaminación, de todo el mal que el hombre es capaz de producir y de infligirse a sí mismo. De este estado en barbecho de la novela inconclusa, el nombre – **Elisea**– se ha quedado ahí, prístino, refulgiendo con tal intensidad que la autora ha escogido, por el momento, conservarlo y resguardarlo en el título y en el epígrafe inaugural de este libro: UN CANAL... UN CAMINO... IMPRESIONES DE ELISEA.

En Loncura, v Región de Valparaíso, agosto 2016.

Miranda Gandi

*Todo hombre para sí mismo,
es una historia del mundo.*

Max Steiner
(DIARIO AUSTRAL 07.01.1959, p. 3)

UN CANAL... UN CAMINO...

*Eres el único habitante
de una isla que sólo tú conoces*

LOS DOMINIOS PERDIDOS. Jorge Teillier

El hermano menor se había perdido. Simplemente esfumado, desvanecido, disuelto en el aire como una pompa de jabón, salpicando un enjambre de personas, entre mayores y menores de edad, microscópicas gotas que se movían como hormigas por los confines del pueblo indagando, buscando, respondiendo que no, que no se le había visto. Nadie recordaba haberle visto por última vez, tan silenciosa y repentina fue su desaparición.

Nunca supo cuánto tiempo se empleó en buscarlo: ¿todo el día, una tarde completa, un par de horas? Difícil precisarlo a la edad de cinco años. Lo que le pareció una sucesión interminable de horas bien pudo haber sido sólo un lapso de una a dos. El hecho es que de inmediato se organizó la búsqueda. Sentada obedientemente en el escalón de entrada a su casa y vigilada por la prima mayor, contemplaba la figura de su madre desaparecer y reaparecer, puerta tras puerta, a lo largo de la ancha calle.

El paso de los vecinos y el incesante correteo de niños había terminado por apisonar la calzada y veredas de tierra polvorosa de la calle Ercilla en Pueblo Nuevo, en toda su extensión de apenas

dos cuadras entre la calle Esperanza y el canal; ello, aun a expensas de un verano prolongado, caluroso y menguado en lluvias, poco usual esto último tratándose de una ciudad tan lluviosa como Temuco, incluso en los veranos. Las casas de madera, apretadas unas contra otras en ambas aceras, resistían los embates invernales formando una sola línea de construcciones de un piso aunque de distintas alturas. Algunas de ellas estuvieron pintadas de colores brillantes, pero las lluvias habíanles otorgado una tonalidad deslavada, con restos de pinturas que lucían como los primeros bocetos de acuarela de un cuadro que aún está por ser pintado. La casa arrendada por su familia lucía un azul desvaído, con marcos y puertas borroneados en marrón. En el almacén de la esquina, los Rüdlinger habían levantado el tercio inferior de concreto y protegido de la humedad los dos tercios superiores con planchas de zinc, sobre cuya superficie los remaches de fierro esparcían ya su herrumbre.

Las puertas elevábanse cerca de medio metro sobre el suelo, a fin de impedir la entrada de las aguas que en invierno corrían sin impedimento alguno por la calle formando espesos barriales, para luego desaparecer misteriosamente en algún escurridero natural sin causar mayores perjuicios; había que trepar dos o tres escalones de madera o cemento para acceder al interior de las viviendas. Las más pretenciosas lucían, a manera de protección adicional contra el viento y la lluvia, una mampara con puerta exterior de madera sólida y puerta interior formada por medio panel de madera y un medio panel superior de pequeños vidrios cuadrados, vestidos con una cortinilla de velo, o de bolillo tejido

por las madres. Los pisos de madera de estas mamparas ostentaban siempre, en todas las estaciones, una superficie de tablas prolijamente virutilladas y lustradas con cera de color amarillo o caoba. Su madre siempre usó el color caoba y sus pisos brillaban más que ningún otro en la cuadra. El exterior modesto de las casas ocultaba interiores amplios y cómodos, salas y cuartos de dormir espaciosos, con cielos elevados e iluminados por ventanas de hoja doble situadas a la altura justa de los codos de una persona de mediana estatura. Lo más característico de todas ellas eran las grandes cocinas, con pisos de tablas bruñidas como espejos que reflejaban las llamas de las estufas de leña cuando las madres atizaban el fuego al disponerse a cocinar. Interrumpían la tersura de estos espejos pequeñas manchas redondas y algo cóncavas de color negro, minúsculos estigmas ocasionados por la rebeldía de brasas crepitantes eyaculadas por las mismas estufas de leña; o, por el infaltable brasero de carbón que campeaba durante los largos inviernos bajo grandes campanas de mimbre sobre las cuales se secaban las ropas de la familia. El centro de estas habitaciones que servían como cocina-comedor-sala de estar, lo ocupaba la gran mesa familiar, un rectángulo de madera sencilla y sin pretensiones cubierto por el mantel de algodón cuadriculado, siempre limpio como acabado de lavar; aun así, siempre sembrado de migas de pan horneado y cortado con el enorme y único cuchillo, hechizo, de cache de madera ya gastada y hoja igualmente carcomida por el uso, el cual servía tanto para cortar el pan, como la carne y las verduras. Alrededor, sillas simples como la mesa, desvencijadas algunas por el balanceo incesante de niños

sanos e inquietos.

Cuando vio que su madre se dirigía a la casa de Bernabé, tiró del borde del delantal de la prima mayor y ésta, como obedeciendo a una consigna, se levantó de inmediato tomándola de una mano y así unidas siguieron a la madre al interior de la casa vecina.

Bernabé había sido su novio desde siempre; esto es, cuando ella y su familia llegaron a Pueblo Nuevo desde Valdivia, hacía poco menos de tres años. Uno de los menores de los hermanos mayores de una familia de dieciséis entre varones y hembras, le había regalado una fotografía de color sepia de toda la familia Zalort, con las hermanas sentadas en semicírculo a ambos lados de padre y madre, y los hermanos de pie atrás formando un abanico; fotografía que ella había entregado a su madre para que la pegara en el álbum familiar. Su Bernabé, el más alto de todos ellos, tenía la piel ligeramente tostada y los ojos del color de la miel, y sus facciones y expresión denotaban la limpidez de su alma. Él la saludaba de lejos cuando la veía aparecer en la puerta de su casa, y la levantaba en vilo desde el suelo cuando ella se acercaba, tímida, respondiendo a su llamado; no importaba que estuviera acompañado por sus amigos, él siempre la llamaba, la tomaba en sus brazos y la presentaba como su novia. Por esta razón, ella lo adoraba. Bernabé tenía dieciséis años. Y era dueño de una discreción deliciosa: cada vez que ella, de visita en su casa, hubo mojado sus calzoncitos de mocosa, habíala tomado con delicadeza de la mano y dejado a cargo de su propia madre quien, con mayor discreción aún, los enjuagaba y tendía sobre la mata del patio trasero de la casa donde se secaban en un par de minutos bajo los

rayos directos del sol; la madre misma nunca supo de estos pequeños infortunios.

Bernabé se sumó de inmediato a la búsqueda, dirigiéndose al canal a la cabeza de todos sus hermanos varones.

El barrio de Pueblo Nuevo terminaba, en la forma ya descrita, con las dos únicas cuadras de calle Ercilla colindantes con las quintas de los alemanes y los campos de cultivo, en el extremo nororiente de la ciudad de mediados de los años cuarenta. Justo allí, como separando dos mundos, corría el canal que debía seguir, en dirección al río, para luego cruzarlo hacia la escuela.

Misterioso y susurrante, aquel canal de aguas medianamente profundas pero de un verde intenso y compacto, en el que pululaba la vida en innumerables formas y dimensiones y en el que bullía una actividad incesante y fascinante, orillado por hierbas y matorrales silvestres de escasa altura, encerraba todo un mundo, exclusivo y excluyente, que estaba ahí para su uso personal e íntimo gozo y deleite. Cuatro veces en el día, las mismas que debía recorrer este camino, de ida y vuelta a la escuela, por la mañana y por la tarde, perdía la noción del tiempo, y del espacio que no estuviese circunscrito a la orilla del canal. Una vez dentro de los dominios del canal, todo el resto desaparecía, se esfumaba, nunca supo hacia dónde, hasta reaparecer en cualquiera de los dos extremos, ya sea para tomar la calle transversal hacia su casa o para cruzar en dirección a la escuela. El mundo entero se desvanecía, incluidas sus compañeras de camino. Nunca supo adónde se iban ellas cuando estaba en sus dominios, sólo sabía que siempre estaban allí al volver a salir de éstos. Tampoco nunca tuvo

muy claro hacia dónde se iba ella misma cuando llegaba al canal; el hecho es que pasaba de un mundo al otro con la desenvoltura que da una costumbre largamente practicada; no es que tuviera muy claro siquiera en qué momento lo había aprendido, pero era algo de su exclusivo arbitrio y a nadie le incumbía qué hacía ella en estos sus dominios ni cómo entraba o salía de ellos. Nunca se preguntó, por otro lado, por qué sus compañeras jamás demostraron la menor extrañeza por sus ausencias. Tal vez tenía la capacidad de desdoblarse y de estar en dos partes a la vez, eso jamás lo sabría ni siquiera ella misma. Por lo demás, casi siempre prefería hacer el camino sola, para lo cual salía temprano de su casa, dueña de su espacio y de su tiempo allí donde el mundo parecía llegar a sus confines.

Alguien anunció a grandes voces que el hermano menor había aparecido. Todo el vecindario se abalanzó hacia el canal siguiendo las voces, pero no se detuvieron allí sino que, atravesándolo por el entablado que le servía de puente, siguieron avanzando un par de metros por el camino rural en el que desembocaba la calle Ercilla.

Como pudo, logró escurrirse entre piernas y palos, seguida dificultosamente por la prima mayor, hasta encontrarse de golpe en la vanguardia del grupo y enfrentando el camino.

Por el medio de éste rodaba, pausada, una carreta cuyo ritmo y balanceo regíalos una yunta de bueyes lenta y cadenciosa, acercándose despaciosamente al grupo. Al costado derecho de la carreta caminaba, con toda la placidez que confiere el tiempo sin medida de los campos del sur, la figura de un campesino mapuche portando una interminable vara de quila en su mano izquierda; el

extremo de la vara descansaba justo en medio de la yunta, en un punto equidistante entre las cabezas de ambos bueyes.

La figura le era familiar. Veía a los mapuche transitar a diario por su calle, de paso hacia la feria del pueblo transportando sus mercancías. Las mujeres, por lo general, ofrecían sus productos puerta a puerta, como la gruesa leche de vaca cuya nata, una vez cocido el líquido, su madre le permitía cucharear directamente desde el lechero de aluminio puesto a enfriar; o las enormes cerezas 'corazón de paloma' que luego lucirían brillantes y apetitosas sobre la dorada corteza de un *kuchen* de mantequilla y miga; o, las desmesuradas y rojas manzanas 'cabeza de niño' que a su madre le gustaba mordisquear entre los quehaceres. De pie, un paso hacia atrás y un paso hacia el lado de la madre, observaba el rostro redondo y dulce, de un bronceado amarillento, liso y perfecto como la superficie pulida de las vasijas de greda, de las mujeres mapuche; le gustaban el sonido de sus voces y las suaves inflexiones de una lengua que no entendía, pero que se le antojaba musical y armoniosa, aun en los momentos en que las mujeres, cuando en parejas, discutían entre ellas el regateo de su madre. Estos rostros y voces capturaban toda su atención, eclipsando el brillo de *trariloncos* y *trapelacuchas* de plata que, pendiendo de frentes y cuellos, tintineaban delicadamente al compás de los movimientos suaves y reposados de las mujeres. Los hombres mapuche no llamaban de forma tan poderosa su atención, acaso porque usualmente éstos pasaban de largo hacia la feria, o debido, quizás, a que sus atuendos se parecían mucho a los de los hombres comunes que ella veía, sobre todo los pantalones, siempre negros

o grises, listados. La cabeza siempre cubierta, no recordaba algún mapuche en la ciudad sin sombrero, por lo general un número más pequeño y colocado en lo alto de la cabeza dejando a la vista las frentes estrechas y los ojos oscuros y turbios que habían aprendido a torcer la mirada. Tras ellos, las mujeres caminaban con la mirada mansa pero recta y la palabra fácil, luciendo castos vestidos, o blusas de manga larga y pudorosa, y delantales, todo el atuendo en percalas floreadas combinadas indiscriminadamente; incontables cintas de brillantes colores les caían sobre los hombros desde lo alto de la cabeza. Los grandes chamales negros con listones verdes, azules o fucsias cruzados en las puntas, que se echaban sobre las espaldas al comenzar las heladas, sujetos sobre el pecho con un alfiler de plata, no lograban eclipsar el colorido un poco estridente aunque no desprovisto de un aire alegre y primaveral de la vestimenta, semejante a un campo sembrado de flores en medio del crudo invierno. Siempre le parecieron extraños y fuera de lugar los grandes zapatones de color negro, todos iguales, de grueso tacón y anudados con cordones de algodón también negro, que lucían las mujeres en toda estación a pie desnudo, sin medias ni calcetas. Durante los inviernos, los tobillos cobrizos y gruesos sobresalían, enrojecidos aún más por la escarcha, desde aquellos zapatones que se le antojaban duros y fríos.

Apartó la mirada de la figura del mapuche, dirigiéndola hacia la carreta. Vislumbró una carga formada por innumerables sacos llenos de trigo o de carbón vegetal, nunca lo supo, porque sobre esta pila de bultos se distinguía claramente la figura pequeña,

sentada, del hermano menor.

Todo el conjunto —carreta, bueyes, quila, indio, hermano— pareció desprenderse del resto del paisaje rural como la pieza clave de un gran rompecabezas de madera, y adquirir una relevancia quimérica, casi irreal, frente a sus asombrados ojos, tales eran la placidez y armonía que emanaban de él. El semblante del hermano, ajeno a toda la agitación que había ocasionado su ausencia, lucía redondo y distendido en toda su serenidad.

Con una suerte de religiosa reverencia, se apartó para permitir a su madre allegarse a la carreta y arrancar al niño de su sitial, y luego, aprovechándose de la agitación del reencuentro y sin que nadie lo notase, se fue quedando detrás del grupo que ya se disolvía hacia las casas con la madre al frente llevando al niño sano y salvo entre sus brazos. Silenciosamente, volvió sobre sus pequeños pasos y se quedó ahí, al comienzo del camino.

Desde allí se extendía el mundo, en toda su anchura: una campiña interminable de rubios trigales, ondeando al impulso de la suave brisa del atardecer. El sol ya se inclinaba tras la ciudad a sus espaldas, tendiendo sobre el paisaje su velo tenue y ambarino; el silencio, sembrado de íntimos rumores, descendía con sus grandes alas protectoras, cubriéndolo todo como una gran campana que encerrara en su circunferencia los secretos que traería la noche. Con el último polvo de luz dorada, vislumbró aún el camino de tierra, ancho en todo su misterio, perdiéndose en la lejanía; por el medio del camino se alejaba de regreso, cadencioso y rítmico, el bulto de la carreta con la silueta del mapuche sentado sobre los sacos perfilándose nítidamente contra el cielo teñido ahora de rojos

reflejos. Más allá de la carreta, el camino se extendía hasta perderse en un punto indeterminado entre los contornos brumosos de los cerros lejanos, justo donde se juntaban la tierra y el cielo.

SOSPECHOSOS DE GUITARRA Y... 'GUATAPIQUES'

Para O.O.R., dondequiera que esté

*To fight aloud is very brave,
But, gallanter, I know,
The charge within the bosom,
The cavalry of woe.*

*Who win, and nations do not see,
Who fall, and none observe,
Whose dying eyes no country
Regards with patriot love.*

*We trust, in plumed procession,
For such the angels go,
Rank after rank, with even feet,
And uniforms of snow.*

Emily Dickinson

*La lucha recia es muy valiente...
Caballero, yo conozco
la carga dentro del pecho,
la caballería del dolor...*

*Los que triunfan, sin país,
los que caen, sin nación,
y cuyos ojos moribundos
nadie ve con patriótico amor*

*se rinden, en ejércitos,
como los ángeles tocados,
milicias marcando el paso
en uniformes nevados...*

Traducción: Miranda Gandi

Era bajito y regordete. Sentado sobre la silla, sus pies pequeños y adiposos no llegaban a tocar el suelo. Diez dedos cortos y redondos como choricillos recorrían y pulsaban con agilidad y virtuosismo sorprendentes las cuerdas de la guitarra, la cual se sostenía a sí misma, por obra de no sé qué aliento mágico, sobre el muslo igualmente corto y rollizo. El rostro redondo y siempre sonriente, casi infantil en su puerilidad, y unos ojillos que brillaban curiosos y cándidos a la vez tras los lentes circulares, no delataban su condición de jefe de hogar en apuros económicos o de cualquiera otra índole. Este personaje, junto a su grupo familiar —

mujer y tres niños pequeños—, nos fue presentado durante una velada en casa de Amanda... antes que desapareciera repentinamente de nuestras vidas. Tan repentinamente como hubo hecho su aparición.

.....

Amanda es también mujer de esfuerzo, de trabajo. La hemos conocido, junto a su marido y sus tres niños, en un recinto deportivo en Concepción.

La piscina cubierta del gimnasio atenúa y tempera la soledad de a lo menos dos o tres largas veladas semanales de frío y lluvioso invierno, y algún desolado fin de semana en el que la ausencia del padre se hace notar con un frío adicional que no proviene, por cierto, del exterior. Al regreso a la patria desde Alemania, luego del fracaso irremediable en el que habían desembocado las ilusiones y el proyecto inicial de pareja y familia, disfrutaba con mis hijos —10 y 12 años— los días veraniegos entre las numerosas playas y ríos en los alrededores de Concepción y los invernales en este único recinto temperado, confinado entre muros de cemento a conveniente distancia de nuestro hogar.

Fue una de esas tardes, noche ya, saliendo del gimnasio, que se producen los preámbulos que nos llevarían a tan breve trato con el personaje de la introducción.

—...Siempre he deseado aprender a tocar la guitarra y cantar, pero, sobre todo, me hubiese gustado tocar guitarra clásica... — aventuro, siguiendo el hilo de nuestra conversación en tanto miro de soslayo a Amanda.

Mientras hablamos, no perdemos de vista a los cinco niños que nos preceden por la ancha acera de la calle diagonal que nos lleva a nuestros respectivos hogares. Archibaldo, el marido de Amanda, se ha adelantado con ellos, pero no nos fiamos del todo; he advertido que éste, salvo raras excepciones, podría ser considerado como un hijo más, quizás el hijo mayor de esta familia evangélica, sencilla, alegre y despreocupada.

Mi amiga, aun cuando ocupa un cargo administrativo de cierta insignificancia en su lugar de trabajo, es mujer ejecutiva; altamente capacitada para sobrellevar una jornada laboral a tiempo completo, se las arregla para mantener al mismo tiempo el orden en su hogar con la disciplina férrea de un sargento; conjuga admirablemente estas cualidades con un carácter imperturbable que envidia y una pasmosa lasitud para con las tareas hogareñas. Sin ayuda alguna de 'asesora del hogar', 'empleada doméstica' o 'nana', encuentra, no obstante, cada tarde al regreso de la oficina la casa soplada, las tareas hechas, la mesa dispuesta y algún queque o panecillos amasados y horneados por Astrid, la mayor, de 12 años; justo a tiempo para sentarse todo el mundo a disfrutar de la merienda, del regreso de la madre —a quien adoran— y de la presencia benévola del padre en el hogar.

Este último, de ascendencia germana, hombre simple y bueno como el pan, vende artículos de puerta en puerta, de modo que esta actividad y su horario libre le permiten suplir las horas que la inflexible jornada de tiempo completo de la madre arrebató a los hijos y al hogar. El candor y simpleza de su carácter le han permitido, a la vez, someterse sin conflicto a la autoridad

indiscutible de su mujer, y desde su lugar en la mesa como 'jefe de familia' come, escucha, y participa con una que otra observación, mientras mira alternadamente a su mujer y a su prole con sus ojos mansos que recuerdan los de un gran perro San Bernardo.

—Conozco a la persona indicada —apunta de inmediato mi amiga—, y le haríamos un señalado favor; es músico y cesante y junto a su mujer, profesora básica, tienen grandes dificultades para criar y mantener a sus tres hijos, seis a siete años menores que los nuestros. Lo de músico cesante es un decir, pues hubo de interrumpir sus estudios de música en la universidad... tú sabes, y ahora se gana la vida impartiendo clases de guitarra...

Con esta nueva motivación, me despido en la esquina de siempre. Desde Plaza Perú donde desemboca la calle Diagonal Pedro Aguirre Cerda, deben ellos proseguir unas cinco cuadras, bordeando el Barrio Universitario por Edmundo Larenas, y luego en dirección al cerro Caracol hasta llegar a la casita situada al pie de la ladera oriental. Un poco más allá, en los faldeos y pequeñas quebradas que serpentean hacia el sureste, se desperdiga Agüita de la Perdiz, las poblaciones marginales tan estrechamente vinculadas a los movimientos sociales y estudiantiles de los pasados años '60; todos, en pos del sueño de la justicia social.

Orillando la plazoleta circular, alcanzamos, por nuestra parte, Augusto D'Halmar, callejuela cuyos reducidos setenta u ochenta metros desembocan en calle Janequeo, enfrente de los jardines del Hospital Regional. Del otro lado de Plaza Perú se alza la Casa del Arte inaugurando el Barrio Universitario con el magnífico mural «Presencia de América Latina» del pintor mexicano Jorge González

Camarena, donado por ese gobierno a la Universidad, y con los versos de Pablo Neruda: "*...y no hay belleza como esta belleza / de América extendida en sus infiernos / en sus cerros de piedra y poderío / y en sus ríos atávicos y eternos...*"

En el segundo piso de uno de los sólidos edificios que rodean en abanico a la plaza Perú, la compra del departamentito de dos dormitorios y pequeño balcón a la calle nos mantiene amarrados al Banco de Chile con un pequeño saldo en ufas a cinco años plazo. Insertado en plena zona residencial de Concepción, su ubicación es muy conveniente por su cercanía al corazón de la ciudad y por este entorno que lo rodea; cruzando Chacabuco y Avenida Víctor Lamas, recorremos a menudo los senderos que en medio de los '60 hube rehollado en alegre inconsciencia, como estudiante universitaria ensimismada en textos y apuntes de cátedra, sin querer saber nada de la política, en imperturbable expugnación de pruebas y exámenes hasta obtener el preciado botín: el cartón universitario. Hoy, por el contrario, disfruto en especial de cierto rincón privilegiado, un patio rectangular entre las Facultades de Química, de Física y Matemáticas, Leyes y el Foro Universitario; calor estival y ruidos urbanos son mitigados en este remanso por el frescor del follaje y el susurro de hojas de espléndidos álamos, lo que presta al lugar una singular atmósfera de paz y cierta tristeza nostálgica y amable en las tardes de invierno. Le llamo mi Patio de Paz, rememorando aquel que conocí dos veranos atrás en Cartagena de Indias en el interior de lo que fue un claustro, tan antiguo como la ciudad misma.

Más allá, atravesando el gran Foro y prosiguiendo hacia el

noreste, los niños disfrutaban alimentando a patos y cisnes de cuello negro o contemplando su majestuoso desplazamiento sobre la superficie calma del pequeño estanque; en tiempos de reproducción, celebramos la 'sempiterna' progenie de las aves y de los pudúes que la Universidad conserva en forma experimental. En ocasiones trasladamos, durante algún caluroso atardecer veraniego, las vituallas de la merienda en busca del frescor de la hierba y de la sombra de las gravilleas, pinos y cipreses tras el Arco de la Facultad de Medicina. También escapamos alguna noche en busca del mágico rincón de las luciérnagas, lugar donde se congregan los padres con los hijos pequeños a esa hora prohibida; y aguardamos a que todos se hayan saciado del espectáculo y llenado sus repulsivos frascos que luego tapan y llevan a casa como preseas; apretados los tres nos internamos, con un fulgor de inocencia en la mirada, en el misterioso túnel formado por pequeños árboles y arbustos e iluminado por infinitas lucecillas fosforescentes que imparten al recinto un silencioso y traslúcido resplandor verde; moviéndonos con infinita precaución, sin rozarlas siquiera, y reteniendo casi la respiración, nos detenemos en el centro del círculo, nos hacemos pequeños, pequeños... nuestros ojos brillan casi tanto como las luciérnagas; o, tal vez, seamos nosotros mismos tres minúsculas luciérnagas...

La vida se desliza plácida y hasta cierto punto halagüeña. Con el correr de algunos años —desde el regreso de Alemania en septiembre de 1976, luego del largo viaje por Europa con que nos obsequiara el padre a manera de despedida durante nuestro último verano europeo—, y con el ingreso de los niños a la educación

privada, se viene estableciendo paulatinamente la rutina del colegio y el trabajo; la ayuda invaluable de la nana y un modesto grado de realización profesional mediante reemplazos temporales como secretaria y algunas traducciones del inglés y del alemán —luego de casi ocho años dedicados sólo a las labores del hogar—, van relegando esta etapa doméstica al pasado. La remesa mensual de marcos alemanes del padre, ingeniero chileno-alemán destinado sucesivamente en diversos países americanos vecinos, garantiza, por otro lado, una relativa seguridad económica; a la cual contribuyen en gran parte el empleador alemán mediante la subvención de los gastos escolares que cubre matrícula, mensualidades, uniformes y útiles hasta el último lápiz grafito, y la Barmer Esatzkasse —Isapre alemana— la previsión médica privada que reembolsa el 100% de consultas médicas, exámenes, intervenciones quirúrgicas y recetarios, hasta la última e insignificante aspirina.

Lentamente, se van recuperando la paz interior y la armonía familiar luego del auto-extrañamiento inicial en pos de los sueños de pareja y familia, del fracaso matrimonial posterior, de la dolorosa separación y de la reinserción actual en la vida nacional.

.....

En días posteriores a nuestra conversación, agasajo a mi amiga y sus hijos con *kuchen* de manzanas, té, chocolate y algunas golosinas, so pretexto de exhibir la pequeña guitarra que he conseguido, tras una intensa búsqueda, a precio muy razonable de un revendedor de instrumentos musicales de origen judío. Pues, no

concibo dejar fuera de participación a los niños en esta nueva inquietud que ha reavivado mi interés y mi siempre precario entusiasmo por la vida terrenal.

—Es un buen precio y la guitarra parece buena y de tamaño apropiado para los niños... —comenta Amanda—. ¿Y tú? —inquire luego, arqueando las cejas.

Me dirijo al dormitorio principal que comparto con mi hija, donde juegan ahora los niños ahitos de comida y golosinas, y desde lo alto del ropero empotrado en una de las paredes extraigo mi tesoro: una modesta guitarra, con una pequeña raspadura de fábrica en el borde de su sinuoso cuerpo —descuido o pecado de artesano—, pero que había adquirido en las Ramblas de Barcelona a precio módico; es decir, una genuina guitarra española, modesta pero española, trabajada con maderas legítimas. Me ha estado aguardando allí, en las alturas, desde el regreso de las vacaciones en Costa Brava a Alemania, primero en el departamento en Nürnberg y luego por las diversas viviendas alquiladas que se han sucedido al regreso a la patria hasta rematar en este departamentito propio en Concepción. Había llegado ¡por fin! su hora.

Con orgullo, me dispongo a depositarla en las manos de mi amiga, aprestándome a contar su historia, cuando un estampido nos hace saltar de la silla a ambas. En un impulso simultáneo irrumpimos ciegamente en el dormitorio y nos abalanzamos sobre los niños como águilas furiosas en defensa de sus nidos; los niños yacen ahora en el suelo, sepultados bajo nuestro peso. Desde allí escuchamos, traspasando el ensordecedor tumulto de nuestros

propios corazones, grandes y pequeños, carreras agitadas, tiros, más carreras, ¡otro tiro!... Silencio...

“¡Malditos!...”, farfullo entre dientes con la cabeza aplastada contra la de mi hijo y con un brazo estirado presionando las espaldas de mi hija contra el suelo alfombrado... Con los ojos cerrados y los labios apretados esta vez, mi mente prosigue por su cuenta, ofuscada entre el temor y la rabia: “¡Malditos!... ¡Juro que mis hijos serán alemanes en Chile y chilenos en Alemania!... ¡Y que destruiré cualquiera de los dos pasaportes y todos los papeles que sea necesario, si alguno de estos países entra en guerra!... ¡Mientras yo sea su madre y cualquiera sea la edad que tengan!...”

Pasados unos minutos en los que se escuchan las pulsaciones del silencio luego del tiroteo y las carreras, las cabezas comienzan lentamente a levantarse. Albertito, el menor, trata de recuperar el aire reptando por entre los brazos crispados de su madre. Uno a uno, nos levantamos con precaución, tras habernos asegurado que no habrá, por el momento, más persecuciones, más disparos...

Son los primeros conatos de protesta. De una serie que se extenderá luego a lo largo de los años 1983 y 1984. Nuestra callejuela, como la he descrito, corta y radial con respecto al centro de la plazoleta, a dos pasos del Barrio Universitario y a pocas calles de las poblaciones marginales, se ha constituido en vía de escape predilecta de manifestantes —estudiantes, trabajadores, cesantes, todos hambrientos y oprimidos por igual— durante el período previo al comienzo de las grandes protestas en contra del régimen militar, luego que capotara estruendosamente, a mayor abundancia de males, el bullado 'despegue' económico, tan pomposa e

interminablemente anunciado desde fines de los '70. A ello se sumará luego la difusión a nivel nacional de los descubrimientos de cadáveres de detenidos desaparecidos, el más impactante de éstos, en los hornos de Lonquén.

A las protestas sucederá la más cruenta de las represiones.

Nos encontramos sentadas de nuevo alrededor de la mesa, después de una inspección prolija de la calle desde la ventana y balcón de los dormitorios. Cerrados éstos, los niños juegan ahora en la reducida sala de estar contigua al comedor; la cual mira hacia el patio interior del edificio desde una terraza pequeña.

Tras un par de comentarios vacuos e insustanciales, por no decir cautelosos, timoratos, pretendemos proseguir con nuestra charla y nuestros proyectos. La conversación ha desembocado en un intercambio de frases nerviosas entre miradas tensas que hacen lo posible por no encontrarse. Desconozco la historia de Amanda y ésta, por su parte, no sabe más de mí que he regresado a escasos cuatro años de iniciado el período de dictadura luego de haber partido durante el período democrático anterior; de cualquier modo, todo lo que pudiera contarle sobre mi vida puede parecerle irrelevante desde el punto de vista de la credibilidad. Por otro lado, siento a cada paso la absurda necesidad de andar explicando mi salida y mi llegada al país. Que no me fui el '72 con aquellos que huyeron despavoridos del terror pronosticado al gobierno de Allende. Que tampoco volví el '76 del exilio, menos aún de regreso a un régimen cuya tendencia política, económica y social no comparto. Ante el absurdo de esta urgencia, opto por callar la mayor parte de las veces, sobre todo al no saber con quién estoy

hablando.

Con Amanda sólo nos unen las horas compartidas en el gimnasio y la piscina y el proyecto de compartir nuestro interés en la música con los niños, de edades muy similares —de hecho, nuestras hijas, las mayores, tienen la misma edad—; aparte de la coincidencia de habernos casado ambas con ciudadanos chileno-alemanes que no pertenecen a la clase terrateniente, o pudiente de cualquier otro origen. De modo que ambas hacemos lo imposible por soslayar el tema que palpita en el fondo de estos instantes interminables de espera; nuestras miradas se rehúyen y escapan con frecuencia creciente en dirección al juego de los niños.

En forma progresiva he ido acostumbándome, por otro lado, a tolerar señales de desconfianza, o aburrimiento —simulado o genuino—, toda vez que afloran temas que escapan a la banalidad y al amordazamiento generalizado de que parecen adolecer mis compatriotas, sobre todo en las actuales circunstancias; como si las facultades mentales de todo un país estuviesen embotadas e inhibidas de ejercer el pensamiento, el análisis y la crítica. Habiendo llegado desde un país libre ha ya unos siete años, aún me es en extremo dificultoso mantener la boca cerrada. Nunca olvidaré la sorpresa, —¡el horror!— con el que volteó a mirarme aquella secretaria ejecutiva cuando exclamé, a pocas semanas de mi arribo al país, estupefacta ante la primera plana de El Mercurio: “¿Presidente?... ¿De la República?... Que yo recuerde, nadie me ha consultado a mí, ni tampoco he tenido la oportunidad de emitir mi voto...”

Vivo en el margen de la sospecha, en el limbo indefinido, en

tierra de nadie. Aquel terreno sin suelo firme ocupado por tantos que fueron y siguen siendo víctimas involuntarias de la división, porque un día los de allá se agarraron con los de acá y desde aquel día trazaron una raya en el suelo. O se es de los unos o se es de los otros. Pisar la raya no está permitido. Prohibido asentir con el de allá —que dejó de estar acá— en ninguna circunstancia. Prohibido disentir con el de acá —que irrumpió desde allá, para quedarse indefinidamente, al parecer—. A todo y a todos decir que sí. Si no eres de los unos ni de los otros, de inmediato entras en la indefensión, en el limbo fantasmagórico de los que no encuentran suelo bajo sus pies, más aún, un ente sin consistencia física... Nadie, ninguno, un cero redondo, la nada misma...

Incapaz de nacimiento, por otro lado, para mantener una charla insulsa, y aunque me interesa sobremanera proseguir nuestra relación de amistad incipiente, fracaso irremediablemente en una lastimosa tentativa por mantener a Amanda interesada. De modo que el nerviosismo se instala en forma definitiva sobre la mesa. Siempre he envidiado la habilidad que poseen algunas mujeres para mantener en vilo la atención de toda una concurrencia, tanto femenina como masculina, o mixta, discurriendo con frivolidad y encanto admirables —y sorprendentes, para mí— sobre los variadísimos detalles de su propia cotidianeidad, o de la ajena; y, la capacidad que tienen otras de florearse como expertos espadachines, durante horas, en forma simultánea que produce la apariencia de no escucharse recíprocamente, las veleidades del novio, las fallas de la nana, las cualidades o defectos del marido, las dificultades con los niños, las gracias del perrito regalón, los

pormenores de la teleserie, los últimos rumores de la oficina; o, los azares de Diana, Carolina o Estefanía.

Un conato de riña entre nuestros dos hijos menores, determina que Amanda se levante al fin de la mesa, reclutando con un solo movimiento de cejas a toda su 'infantería' (siempre me sorprendió y admiré el histrionismo de mi amiga, desde el fondo de un sentimiento indefinible e inexplicable que da por inclinarme hacia el libre albedrío). Se despide con rapidez, argumentando algo confusamente que "...ya que ha desaparecido el peligro..." y "...antes que..."

Más confusamente aún, trato de hilvanar una excusa innecesaria; e inútil:

—Lamento que hayamos tenido que...

—¡Albertito! —interrumpe el llamado imperioso de mi amiga, tratando de frenar el alborotado descenso del benjamín que brinca como un canguro de tres en cinco los tramos de la escalinata que conduce a la salida del edificio. Amanda se despide con un apresurado beso que imprime aquella conocida huella de desolación, húmeda y helada, sobre mi mejilla.

.....

Una semana más tarde, Amanda me presenta al personaje descrito en el comienzo de este relato; habiéndose sumado ella con toda su prole a la iniciativa, nos lanzamos de cabeza a la empresa terminando por formar un entusiasta grupo de iniciados en las escaramuzas del guitarreo, un sábado en su casa, el siguiente en nuestro departamento. Es así como vamos siendo introducidos en

los secretos del folklore chileno y sudamericano y de la música popular en general, entre posturas, rasgueos, y vocalizaciones más o menos entonadas.

El joven bajito y rechoncho resulta ser un personaje encantador, dedicado a su oficio, consciente de las limitaciones individuales de cada uno de sus, en grado menor o mayor, obtusos alumnos. En consecuencia, extremadamente paciente. Lo observo mientras toma los deditos de Carolina, la hija mediana de mi amiga, y los va colocando uno a uno sobre las cuerdas. Me es imposible imaginarlo sentado sobre un taburete esforzándose por alcanzar los pedales del piano y deslizando sus regordetes y cortos dedos por las partituras de Chopin. Las imágenes no calzan. Es, sin duda, un músico frustrado; por las circunstancias históricas que le han tocado en suerte y, tal vez, por alguna extraña fatalidad inherente a su aspecto físico. Sin embargo, no hay amargura ni desencanto en él; por el contrario, parece desbordar una alegría y un optimismo que contagian. Nuestra relación, en el corto tiempo que durará, es profesional, aunque muy cordial; jamás nos explayamos más allá de posturas, acordes, transposiciones, melodías y letras de canciones, rasgueos y arpeggios, cuadernos que se van llenando de versos, esquemas, diagramas y signos que poco a poco nos van abriendo sus secretos.

Extasiada, tengo mi primera aproximación mágica a la Violeta y a sus versos plenos de vivencias y significados que parecen haberme aguardado desde siempre: *Volver a los diecisiete / después de vivir un siglo / es como descifrar signos / sin ser sabio competente / volver a ser de repente / tan frágil como un segundo*

*/ volver a sentir profundo / como un niño frente a Dios / eso es lo que siento yo /en este instante fecundo. Algo brumosa aún, intuyo una diafanidad desconocida que me hace guiños desde el oscuro fondo de ateísmo y escepticismo en el cual me hube agazapado desde que pasara sin transición desde el 5º año de la Primaria en las monjas al 1er año de las Humanidades en el Liceo de Niñas de Temuco, con 11 años recién cumplidos. Con un año más, mi hija me observa ahora con sorpresa, casi casi como a una desconocida, mientras le doy con todo el sentimiento de que soy capaz al estribillo: *Se va enredando, enredando / como en el muro la hiedra / y va brotando, brotando / como el musguito en la piedra / como el musguito en la piedra, ay sí, sí, sí...* Hay algo ahí, más allá de mí, más allá de esta bolsa de huesos que he venido arrastrando, con alegría unas veces, penosamente las más, por los caminos de la vida hasta el presente; mi cuerpo, mi alma, todo mi ser, son sólo una piedra que rueda sin encontrar el intersticio que debe ocupar en el mundo... y desprovista de musgo. Por otro lado, y de un tiempo a la parte escuchadas esporádicamente en alguna emisora de radio especializada en música clásica, ciertas notas reiterativas, cadencias que ruedan y danzan en el trasfondo y que terminan por anteponerse a las voces de un coral litúrgico, interpelan, inquietan, seducen el oído como buscando el eco en la conciencia adormecida; por sobre las voces, más allá de la formulación de las palabras, el instrumento recorre la escala musical, sube y baja, las notas se deslizan una en pos de la otra ligeras y profundas a la vez, un anuncio, un enigma en pos de la diafanidad, como un velo misterioso descorriéndose sobre un foro desconocido, todavía a*

oscuras, sin tiempo, sin prisa —años más tarde se conocerá su nombre: JESU, MEINE FREUDE de la cantata HERZ UND MUND UND TAT UND LEBEN escrita, como toda la música de Bach, *solí Deo gloria*—. De momento, la recurrencia de estas notas musicales interpela a un algo, un alguien que parece dormir en lo más profundo de mi ser: los sentidos se alertan como atentos a los aromas, resplandores y sonidos al penetrar en el bosque; el corazón detiene su ritmo; la pupila se dilata y palpitan las aletillas nasales; el oído pulsa y se expande en pos de una frecuencia desconocida, algo que no se ve, no se oye, no se palpa aún, pero que está ahí, aguardando ser visto... escuchado... aprehendido. Sólo que no es la hora aún. De momento, únicamente la certeza que cuando escucho estas notas en la radio, el mundo se detiene... deja de girar.

Por de pronto, me parece escuchar la voz áspera de la Violeta vieja tornarse dulce, melodiosa y juvenil bajo el influjo del amor tardío: *El amor es torbellino / de pureza original / hasta el feroz animal / susurra su dulce trino / detiene a los peregrinos / libera a los prisioneros / el amor con sus esmeros / al viejo lo vuelve niño / y al malo sólo el cariño / lo vuelve puro y sincero...*

Las horas de práctica libre y las clases de los sábado transcurren entre tonadas, pregones, refalosas y cuecas chilenas y canciones pascuenses, zambas argentinas, boleros mejicanos, pasillos venezolanos, canciones guaraníes, valsecillos populares de este y del otro lado de Los Andes, *blues* norteamericanos, el Yesterday de los Beatles, la guajira Guantanamera, una que otra *chanson* francesa recuerdo de la época del Hogar Universitario, alguna melancólica balada de un marino alemán aprendida de 'la

Gringa' de Osorno en una de las tantas pensiones de mala muerte compartidas en los años de Universidad, y ensayada ahora con timidez púdica, un tanto a escondidas del profesor: *Seeman, lass das Träumen / denk' nicht an zu Haus / Seeman, Wind und Wellen / rufen dich hinaus...* O aquella otra: *Am Golf von Biskaya / ein Mädelein stand / ein blonder Matrose / hält sie bei der Hand / sie klagte ihr Schicksal / ihr Herz war so schwer / sie hat keine Heimat / kein Mütterlein mehr. / Fahr mich in die Ferne mein blonder Matrose / bei dir möcht' ich sein in der Wellen getosen /:Wir gehören zusammen / wie der Wind und das Meer / von dir mich zu trennen / ja, das fällt mir so schwer:/...: Finalmente, todo parece irse encadenando y resumiendo en las dulces estrofas de un poema musical como: *A time to be weeping / a time to be sowing / the green leaves of summer / are calling me home. / It was good to be young then / in the season of planting / when the catfish was jumping / as high as the sky. / A time just for planting / a time just for plowing / a time to be courting / a girl of your own. / It was good to be young then /to be close to the earth / and to stand by your wife's side / the moment of birth. / T'was so good to be young then / to be close to the earth / now the green leaves of summer / are calling me home...**

Al cabo de unos seis o siete meses, tal es el espíritu y la eficiencia del profesor y la aplicación de los alumnos que el conjunto, niños incluidos, está en condiciones de interpretar algunas piezas sencillas del folklore chileno y sudamericano sin dificultad y razonablemente afiatado. Llegado el verano, sin embargo, mis hijos deben partir a reunirse con su padre en el

extranjero y las clases de guitarra se interrumpen.

Aunque..., ya no se reanudarán.

.....

Parada en la esquina de la Universidad, frente a la Facultad que albergara, por allá por inicios de los '60, mi remanso juvenil de estudiante —no comprometida tras mi escudo invulnerable, e inmune a los vaivenes sociales, políticos y artísticos de la célebre década; vale decir, más o menos en la misma actitud que ostentaré cuando escriba esta historia aunque... desde una nueva y maravillosa certeza espiritual—, espero ahora el microbús que me llevará un poco más allá del centro de la ciudad, a entregar un par de escuálidas hojas traducidas del alemán. De súbito, me veo interpelada por la voz de Amanda:

—Cecilia, ¿qué es de tu vida? Y tus hijos, ¿no han regresado aún?

—No —replico, contenta por el encuentro aunque un poco nerviosa por la hora, pues debo entregar la traducción antes del cierre de la oficina de mi cliente. —Faltan dos semanas aún, y la verdad es que se me van haciendo eternas; los extraño...

Durante su ausencia, soy dependiente de mis hijos. Mi vida parece perder sentido, brújula y norte cuando ellos no están. Sobrevivo sólo para el instante del reencuentro.

—...y la escasez de trabajo agrava aún más la situación, pues me deja demasiado tiempo libre para pensar —agrego, contemplando con desmayo el microbús que se me va—. Por otro lado —continúo, resignada, y luego con vivacidad creciente—

extraño la natación... y la guitarra...

—Pero, ¡es que no lo sabes...! —me espeta, sorprendida...

Retrocedo imperceptiblemente ante su vehemencia, pero ella, asiéndome de un brazo, me arrastra un poco más allá del paradero, bajo el magnífico liquidámbar que contempla agonizar el verano, impaciente por desplegar su grandiosa representación otoñal. Bajando la voz —percibo el tono neutro, la rigidez de su mano sobre mi brazo...—, me revela:

—Hace unos treinta y cinco días, Omar fue detenido en esta misma esquina. Después de dos días fue liberado, y en menos de una semana lió guitarra, mujer y niños y partió a Suecia. Parece ser que había despertado sospechas, pues siempre se paraba en esta esquina, guitarra enfundada bajo el brazo, a esperar la locomoción, tú sabes, yendo entre una clase y otra. Hace unos días recibí una tarjeta de Suecia donde me cuenta que han sido instalados en un pequeño departamento de una comunidad de inmigrantes asilados, que los niños ya están matriculados en la escuela, y que todos están de cabeza estudiando sueco...

.....

Ni Amanda ni yo reanudaremos las lecciones de guitarra y antes de consolidar una amistad nos iremos alejando paulatinamente, obligadas por las circunstancias económicas, hasta dejar de vernos y desaparecer por completo de nuestras vidas respectivas.

A escasos dos años de estos acontecimientos me veo, a mi vez, obligada a emigrar, aunque por razones muy diferentes y con destino no tan remoto: lío niños, enseres y desnutridas esperanzas,

y parto a la capital. El auge y desplome del 'boom económico' — efímero brote del sistema de economía 'social' de libre mercado introducido por el régimen militar— han venido desplegándose en ordenado desconcierto durante los últimos años. Haciendo honor a la onomatopeya de su nombre, el tan cacareado *boom*, inflado al máximo, termina por estallar estruendosamente: un régimen sostenido e indiscriminado de importaciones; las primeras quiebras en la industria nacional; la caída en la producción; la cesantía que ha ido creciendo en forma inversamente proporcional; la pérdida del poder adquisitivo por parte del ciudadano común; la devaluación intempestiva de la moneda nacional tras la mantención ficticia y prolongada del dólar de los 39 pesos; la descomposición de la banca privada, de las financieras y de las empresas de papel; las quiebras genuinas y fraudulentas que se suceden las unas a las otras en el ahora desconcierto flagrante. En resumen, el terremoto financiero. La deuda externa: la mayor en la historia del país. Y la deuda privada asumida por el vilipendiado Estado, a mayor claridad con dineros fiscales, para atenuar la hecatombe...

Las réplicas del terremoto financiero y una grave recesión económica '*made at home*' que ha barrido con la mayor parte de la industria nacional concentrada en esta zona, como una versión latina de la cuenca del Ruhr, se han ido infiltrando lenta, inexorable y soterradamente en los hogares. El ministro Escobar abogará por y lamentará luego el rechazo al proyecto de ley de impuesto al consumo, y añorará el retorno del pisco. Nada sabemos de economía ni de políticas económicas, y no consumimos whisky ni pisco; sólo sabemos que nuestros estómagos han comenzado a

hacerse oír. La situación se torna grave, a veces no tenemos pan para las onces; a manera de juego, escarbamos —sin resultado— en todos y cada uno de los bolsillos del guardarropas, en ocasiones hasta en el interior de dobleces y forros de las prendas, en busca de unas monedas perdidas para comprar un par de marraquetas; finalmente, 'nos dejamos caer' en casa de alguna familia conocida, 'a saludar' a la hora del té. Otras veces, con un poco de suerte, y luego de pagar el dividendo en el Banco de Chile —pequeño al comienzo, pero cuyas ueses, creadas por el régimen, galopan en total desenfreno—, el colegio y los servicios, los que acaban por consumir la totalidad de la mesada paterna, podemos contar con tres manzanas, tres plátanos y tres naranjas: una 'por cabeza' (expresión que mi hijo llegará a odiar), en lugar de las 'pilguas' repletas de fruta que arrastrábamos semanalmente a duras penas desde la feria en calle Caupolicán. Cierta prurito —congénito, heredado o adquirido— me impide dejar de pagar los compromisos o estar en deuda con persona o institución alguna, así como también, la apropiación indebida de algún artículo o producto alimenticio en tiendas, librerías o supermercados, o vivienda ajena. Por primera vez en la historia familiar, las enfermedades arrecian, los virus, bacilos y gérmenes se pasean y reciclan en este pequeño círculo de tres; no hay dinero ni para una aspirina, menos aún para el médico. A manera de agravante, el padre anuncia el advenimiento de un medio-hermano (o hermana), lo cual constituye, en las presentes circunstancias, una especie de golpe de gracia: oscuramente intuyo que ya no podremos contar con su ayuda adicional en casos de extrema necesidad; por otro lado, a la

distancia y desde su irreductible posición pro derechista, ha rehusado admitir la realidad de la situación, tanto familiar como nacional, en especial esta última. El fatalismo de mis temores, por otro lado, se ha venido confirmando con el paso del tiempo: el traslado del padre desde el país vecino y su regreso en Alemania con una nueva familia bajo el brazo, ha traído como resultado natural e inmediato el corte de raíz del reembolso de gastos médicos y escolares. Pronto adviene el cambio del colegio particular a la escuela pública, el niño sufre de dolores de estómago y mareos cada mañana, cuenta que tiene una compañera embarazada y que hay piojos en la escuela; la niña matriculada a mitad de año en La Providencia pregunta qué es una niña en 'situación irregular'. El destino no escatima el grotesco brochazo final para completar el cuadro: el fracaso de una nueva experiencia amorosa. Ha tiempo se ha renunciado al gimnasio y a la piscina. La migraña entra en escena con su prole de punzadas lacerantes y vómitos imparables que terminan por transformar el cuerpo en un protozoo espasmódico y deplorable, contorsionado sobre sí mismo y, sin fuerzas para arrastrarse hasta el baño o para sostener el recipiente de plástico, revolcándose en la cama en medio de su propia regurgitación; a pasos de revirarse bañado en hiel, el estómago convulsionado ya no tiene nada más que arrojar que un espumarajo blancuzco y vinagroso; en el clímax del síncope jaquecoso, el cuerpo colapsa en una serie rítmica e implacable de espasmos en seco que termina, al cabo de una eternidad, por hacer abandono misericordioso de algo así como un guiñapo exánime, dolorido, sucio e inservible.

Con el correr del tiempo, el mismo organismo, tras periódicos y cada vez más frecuentes accesos, termina por agotar su capacidad reactiva vascular. Una enorme y pesada lasitud se va apoderando lenta e insidiosamente de los miembros y de la mente. Ya no se piensa sino en dormir... dormir... y, tal vez... con suerte, dejar de respirar...

¡Pero están los hijos, los hijos!... En el profundo y negro pozo de la depresión sólo la rutina —largo tiempo ya se ha prescindido de la ayuda doméstica—, la rutina..., forzada, mecanizada, e impostergable (el colegio, la comida, el aseo, la ropa, la leche para los niños y para la gata recién parida y por enésima vez), sólo la rutina logra impulsar a ratos y sostener milagrosamente la actividad maquinal mínima de los miembros que tienden a prolongarse en la cama y que se resisten a echar a un lado la pesada lápida que viene aplastándolos...

¡Pero están los hijos, los hijos!... En el mismísimo fondo de la negrura se palpa un día cualquiera una grieta, un delgado hilo de fuerza vital que cuelga de lo invisible, apenas un aliento, pero éste es ya suficiente para ponerse en cuatro pies y comenzar el lento peregrinaje entre la ciudad sureña y la capital, entre liceos y exámenes de admisión, entre solicitudes, currículos y una que otra entrevista de trabajo; para terminar empacando los bártulos y, con los hijos apretados bajo el brazo, virar de rumbo y enfilarse hacia el norte. Lentamente, muy lentamente se ha ido saliendo del estado comatoso, recogiendo y recomponiendo las piezas del pequeño universo roto; del universo que una vez antes se rompió y fue recompuesto, y que volverá a romperse, con seguridad, tarde o

temprano, para volver a ser recompuesto una vez más al cabo de un tiempo, siguiendo los vaivenes de la precariedad vital.

Por el momento, se ha encontrado un buen trabajo en la capital y la situación familiar recupera cierta normalidad.

.....

Acostumbran decir por ahí que para escribir... ¡hay que vivir!

Unos se lanzan a las calles, los bares nocturnos, los amoríos ligeros —lícitos o ilícitos—, o los prostíbulos, en busca de eso que llaman... 'vivir'. Otros, a las grandes aventuras en lucha contra los elementos de la Naturaleza, y a los actos heroicos desafiando mares tempestuosos e indomables, selvas tropicales enmarañadas o desiertos implacables. Algunos —resguardados en sus mundos de cristal asépticos—, a la representación política y a las grandes decisiones económicas; o, al protagonismo intelectual de 'alto vuelo', para después escribir la historia de 'los otros' —maquetas folletinescas sobre caricaturas infrahumanas, como "El Roto"—, repantigados en sus cómodos e inconvencionales sillones de marroquí, de regreso en sus voluminosas bibliotecas de fina y antigua madera de roble o encina; seguros y protegidos, y de espaldas a la realidad del pueblo, a la cual descienden o han descendido de tanto en tanto en busca de inspiración de mano prestada... conservando, desde luego, una respetable distancia.

Pienso en otras familias, otras madres y otros padres, otros hijos; en el acceso a o la ausencia de oportunidades; en la falta de recursos económicos e intelectuales o de simple capacitación; en la carencia de hermandades religiosas, filosóficas, políticas; en los

suicidios de padres de familia y de familias completas ocurridos en la cuenca del Bio Bío durante la crisis de los ochenta. Y me pregunto si, tal vez, la mayor aventura, el mayor heroísmo, el mayor mérito no esté en el vencer día a día las verdaderas tempestades de la vida, aquéllas sin viento y sin mares alzados; en atravesar día a día los desiertos de la existencia, aquéllos sin las áridas arenas; en salvar las selvas tropicales, aquéllas sin lluvias tórridas ni alimañas venenosas. En el ganar el pan de cada día, honrada, honestamente y con el propio esfuerzo... El pan justo para mí, para ti y para él...

También me interrogo sobre el sentido y los supuestos méritos de la propia honradez: teniendo hijos que alimentar, ¿qué habría sucedido con mi tan ponderada honestidad—o con nuestras vidas—si no hubiese contado con la mesada fija, regular, infalible, recibida desde un país extranjero? ¿Es la persistencia de esta mesada o pensión alimenticia —o la responsabilidad autoimpuesta del padre— la respuesta lógica y justa del destino a la propia, persistente e ineludible integridad con que se ha luchado por enfrentar la vida? Las respuestas a estas preguntas, jamás las sabré y no me corresponde, por otro lado, pronunciarme sobre ello. Sí creo poder hablar por aquellos que sobrevivieron y aún luchan por sobrevivir, no sólo en la cuenca del Bío Bío. Y también por un modesto músico frustrado y menesteroso, que un día debió partir a Suecia con guitarra, mujer e hijos bajo el brazo; de quien no recuerdo su nombre y a quien he bautizado Omar (bien pudo haber sido Ociel). Sólo conservo de él un cuaderno lleno de ejercicios, una sola fecha —julio 17 de 1982— al inicio de uno de éstos, y una

'mosca', tres iniciales al término de cada tarea: OOR.

Si son el hombre y la mujer de las clases poderosas y dominantes, ambos carentes de identidad tanto individual como nacional propias, los que escriben la historia y la literatura oficiales de los países y, más aún, los que 'des-escriben' la Historia, son los hombres y mujeres anónimos quienes silabeán con sus vidas y sus muertes esta Historia no escrita de la Humanidad. Son estos últimos los que acusan los rasgos más representativos de cada grupo, etnia o pueblo en su marco geográfico propio; en su diferencia o individualidad como tribu —tribu en el sentido primigenio, ancestral, atávico— reflejan los valores y problemáticas de extensión universal, permanente y trascendente: aquello que el Poder no puede ni podrá comprar jamás; menos aún, elaborar una imitación burda, por colosal y honesto que sea el esfuerzo individual y por monumentales que sean el apoyo y la subvención proporcionados por el sistema.

Como contrapartida, también el fuego sagrado suele ser profundamente antidemocrático y selectivo...

.....

Le presento este manuscrito a mi hijo, ahora de 24 años y a punto de egresar de su carrera ecológica-paisajística de una universidad capitalina, en espera de alguna observación o sugerencia. Luego de leer en forma detenida, rememorando con seguridad algunos de los pasajes que su memoria infantil hubo soslayado y otros que yo tal vez olvidé, y, acaso con una repentina chispa de exageración, por otra parte, me lanza su única

observación:

—Síí..., ya recuerdo... Y recuerdo, también, que a veces, cuando tú estabas en el trabajo y la nana ocupada en la cocina, o cuando nos quedábamos solos, ya sin nana, nos íbamos al balcón de mi dormitorio con el Ignacio, el hijo del abogado vecino, y fabricábamos unos 'guatapiques' gordos con toda la pólvora de una caja de fósforos envuelta en papel de aluminio; luego los arrojábamos tras los talones de los 'pacos' cuando pasaban justo bajo el balcón, donde explotaban con un gran estampido. ¡Los pobres se daban vuelta de un solo salto con la metralleta al ojo y apuntando en todas direcciones!... mientras nosotros nos apretábamos la 'guata' contra las baldosas, aguantándonos la risa... —etcétera, etcétera, etcétera...

Lo miro con incredulidad, al tiempo que un súbito y extemporáneo vuelco... me congela el corazón.

EL VESTIDO BLANCO

El 8 de diciembre es una fecha especial. Aquel día de 1949, se le había prohibido ingresar en el comedor. Éste nunca se ocupaba para comer, más bien servía sólo como sala de pruebas para las clientas de la madre. Desde hacía una semana, sin embargo, había sido transformado en dormitorio mediante el simple arrumbamiento de la sencilla mesa redonda, las cuatro sillas y los dos sillones, todos lacados en negro, contra la pared que daba a la calle; en el extremo del fondo, lejos de la ventana, habían colocado uno de los dos somieres con patas de los tres hermanos varones y a su costado, un cajoncito pintado de blanco y coronado con una alba carpetita tejida a crochet, el cual hacía las veces de velador. En tanto, el sencillo dormitorio de los padres oficiaba momentáneamente de vestidor para las pruebas y de escritorio para los deberes escolares, así como de pieza de costura de la madre, como siempre lo había sido. La puerta del dormitorio que daba a la calle, siempre clausurada, fue reabierta y la puerta principal que entraba derecho al comedor, clausurada. La chiquillería, como de costumbre, entraba y salía a destajo por la tercera puerta a la calle, la de la mediagua y cocina provisoria, a continuación del dormitorio. A los dormitorios de atrás se accedía ahora por las puertas que daban al patio.

Las comidas habían 'mejorado' sustancialmente en el último tiempo; se comía más carne. En tanto, la libreta de tapas negras de la carnicería de los Herrera a la vuelta de la esquina, engrosaba

a la par que la cuenta por pagar a fin de mes. En los días anteriores había logrado espiar a través de la puerta que comunicaba el dormitorio de los padres con el comedor, cuando la madre llevaba las comidas, y había constatado que allí descansaba un hombre, tal vez un poco mayor que el padre. A veces escuchaba a este último conversar en voz baja con la madre, o intercambiar breves frases triviales y cotidianas, pero que implicaban la existencia de esta persona extraña en el hogar. Nunca se escuchó pronunciar su nombre; el padre sólo se refería a él como 'el compañero', y la única vez que los padres dieron alguna explicación sobre su presencia fue para decir que el compañero se encontraba enfermo y que no podía abandonar la cama. Y que había que cuidarlo y no molestar. Tampoco había para qué mencionarlo en el vecindario.

Aquel día, un impulso irresistible la atraía hacia esa puerta. Aprovechando un descuido momentáneo de la madre, la entreabrió con cuidado, lentamente. Recogió el borde del largo vestido blanco de tafetán. Su madre, cristiana y católica de corazón aunque no observante, se lo había cosido con esmero, adornándolo con botones nacarados sobre la pechera, un pequeño lazo en la cintura y una profusión de alforzas en el talle y en el ruedo que no habían costado en dinero lo que hubiesen costado las blondas y los encajes, pero sí unas horas adicionales sustraídas al sueño. Atisbó tímidamente en el interior del cuarto y apenas tuvo una vislumbre de la figura tendida en la cama se encontró con su mirada.

Pero, en el mismo instante, ya la madre la había descubierto y tras una viva exclamación intentaba con una mano arrastrarla

hacia afuera y con la otra, cerrar la puerta.

No obstante, el hombre le hizo una seña amistosa con la cabeza como indicando que todo estaba perfectamente bien, y volviendo la mirada hacia la niña la conminó a acercarse. Una vez que estuvo parada al lado de la cama, el hombre le dijo que estaba muy bonita y le sonrió.

Lo miró complacida y sintió que sí, así era, todo estaba bien: no había sido un error el querer mostrarse ante 'el compañero' con su largo vestido blanco de Primera Comuni3n.

Le sonrió a su vez y se dirigi3 a la puerta donde la esperaba la madre, quien, sin decir nada, la cerr3 suavemente una vez que ella hubo salido de la habitaci3n.

El jardín

Cuándo, exactamente, se desató la soterrada guerrilla ecológica doméstica en el condominio de departamentos habitacionales, no lo sé. En esta primavera mañana de septiembre me veo asomada a la ventana del jardín, acechando el retorno del picaflor. Sólo en dos oportunidades lo he avistado en las pasadas semanas; tal parece haber agotado la provisión de néctar de la exigua floración amarilla con que el escuálido jazmín languidece desde lo alto del muro. De argamasa y ladrillos semicarcomidos, este último separa nuestro condominio de la extensa propiedad adquirida ha poco —con la anuencia vecinal, y la alcaldía... de seguro— por una gran firma distribuidora de automóviles; la cual amenaza con apropiarse de varias manzanas a la redonda y, junto con otras empresas automotrices, nos estrangula lentamente en el epicentro de su poderoso anillo.

Me asomo y sorprendo a Emiliana en uno de sus juegos favoritos. 'Émiliii...' cuando intento sobornarla, '¡Emiliaáána!' o '¡Eemí-lia!', dependiendo del grado de su última fechoría, es una de nuestras dos gatas. Atigrada, de raza indefinida e indefinible, la Naturaleza la ha salpicado sin discriminación alguna con múltiples colores que van del negro al anaranjado zanahoria, pasando por el marrón, el amarillo, el gris, y el blanco desde luego; como si esto no fuera suficiente, el engendrillo mutante hace ostentación de los más variados y refinados instintos felinos. Aunque, esto último no lo sospeché siquiera cuando, ella a escasas semanas de nacida, y

yo andando por ahí en busca de buena compañía para mis hijos, conquistó mi corazón con carreras y cabriolas inverosímiles por sobre y entre sus seis o siete hermanos que dormitaban plácidamente sin dejarse incomodar por el diminuto remolino multicolor. Ahora, con sus dos años pletóricos de vitalidad y despertando del largo y frío letargo invernal, brinca sobre el césped y trata de alcanzar una mariposa blanca. No es muy graciosa esta mariposa urbana de clima templado, con su color deslavado y uniforme, indeciso entre blanco y verde acuoso que no es blanco deslumbrante ni verde definido. Pero, en silencio ruego por ella cuando una de las zarpas pareciera haberla rozado; felizmente, es capaz de remontar el vuelo en una —para mí— lentísima ascendente y aletea ya a la altura justa e inalcanzable gracias a la —bienaventurada, esta vez!— fuerza de gravedad la que por fin convence a Emiliana que no vale la pena otro intento. Haciéndose la desentendida termina por caminar, desganada, sobre la hierba como dejando entrever que la presa, por lo tanto el esfuerzo, por tanto el fracaso, carecen de importancia...

Vuelvo a escudriñar la angosta franja de césped que se extiende entre la ventana del cuarto y el feo murallón, siempre en espera del picaflor. Nuestro jardín no luce exuberante por estos días. Finalmente ha quedado, —como debe ser, imagino— en manos de Dios y de los imponderables. Entre estos últimos, nuestro jardinero, hombre sencillo de los campos del valle central que aprendió o desaprendió su oficio directo de la Madre Tierra, sin el sabio refuerzo de las ciencias. Confinado ahora en algunos nada de despreciables metros cuadrados de jardín de condominio ciudadano,

tampoco él tiene nada que ver con las últimas modas paisajísticas, y recorre infatigable su campo de operaciones, tijeras de podar en ristre, no importe la estación del año o la luna que nos gobiernen. Sospecho que, al mismo tiempo, desconoce el significado de la palabra ecología y que, a lo sumo, podría asociarla con delfines y ballenas y, ¿por qué no decirlo?, con el atolón de Mururoa, por lo extensamente comentado en los últimos días y con más que justificadas razones. Y en cuanto a contaminación urbana, lo más probable es que la palabra *smog* sólo le traiga asociaciones de microbuses y autos descuidados diseminando sus gases pestilentes por las calles de la contaminada capital; temo que tampoco haya oído hablar de polución acústica, excepto en el comentario al final de las noticias de algún día extremadamente crítico o en el que el tema es reflotado por algún avispado político de oposición ante la escasez momentánea de motivos para atacar y desacreditar al gobierno de turno. Aunque, dudo que nuestro jardinero escuche las noticias; el buen ciudadano llega al condominio a las ocho de la mañana y se retira a la misma hora al atardecer, y presiento que vive en los confines de la gran urbe.

Retrocedo mentalmente al verano anterior y a los hechos que me llevaron a 'colgar la manguera'. No es posible emplear aquí las expresiones 'tirar la toalla' o 'colgar los guantes', según se verá a continuación.

.....

Había yo determinado —en uno de esos repechos de optimismo que me bambolean entre la consternación negra y la indiferencia

más anodina— hacer revivir este rincón que languidecía triste y semi-abandonado, como el patio trasero descuidado de algunas casas de clase media baja. Para el jardín delantero y la franja de césped que separa el condominio de la calzada, se reservaban todas las atenciones y cuidados, y se les acicalaba y regaba con esmero, en exceso, permitiendo a menudo que el agua se empozara o escurriera inútilmente por la acequia. A esta menguada trastienda, por el contrario, se destinaban apresuradamente sólo algunas migajas de buena voluntad y unas cuantas gotas de agua, cuando no se la soslayaba sin mayores trámites. El problema se agrava más aún en las semanas en que el jardinero se encuentra de vacaciones, siempre en verano, y el riego queda en manos del encargado de turno.

De modo que invierto, por lo menos, una hora diaria de aquel estío en extremo largo, seco y caluroso. Una hora u hora y media diarias a continuación de una jornada laboral de nueve horas, a lo que se agregan los deberes de madre y jefe de familia y los quehaceres del hogar. Sin embargo, debo decir que esta ocupación voluntaria no representa en sí ningún esfuerzo; muy por el contrario, constituye un placer más bien egocéntrico si se tiene en cuenta, sobre todo, que disfruto de la hierba mojada bajo las plantas de mis pies desnudos y de la apacible caída de la tarde, con la misma fruición con que la lagartija holgazana disfruta del calor de la piedra bajo los rayos del sol del mediodía. Por lo tanto, no lo estimo en modo alguno un sacrificio y a la caída del sol me encargo plácidamente de la manguera o le busco un sitio estratégico a los pies de algún arbusto o enredadera, entre la preparación de un

plato de bien sazonado arroz y el cambio de carga de la lavadora o el recambio de algún disco compacto. En esta hora del crepúsculo, indescriptibles son los momentos percibidos con los oídos y los ojos del alma. Cada palabra, cada nota, cada acorde musical tensa y rasga las cuerdas más sensibles del espíritu mientras contemplo cómo el agua se desliza por cada diminuta hoja del jardín y arrastra hasta la última partícula de suciedad producida por el ambiente hacia la tierra que todo lo reabsorbe y reasimila. Al finalizar el riego es posible oír a través de la cortina de ruidos urbanos, atenuados por las edificaciones cercanas, el canto de los grillos entre la hierba del patio vecino —aún baldío— y la intimidad arrulladora de las aves en sus nidos; el día va callando y cediendo lentamente sus dominios a los misterios de la noche.

Al mediar el verano, contemplo satisfecha el resultado de mi placer-esfuerzo. El pequeño pino Oregón ha crecido por lo menos veinte centímetros e innumerables brotes color limón explotan en cada yema de las ramitas verde pino; es una pequeña sinfonía en dos tiempos de verde. El acanto amenaza con romper el techo de la ahora gloriosa enramada del jazmín; este último descuelga, pletórico, desde el borde superior del muro y cubre gran parte de la desmigada superficie; su fuerza vital renovada estalla en múltiples flores amarillas incitando el regreso del pequeño picaflor. La hiedra que había hecho plantar al jardinero en junio, ha experimentado un violento crecimiento; sus largas guías reptan en busca del soporte y los puntos de apoyo estratégicos que faciliten su peregrinaje por ladrillos y parches irregulares de argamasa, sobre los cuales se descascara inexorablemente una vieja y desleída capa de pintura o

cal. Entre la hiedra y el borde del césped, las modestas plantas 'araña', o 'mala madre' como también se las conoce, afilan sus cintas bicolors en una apretada hilera sobre el estrecho surco de riego. Tras ellas, grandes cabezas amarillas insolentemente anaranjadas y hojas acorazonadas de color verde azulado denuncian el brote espontáneo de las 'espuelas de galán'. Me alegra que el jardinero se haya ocupado de esta franja de tierra desnuda y suelta que volaba por los aires o se introducía por las ventanas del cuarto y de las narices a la menor provocación del viento.

En el límite poniente, el muro cierra en ángulo con la reja de fierro que separa el condominio de una tranquila y casi intransitada callejuela. Aquí, el espectáculo no es menos impresionante. El cedrón, plumoso y a la vez compacto, delicada filigrana de hojas delgadísimas y racimos de plumillas, es una acuarela impresionista verde claro y rosa pálido, como una visión de Monet. Tras él y justo en el ángulo sur-poniente de la propiedad, la exuberancia lujuriosa de las grandes hojas verde oscuro del matico parece arrancar de una escena tahitiana de Gauguin. A continuación, el macizo plumbago revienta en floraciones azul cielo; su crecimiento ha sido tan violento que oculta su origen terrestre en las profundidades de una caverna verdosa y húmeda en la que me es imposible localizar su tronco. Orillando la reja en dirección norte, la ligustrina ha centuplicado su densidad y promete un brillante futuro como efectivo amortiguador de ruidos callejeros. Entre este fondo semi selvático y las ventanas del edificio, las rosas exhalan, con justificada arrogancia, la lujuria de su aroma y su color en sus

lechos de tierra desnuda, húmeda y fragante, en medio del reverdecido césped.

Había tomado por fin revancha sobre la canícula y sequía de dos veranos precedentes, las cuales, junto con un riego defectuoso e insuficiente, habían causado estragos en el modesto jardín.

Bueno, eso creí hasta aquella mañana de pleno verano aún. Un rítmico clac-clac, clac-clac ha estado golpeando mi subconsciente en la última media hora de sueño. De un manotazo, espanto la somnolencia que persiste en aplastarme y me siento abruptamente sobre el lecho, un oscuro presentimiento en el corazón. Un salto y ya estoy descalza sobre la terraza para comprobar lo irreparable. Sobre el pasto yacen grandes montículos de ramas y hojas tronchadas; las plantas araña levantan sus dolidos muñones a escasos diez centímetros del suelo; bajo los brazos trancos de la enramada de jazmín, la muralla muestra su vieja sonrisa desdentada; el cedrón es un triste atado de gajos cenicientos; flores y follaje del plumbago, cercenados por igual, han cedido paso a una tupida maraña de sarmientos, bajo los cuales reaparece la mueca cavernosa del murallón.

Nuestro jardinero me saluda tímidamente, de soslayo, tal es su costumbre. Trato de vencer mi propio mutismo y entro en una larga y laboriosa explicación sobre la contaminación del aire..., sobre el papel que desempeña cada minúscula hoja del jardín atrapando las partículas de polvo y suciedad, antes que éstos contaminen nuestros pulmones..., sobre la función de amortiguamiento de ruidos externos que cumplen los grandes macizos de plumbago y ligustrina..., sobre la inapreciable ventaja

visual de hiedras y enramadas cubriendo inhóspitos muros de descascarados ladrillos. Y continúo a tropezones verbales con los sobre esto y aquello y lo de más allá...

Pero el pobre hombre está ofuscado. Por primera vez veo la rojez extenderse sobre sus mejillas pálidas y hundidas, mientras farfulla algo así como "...no se puede tener contento a todo el mundo..."; y "...otros me piden orillar el césped..."; y, "...si tiene alguna queja... el administrador...".

Con el corazón agitado aún por la conmoción, trato de hacerle entrar en el razonamiento, en tanto él va retrocediendo imperceptiblemente hasta quedar situado bajo la ventana de la vecina; justo aquella que acostumbra vaciar todo su arsenal de críticas y quejas contra el lamentable descuido de este patio trasero que nos ha tocado en suerte..., las podas indiscriminadas..., la falta de riego y la indolencia de los encargados que dejan correr interminablemente el agua en el frente principal de la propiedad..., y contra esto y aquello y lo otro. En privado, pues nunca se ha tenido noticias de alguna queja directa a la Junta de Vigilancia o al administrador o al jardinero o a los encargados. Me pregunto, en un espasmo de terror, si ella tendrá algo que ver, por otro lado, con el incesante cercenamiento de níspero y icerezo!, los cuales nunca llegan a cuajar frente a mi terraza; los cuales, junto con el resto de los frutales y la mayor parte de la vegetación, nuestra buena vecina afirma haberlos plantado con sus propias manos y las de su esposo —fallecido tiempo ha— luego que la cooperativa recibiera estas dos torres hexagonales casi en bruto hará unos veintidós años a esta parte; lo cual no pongo en duda en absoluto.

Ahora puedo adivinar su figura tras el visillo, hacia el cual el pobre hombre, acorralado por mi desacostumbrada vehemencia, deja escapar furtivas miradas para después ir recobrando, paulatinamente, cierta seguridad y aplomo; mientras yo vacilo, las manos caídas y un inoportuno y ridículo nudo en la base de la garganta. Es mi turno de enrojecer. Desbaratada y desarmada, hago cobarde abandono de la contienda.

No obstante, nuestro jardinero es un hombre bueno y contemplativo por naturaleza. El sombrero de paja, con ambas alas laterales levantadas y dobladas hacia arriba, que lleva invierno y verano excepto cuando nubla o llueve, ocasiones en que luce una gastada boina negra, alarga aún más el rostro delgado e infinitamente noble en su humildad, retostado por el sol; y sombrea, apenas, unos ojos huidizos de timidez —porque existen dos miradas huidizas: la del sujeto tímido e incapaz de simulación que no permite que escarben impunemente en su alma; y la otra, la que todos conocemos— y una sonrisa que no alcanza nunca a concretarse, así de escueto en expresiones. Parco en palabras, monosilábico. Hombre de campo, sin duda. En ocasiones lo he sorprendido rascando la barriga de su 'rucia juguetona' —Olivia, hermana de Emiliana, una llamarada anaranjada y angorosa, suave de pelaje y carácter, candorosa y sensual al mismo tiempo— mientras ella se retuerce sobre las baldosas recalentadas o entorna los ojos en estático paroxismo de placer; en otras ocasiones, me divierte observarlo mientras se esfuerza por articular monosílabos en contestación al rosario de preguntas que le espetan los niños los sábados por la tarde cuando han sido liberados de la escuela.

Secretamente, me produce curiosidad y, por qué no decirlo, algo de sana envidia. En su placidez y mutismo pareciera encerrar toda la sabiduría del mundo. Creo que si le emplazo y le interrogo sobre el sentido de la vida y de la muerte se me quedara mirando con una mezcla de sorpresa y estupor, cierta expresión pasmada en el rostro indicativa de mi supina ignorancia. Puedo hasta adivinar las palabras no formuladas de su pensamiento: "Señora, y ¿por qué anda Ud. preguntando esas cosas?" Es por esto que no lo interrogo. Por vergüenza. Y porque no podría soportar el dolor que me infligiría esa mirada.

.....

De momento, él continúa imperturbable trasquilando las plantas y yo... devanándome los sesos. Pero voy aprendiendo. Puedo pasar una hora, por reloj, aplanando las baldosas sur-poniente de la terraza que bordea la torre hexagonal, volviendo alternativamente la vista desde el incendio lujurioso e impúdico de las nubes que proclaman a la ciudad con gran pompa el advenimiento del ocaso, a la faz serena e imperturbable de la cordillera, que con sus celajes rosáceos, ambarinos y argentados, reproduce el grandioso espectáculo que se desarrolla a mis espaldas; al paso que se descuelga, despacioso, el silencio. O puedo sentarme dos horas seguidas a contemplar, a través del cristal de la ventana poniente de mi escritorio, el grácil vaivén de las cintas de la 'cola de zorro' que despliega su ondulante y magnética danza en medio del jardín iluminado; bajo la eximia batuta de la suave brisa crepuscular y siguiendo el compás y el embrujo de la danza, el soplo de una

flauta proveniente del disco compacto rasga las cuerdas más sensibles del espíritu, y un algo trémulo y silencioso se desgaja desde el centro del pecho como un velo de niebla, trascendiendo ese dolor dulce y desconocido que ha dado por atenazar el pecho de un tiempo a esta parte.

¡Hasta la próxima e inexorable poda que transformará la grácil planta en un manojito de cintas mutiladas atadas a la mitad con un alambre!

También me ha dado por escribir. ¡No es tarea fácil cambiar de oficio! En tanto, las estaciones giran, puntuales e incansables, en la esfera del tiempo. Ahora es el verano siguiente a estos acontecimientos. La Administración del condominio ha instalado un sistema de riego automático que asegurará el riego controlado de nuestro jardín, sin extenuar a nuestros buenos encargados; éstos, contentos al parecer de mi buena disposición para ocuparme del patio trasero durante el verano anterior, fueron retrocediendo progresiva y paulatinamente... hasta abandonarlo por completo, exculpándose de toda responsabilidad e inculpándose recíprocamente por esta negligencia. Una suerte de mareo nubla mi mente al escuchar a Fulano: "... no me corresponde a mí, le toca a Mengano", y Mengano remite a Zutano o Perengano y éstos, a su vez, al primero. Por otro lado, se ha producido una suerte de silencioso pacto solidario, indefinible, algo así como un íntimo e invisible muro de protección mutua que involucra a jardinero-encargados-vecina-Administración. Por su parte, el jardinero ya no le rasca la panza a mi gata Olivia.

Así es como, por higiene mental, he resuelto 'colgar la manguera'.

Ahora contemplo cómo los surtidores infatigables prenden diminutos diamantes de las agujas del joven pino. Como de *le modelé* de Rodin, citado por Rilke en sus CARTAS que leo por estos días, aprendo, por otro lado, de Emiliana y Olivia, inmóviles estatuas frente al gran ventanal sur de la sala, en muda y apacible contemplación del jardín limpio y pulido, bruñido por la primeriza llovizna otoñal y reluciendo a la luz del primer farol. Entre llovizna y cavilaciones, han caído estos versos que me recuerdan otros muy lejanos de E. Dickinson y que me apresuro a coleccionar antes que alguna alma diligente los coja y sepulte bien sepultados en el basurero de la esquina, o, lo que sería más grave aún, otra alma bienintencionada —desde luego más confiada y optimista que la mía— los estrene bajo las rutilantes luces del reflector en un publicitado lanzamiento literario bien regado con vino o champaña, o —isupina alevosía de mi mente sempiternamente fantasiosa!— en la entrevista televisada de algún escritor de última moda:

Vivir por la Verdad.

Morir por la Belleza.

Oh, alma

¿en qué encrucijada te has metido!

¿Sacrificar la Verdad en aras de la Belleza?

¿Inmolar la Belleza por amor a la Verdad?

Alma

¡aún no sabes nada!

.....

Al mediar el otoño siguiente, una gran malla negra ondea sobre el muro de ladrillos; comienzan faenas de excavación; a las pocas semanas, las de construcción. Un gran edificio de dos pisos de concreto armado, recubierto en parte con palmetas de ladrillo falso, se levanta a todo lo largo de la propiedad colindante —¡allí donde cantaban los grillos!—, desde la calle principal hasta la callejuela del fondo; oficinas y estacionamientos de exhibición de automóviles van surgiendo a menos de cinco metros de nuestras ventanas y de mi terraza y de los balcones de pisos superiores; los oídos son bombardeados por el lenguaje soez de los trabajadores; el estruendo de las vibradoras de cemento perfora sin piedad los tímpanos; los gases pestilentes de las maquinarias de excavación laceran las ya escariadas mucosas respiratorias. Una gran mole de concreto que se yergue inexorable me impide ver el cielo en las mañanas holgazanas de domingo: mudo dos veces de ubicación la cama, inicialmente al pie de la ventana para vislumbrar un recuadro azul, y de vuelta al fondo del cuarto para escapar de las miradas impertinentes de los hombres parados en lo alto de la construcción, manos en las caderas, cuyas miradas parecen calar la cortinilla que, muy a mi pesar, he debido colgar ante los cristales. Dos hileras compactas de automóviles tapizan la otrora quieta y silenciosa callejuela lateral; las alarmas contra robos taladran las afables tardes de invierno y las noches y los amaneceres de todas las amables estaciones.

De esto, otro ciclo ha girado las infatigables manecillas del tiempo. Se hace evidente que la instalación de riego automático

soslaya ciertos sectores —en especial orillas y rincones— del jardín: el matico se ha secado; el plumbago ha visto reducida su frondosidad a la mitad; la ligustrina es sólo una triste maraña grisácea que no logra ocultar los barrotes negros de la reja. El jazmín exhibe una y otra chispa amarilla por aquí y por allá, como para no olvidar que debe florecer... La edificación ha sido entregada; los arquitectos y constructores han escogido, con precisión, el costado que enfrenta nuestros recibidores y dormitorios —en lugar de alguna de las dos callejuelas adyacentes— para disponer a casi todo lo largo el taller de reparaciones. Y las mañanas y las tardes son acribilladas, esta vez por el chirrido de sierras y soldadoras de metal.

.....

El picaflor no ha vuelto. No a este jardín. Mientras respiro el aire saturado de gases de escape, de pie tras la cortinilla, me pregunto, por otro lado: "Y, sin estos sucesos, ¿cómo podría yo haber escrito esta 'ficción'?" Colgando precariamente del péndulo de la vida, también reaprendo a acechar el vibrante piar, un poco destemplado, del pequeño zorzal que se posa imperturbable y desafiante sobre los brazos desnudos, secos y mutilados del naranjo o del durazno de nuestra buena vecina, pasmados sucesivamente por una plaga desconocida en los dos últimos años; o, a atisbar la aparición de las primeras palomas sobre la flamante cornisa de la edificación, cuyos excrementos no tardarán en otorgar su pátina definitiva a esta nueva obra, como los Bancos, las Compañías de Seguros, las Catedrales, los Palacios de Justicia y

Legislativos, los Municipios —y las estatuas y monumentos— que
construye y disemina el Hombre por los contornos de la Tierra.

EL PASEO DE LAS MADRES

La lluvia percutía sobre las planchas de pizarreño del dormitorio en los altos de la casa de madera de la modesta población en las afueras del pueblo cuando su madre la despertó.

De pie ante la ventana, madre e hija escucharon en silencio el sonido familiar, rítmico y sostenido, de la lluvia del sur.

Las cinco y media de la mañana. En la calle, ante la oscuridad negra e impenetrable como un telón de fondo, se descolgaba la lluvia en finos filamentos de plata; ramalazos de viento sacudían ocasionalmente el entramado vertical, haciendo brillar los hilos plateados como una cortina removida por la brisa e iluminada por una luz argentada e indirecta. Ante este segundo telón, descendían bajo cada farol de luz mortecina sendas cortinillas de oro, finísima filigrana que parecía velar misteriosos escenarios secundarios sobre un tinglado espectral. La lluvia del sur desplegaba su espectáculo en el grandioso teatro de la noche austral. Como una diva temperamental y enamorada de sí misma demoraba en clausurar la función, impidiendo a la noche iniciar su retirada hacia el hemisferio opuesto, y forzándola a permanecer unos minutos más sobre el pequeño pueblo de La Unión. Aun cuando fuera un amanecer de fines de primavera, casi entrando en el verano.

—No habrá paseo —enunció la madre.

Juntas habían reunido la noche anterior los platos y cubiertos para el paseo de fin de año. “Debe ser un Gran Paseo: inolvidable!”, había dictaminado la señora Graciela, profesora de

Castellano y Jefe del Tercer Año A de Humanidades del liceo mixto. El rostro sin maquillaje de la señora Chela brillaba con una luminosidad especial bajo la gruesa capa de vaselina sólida con la que acostumbraba humedecerlo: "¡Será un paseo para las madres! ¡Un Paseo que ellas no olvidarán!... No tendrán que mover un solo dedo, ¡serán atendidas y servidas como reinas!". Había que llegar tempranísimo a recoger la primera tibieza de los rayos del sol, por lo tanto la partida fue prevista para las seis de la mañana, luego de recolectar a la última pareja de madre e hija: ella y su madre, inmóviles ahora frente a la ventana y al protagonismo y la tiranía de la lluvia austral.

Se llegaba a la población desde el Liceo, a una cuadra de la Plaza, por la calle Comercio, atravesando el puente sobre el río Llollehue, cruzando la vía férrea unas dos cuadras al sureste de la Estación, y doblando otras dos cuadras más abajo hacia el sur hasta llegar junto al Paso Bajo Nivel, al borde de lo que los pobladores llamaban 'la Panamericana'. En rigor, ésta constituía sólo el brevísimo tramo que conectaba al pueblo con el 'camino longitudinal' o 'carretera panamericana' que recorría el país desde Arica a Puerto Montt.

Hacia el sur y el oriente de la población periférica, se extendía la campiña. Dorados campos cultivados, o simplemente la campiña agreste echada sobre la suavidad de las lomas o a la sombra de las arboledas, hasta llegar a la virginidad del gran Lago Ranco en dirección a la Cordillera.

—Mmm —fue su escueta respuesta, al tiempo que retrocedía para zambullirse velozmente entre las sábanas. En este clima, la

tibieza no perduraba más allá de algunos minutos luego que el durmiente abandonara el lecho.

Las sábanas de crea cruda, blanquedas a punta de clorinda, reemplazaban ahora a aquéllas confeccionadas con cuatro sacos de harina 'El Globo', desde que el padre fuera destinado a este pequeño pueblo perdido en el sur. Lejos de las gestas obreras de mediados de los años '40 en la incipiente ciudad de Temuco, había sido reintegrado a los FF.CC. del Estado luego de la exoneración y la cesantía. Alejada, a su vez, de la clientela 'rica' que la privilegiara durante los años difíciles, la madre materializaba ahora toda su habilidad manual dentro de las cuatro paredes del hogar, del cual muy rara vez salía: alegres cretonas floreaban desde las ventanas, sobre las sillas del comedor, y delante de la estantería enclavada en la pared del comedor donde se guardaba la loza; también habían alcanzado a extender sus rameados —vuelo incluido, ralito, pues la madre sabía economizar— sobre las camas de las dos hijas mujeres, en lugar de la colcha de piqué celeste que ahora usaban como cobertor ligero en las noches calientes del brevísimo verano. La actividad incesante de la madre albeaba también sobre los cajoncitos pintados que servían como veladores, en forma de blancas carpetitas de algodón tejidas u orilladas a crochet durante la hora de la radionovela después del almuerzo, o del radioteatro nocturno del terror; este último era escuchado en tenebroso silencio por toda la familia, con los ojos fijos en la flamante radio RCA Victor que el padre había adquirido en este bien recibido período de relativo desahogo económico; sobre el artefacto lucía flamante la carpetilla de frivolidé tejido en fino hilo color ocre,

señalando a los escasos visitantes en este pueblo desconocido, que se disfrutaba de un pasar sin las estrecheces que habían marcado sus vidas durante los negros años precedentes.

En verdad la madre parecía no conocer el descanso ni la enfermedad. Todos enfermaban tarde o temprano, cuando no todos a la vez, ocasiones en que la madre hacía su ronda por los dormitorios con sopas y tizanas y las obleas chinas para las cabezas dolientes; como antes —cuando se amanecía cosiendo para otros entre los quehaceres de un hogar compuesto por siete personas y el infaltable tejido o zurcido de alguna prenda de lana, de los calzones de lana roja y refajos de lana cruda para el invierno, y de los incontables pares de calcetines del padre y los tres hermanos varones—, se las arreglaba siempre para mantener los pisos como espejos, a pesar de la inconsciencia bonachona y sonriente de un padre que rehusaba sacudirse el barro de los zapatos al entrar por la puerta del patio o de la calle, como uno de los privilegios masculinos de los que hacía terca ostentación.

En la nebulosa que recomenzaba a adormecer su mente y sus miembros, lamentaba ya el fracaso del paseo cuando la mano de su madre le sacudió algo violentamente el hombro.

—Hija, ¡están aquí! A pesar de la lluvia... ¡están ahí fuera, esperándonos!

El sueño se le espantó de un salto.

—Y... ¿qué vamos a hacer?

— Nada. Sólo vístete rápido y salgamos.

Bajo el viejo paraguas desvencijado con el cual se defendía como podía de la lluvia en su diario camino al Liceo, cruzaron hasta

el costado de la Panamericana, guiadas por las luces altas del camión que les mostraba las escasas manchas oscuras entre las innumerables lagunas plateadas que alhajaban la calle sin asfalto.

La algarabía desafiante, interrumpida por un estentóreo ¡Hurra! cuando su madre y ella hubieron trepado o sido jaladas adentro, prosiguió con redoblado entusiasmo, al precario abrigo del grueso toldo impermeable que amenazaba con desplomarse en cualquier instante bajo las cataratas de agua: "Vamos partiendo, chuai chuai. Vamos partiendo, chuai chuai. Vamos partiendo, chuai chuai. Vamos partiendo, vamos partiendo, chuai chuai". Entre la algazara, la señora Chela se las arregló para explicar, quizá por centésima vez, que Elena (todas sabían que Elena, con su zalamería contagiosa, era su favorita) había llegado estilando a su casa un cuarto para las cinco de la mañana y que la había sacado de la cama con la determinación de un comandante al frente del escuadrón de un bombardeo planeado meticulosamente la noche anterior, para decir: "¡El paseo se hace!". Y se hizo. Punto. Y que aquí estaban todos cantando bajo el diluvio, rumbo a los caseríos de Puerto Nuevo y a su destino final: el lago.

Con un oído cerrado a la algarabía, el otro abierto a la explicación de la querida señora Chela, y los ojos escrutando los rostros que aparecían y desaparecían alternadamente bajo el haz de alguna linterna, había entrevisto el rostro que buscaba. Sí, Ricardo estaba allí. Aun cuando el paseo había sido primordialmente organizado por su propia profesora jefe y el Tercer Año A, también participaba de éste el curso paralelo, el Tercer Año B. El corazón hizo amago de saltarle por la boca, de modo que la

cerró con firmeza antes de proceder a buscar a sus amigas; pero ya alguien se removía a su lado buscando hueco donde sentarse, y una voz familiar musitaba en su oído: "¿Viste quien vino...?"

¡*Su* curso! Muchachas ordenadas y aplicadas, preocupadas más del estudio que de los muchachos. De este racimo de muchachas, se habían atraído mutuamente las cinco que formaban *su* grupo: Nidia Salas, quien vivía en la calle tras la suya en la misma población y con quien diariamente se pasaban a buscar para hacer juntas el camino que cruzaba la vía férrea y el puente; bajita y algo regordeta, cintura y tobillos finos y pantorrillas como botellita de champaña, con sus mejillas granates y brillantes como una manzana roja madura, Nidia era la matea del grupo; la ambición de ganar le brillaba desde los ojillos de un bello castaño oscuro con pintitas rojizas, montados muy cerca el uno del otro sobre la nariz fina y aguileña. Luz Quezada, cuyo rostro blanco tiza y redondo, un poco mofletudo, en el que una sonrisa entre tímida y bobalicona que jamás se borraba de sus labios, no hacía más que reflejar una personalidad casi tan opaca como su apariencia y un carácter blando como sus mejillas. Elfriede Evtuschenko, de origen polaco, rubia y de ojos verdes, tenía la nariz ligeramente torcida pero no lo suficiente como para afearla; muy seria y estudiosa, con un aire un poco distante y misterioso no dejaba, sin embargo, de sonreír y ser amable con todo el mundo. Annetta Monzon, de ascendencia francesa; sus padres poseían la tienda grande en la esquina de la calle Comercio; con su figura menuda y una gran mata de cabellos muy rubios y ensortijados domeñados por sendos pinches sobre las sienes, los ojos verdes salpicados de chispitas doradas y una

sonrisa abierta como una flor entre los labios rojos y carnosos era, del grupo, la conquistadora involuntaria y casi indiferente del halago masculino. Y ella misma, con la pubertad que se retardaba en un cuerpo espigado, flacuchento, en el nudo de huesos de las rodillas, y en la nariz perpetuamente enrojecida por el frío en medio del rostro redondo, casi infantil; la más callada de todas, metida en su concha como un caracol, aunque siempre compitiendo por las calificaciones en las que la pujanza de Nidia por lo general la superaba. Sin envidias ni roces entre ellas, habían resuelto plasmar una amistad preciosa y excluyente en la fotografía que ahora adornaba el álbum familiar de cada una, por ahora y siempre y hasta que la muerte o las vicisitudes de la vida las separara.

Muy distinto era el Tercero paralelo, considerablemente menor en número y en el cual habían convergido muchachos, en su gran mayoría, y algunas muchachas, uno o dos años más crecidas que el promedio de su propio curso. Distinguíanse en el Liceo, aparte de su bajo rendimiento, incommovible y satisfecho de sí mismo, por estar siempre promoviendo toda clase de desórdenes que más bien tenían el cariz de inocentes y bulliciosas travesuras que de maldad intrínseca o extrínseca.

La última mascarada protagonizada a manera de despedida de fin de año había sido el velatorio simulado de uno de los muchachos; se habían agenciado un ataúd negro y reluciente, muchas flores y grandes cirios amarillentos con sus correspondientes candeleros; la supuesta 'viuda' —con un histrionismo desquiciante, apasionado y apasionante al mismo tiempo, que había atraído a todo el liceo en masa—, rigurosamente

cubierta de negro de pies a cabeza, con un velo echado sobre el rostro, aullaba su 'dolor' sacudida por sollozos y lamentos escalofriantes; en medio de la pretendida aflicción se doblaba hacia atrás golpeándose el pecho y desgarraba sus vestidos, al tiempo que sus alaridos taladraban las paredes y recorrían los pasillos atrayendo a cada momento más y más espectadores. La secundaba un pequeño coro de 'plañideras', igualmente de riguroso luto, cuya actuación no desmerecía en absoluto la magistral interpretación de la 'viuda'. Todo el liceo lloraba de risa, de resultas que al final se confundían los aullidos deseudolor y los de gozo auténtico en una confusión hilarante y delirante de la que no escaparon Directora, inspectores ni profesorado. Al 'muerto', por su parte, no se le movía un solo músculo en la cara pálida y desencajada —cara de muerto—, ini el más leve temblor agitaba sus manos cruzadas beatíficamente sobre el pecho!...

En este curso se situaba Ricardo.

Elena tuvo razón. El paseo fue un éxito. A medida que el camión rodaba, sorteando lomajes y arboledas y acercándose al lago, el cielo se fue abriendo hasta dejar al descubierto el esplendor de un día perfecto; desde la llegada a Puerto Nuevo hasta la partida, ni una sola nube ensombreció el panorama inmaculado del lago. Las madres hicieron todo lo que las madres, por lo menos las del pueblo, usualmente no hacen: charlar ociosamente, sentadas entre el pedrerío de la playa, sólo ocupadas en vigilar desde la distancia la seguridad de la progenie y alardear cada cual de las virtudes de la misma; ino se les permitió ni siquiera pelar una papa! Los hijos hicieron todo lo que los adolescentes normalmente hacen en esas

circunstancias: caminar sobre los guijarros de la playa, mojarse los pies (estuvo prohibido bañarse, para no preocupar a las madres), intercambiar miradas con el sexo opuesto, cuchichearse remilgadamente al oído las muchachas, reír y empujarse con fanfarronería por los hombros los muchachos. Y comer, desde luego, que a eso habían venido también.

El regreso fue tan alegre y bullicioso como el viaje de ida. ¡Sí, el paseo había sido todo un éxito, a pesar del ominoso comienzo! E inolvidable, además, por variadas razones...

Dos días después, ya de vuelta a los últimos días meramente administrativos del año escolar, las amigas le avisaron que en la oficina del Correo había una carta para ella. Esta manera de comunicarse era usual en aquellos días y el escrutinio de la lista del Correo era una actividad que los jóvenes y muchachas en la edad de las primeras escaramuzas amorosas —los más, reincidentes— practicaban casi a diario al salir de clases, al igual que el paseo por la plaza del pueblo. Luego de recoger el sobre, lo guardó presurosa en el bolsón y se dirigió con Nidia al puente Llollehue. Emprendieron como todos los días el regreso a la población, esta vez más silenciosamente que de costumbre. Una vez en el hogar se encerró en el baño y abrió el sobre que parecía echar humo dentro del bolsón: Ricardo 'se declaraba' y le pedía pololeo, con faltas de ortografía y todo incluido. Una vez recuperada su calmosidad habitual, entregó la carta a su madre sin decir palabra.

—¿Quién es él? —preguntó escuetamente esta última.

—Es del otro Tercero. Su padre es arquitecto.

Los ojos de la madre dejaron escapar un destello involuntario de

orgullo antes de atreverse a insistir.

—Y, ¿qué vas a contestar...? ¿Te gusta?

—Sí..., pero no sé aún.

La cuestión no era fácil. Pronto estaría cumpliendo los catorce años, pero nunca había salido con ningún muchacho; lo desconocía todo con respecto al 'pololeo', al igual que sus amigas. Le habían gustado algunos, el mismo colorín de la otra cuadra en la población, un poco más bajo que ella, con la cara llena de pecas, que la miraba desde los ojos del color de la miel entre dos cortinas tupidas de pestañas casi tan rojas como su cabello; pero, de tanto observarlo a diario acabaron por no gustarle su excesivo desparpajo y cierto aire insolente que asumía cuando se cruzaban; temió que sus propios ojos la hubiesen traicionado y que él, por su parte, no tuviera ningún interés, de modo que dejó de mirarlo y el entusiasmo se le fue muriendo como una flor por falta de riego. También la había atraído por un tiempo el amigo alto y flaco de su propio hermano mayor, aquel que con delicadeza exquisita la tomaba de la cintura y la hacía volar por sobre las trancas cuando salían a excursionar en patota, con la venia de los padres, más allá de la loma grande —aquella loma sobre la cual le gustaba sentarse en las tardes, al lado de Nidia, a contemplar la tarde caer sobre los techos y los patios de las casas—. Él sí la hacía sentir como una frágil flor silvestre, a la cual la más leve brisa amenazara arrancar sus pétalos; con él se sentía segura como la doncella al cuidado de su caballero, igual que en las historias de la Edad Media que leía en los semanarios 'Don Fausto', 'El Peneca', el 'Simbad'. A veces se soñaba a sí misma en medio del bosque como una Genoveva de

Brabante en espera de ser rescatada por Sigfrido luego de sufrir largas penurias con su hijo en brazos... Sólo que... inunca pasó nada!; fuera de la mirada en extremo seria y transparente que hundía en sus ojos al alzarla —momento que ambos esperaban desde lejos al avistar una cerca—, ¡jamás dijo una palabra!...

Hasta que comenzó a sentir aquella otra mirada sobre ella, desde el fondo de la sala inmediatamente contigua cuando cruzaba el pasillo en dirección al patio de recreo. Luego, desde el dintel de la misma puerta contigua. Más tarde en el gimnasio entre los cientos de ojos fijos en el escenario en medio de un acto. Y, por último, esperando su salida cada día al pie de la gran escalinata frontal del Liceo como recordándole que estaba allí y que allí seguiría esperándola al día siguiente, sólo por verla.

Los últimos días de clases le sobrevinieron con la misma incertidumbre, sin visos de resolver, y las amigas juzgaron llegado el momento de la confidencia: Ricardo andaba diciendo por todo el Liceo que el día del paseo había 'atracado' con ella bajo la manta.

Extendida sobre las cabezas para protegerse del viento, al abrigo de la manta habíanse acercado por primera vez después de haberse mirado desde lejos y desde todos los ángulos posibles sobre la orilla pedregosa del lago. Sí, ella lo recordaba aún con una fuerte emoción que apresuraba los latidos de su corazón y prendía fuego en sus mejillas. Habían sido momentos mágicos, tan breves como sólo pueden serlo para los enamorados las horas que emplean en mirarse alternativamente a los ojos y luego hacia el paisaje dorado de atardecer que luego terminara por ensombrecerse irremisiblemente por sobre la baranda del camión.

Sólo que ahora esos latidos le hacían daño. Sólo ella y Ricardo sabían que aquello no era verdad; que ni siquiera se habían tocado las manos.

Al llegar a casa se sentó en la mesa del comedor e introdujo lentamente la carta dentro de un sobre en cuya cubierta escribió el nombre de Ricardo y bajo éste: Correo, La Unión.

—¿Qué haces? —preguntó la madre desde la puerta de la cocina.

—Nada. Estoy devolviendo esta carta.

La madre, como de costumbre, no hizo más preguntas. Nunca las hacía. En el silencio de la hija, reconocía y leía sus propios silencios.

¿ALGUNA RELACIÓN ENTRE FRAY LUIS DE LEÓN Y 'LA PALABRA'?

Tempestad en la oficina. Conflicto de intereses personales y de otros que trascienden al mero individuo; ambiciones, suspicacias, camarillas, intrigas; todos, subproductos remanentes heredados de la necesidad de subsistir a través de un régimen dictatorial reciente en el que la delación, el espionaje, la calumnia, la mentira, el robo, la falsificación o tergiversación de pruebas —y hasta la ausencia misma de éstas—, entre otros, se han constituido en métodos lícitos para obtener favoritismos o mezquinas cuotas de poder, para desplazar o destruir a otros, o, simplemente, para sobrevivir.

Comparezco ante el Jefe bajo acusación de racismo, entre otras menudencias. Y se involucra a mi hija. El supuesto es que he hecho alusión menospreciativa, en conversación telefónica con ella, a la ascendencia suiza de la colega imputadora (en rigor, he preguntado a mi hija si el pololo recién estrenado tiene ascendencia suiza francesa o suiza alemana "pues has de saber que hay suizos alemanes y suizos franceses").

Mi Superior —y Juez, en este caso—, por su parte, se dice que proviene de ancestros suizos. Así como también mi antecesora en el cargo que ocupo. De pronto, todos son suizos. Ni un solo chileno a la redonda, menos aún con un apellido alemán aristocrático, como el mío, de 'lastre'. Abismada, apenas atino a defenderme:

—Peeero... nno fue eso lo que quise decir...

La respuesta, rápida como un disparo:

—¡Es tu palabra contra la mía!

Abro la boca y me quedo con ella abierta.

Condenada y sin pruebas a favor, o en contra, se me reconviene tácita aunque ostensiblemente y, lo que es más grave, en presencia de mis subordinadas.

.....

No acaban de levantarse aún las brumas de la estupefacción, cuando ciertos 'vocablos' propios de mis primeros poemas —recién escritos, inéditos, y desconocidos aun para mí misma, pues sólo soy el vehículo a través del cual la mayor parte de ellos han encontrado expresión— comienzan a escucharse por pasillos y oficinas. No entraré en detalles de cómo es que pudieron haberse apropiado de ellos; sólo diré que, y casi sin lugar a dudas, tuvo que ser un mediodía de sábado en que, embrujada de Bellavista y olvidando el yogur que me serviría de colación en este día y en esta hora fuera del horario de oficina y, por tanto, no remunerados, aterrizo en La Chascona y me dejo cautivar por EL LIBRO DE LOS PÁJAROS por algo más que una buena hora de reloj... Mi bolso de mano con todo su contenido —en el que se encuentra un disquete de mi propiedad con formato Macintosh—, ha quedado sobre el escritorio.

¡Se han apropiado de mis poemas! ¡Mis primeros poemas!

Una vieja y conocida sensación de catástrofe que aplasta mi ánimo siempre que se produce un robo, por insignificante que éste sea, precede esta vez al estupor. Pero, más allá del despojo de la

'propiedad intelectual', más allá del robo, más allá de la violación de mis pertenencias, siento que han violado mi intimidad; han irrumpido en mi alma y la pisotean, como una manada de bisontes salvajes en estampida arrasa las briznas de hierba tiernísimas que asoman recién al mundo.

La conmoción sacude y zarandea mi ser como a las cuadernas de un viejo barco; los maderos crujen, se retuercen y gimen en el ojo de la tempestad. La mar está revuelta. Mar adentro..., mar afuera... Es preciso tomar distancia y dejar el transcurso de los sucesos confiado a las manos de Dios... o del demonio. Es preciso retomar el control del timón, recalar y contemplar desde la orilla cómo se resuelve el huracán.

Presento, por escrito, un informe sobre el estado y la marcha de las publicaciones a mi cargo y ofrezco, en conversación privada con el Jefe, presentar la renuncia si las condiciones atmosféricas no se han despejado a mi retorno. En seguida me marcho a casa sin 'goce de sueldo', tampoco 'a cuenta de vacaciones'.

Tratando de conservar la serenidad y de recomponer los trozos esparcidos de la autoestima, en medio de dudas y temores, me armo de paciencia ocupándome de un modesto volumen de Fray Luis de León, encuadernado en abominables tapas de un material sintético de color azul, el cual he adquirido en días recientes en la calle Merced en sustitución del tiempo y el importe de la colación de un día de trabajo cualquiera. Entre toses y estornudos de mi alérgica nariz, intento limpiar con un paño humedecido en cloro los bordes y el ángulo superior mordisqueados de cada una de las 490 páginas.

Desconozco las propiedades del cloro contra los parásitos del papel, pero me ha parecido un buen argumento, a falta de otro mejor. Una a una, he restregado con tesón y enconado espíritu en contra del invasor —sin descuidar cierta delicadeza manual—, cada página, pares e impares, y cada orilla de cada hoja de papel.

Uno a uno, emergen ante la mirada recóndita, los versos de Fray Luis.

Luego, al terminar, he colocado con cuidado el volumen en la ventana, a plena luz y bajo los tibios rayos del sol de las 5 horas de esta tarde primaveral. He tomado la aspiradora y he aspirado, una a una, las briznas de polvo y de papel digerido esparcidas por el suelo y sobre los muebles.

Por último, he pensado: ¡cuánto más ligera nos sería la vida si se pudiera andar por ahí armado tan sólo de un paño empapado en detergente, de una aspiradora y de un rayito de sol!

Unos días más tarde, recibo la aceptación por escrito a mi ofrecimiento verbal de renuncia. Con copia para mis subordinados.

.....

“Tu palabra contra la mía...”

En mitad de la flamante cesantía, que se cierne como espesos y oscuros nubarrones a escasos seis años de la edad para jubilar, los versos del fraile poeta —como las Palabras que les dan forma— resplandecen como el sol que invariablemente torna a brillar después de la tormenta:

*No siempre es poderosa,
Carrero, la maldad, ni siempre atina
la envidia ponzoñosa:
y la fuerza sin ley que más se empina
al fin la frente inclina,
que quien se opone al cielo,
cuanto más alto sube viene al suelo.*

.....

*Si ya la niebla fría
al rayo que amanece odiosa ofende,
y contra el claro día
las alas oscurísimas extiende,
no alcanza lo que emprende
al fin, y desaparece;
y el sol puro en el cielo resplandece.*

*Por más que se conjuren
el odio, y el poder, y el falso engaño,
y ciegos de ira apuren
lo propio y lo diverso, ajeno, extraño,
jamás le harán daño;
antes cual fino oro
recobra del crisol nuevo tesoro.*

.....

Santiago, octubre de 1994

LA CAPA DE AGUAS

A mis hijos, Nicole y Winko

El agua rebotaba con bríos sobre las planchas de zinc de la rústica mediagua.

Apegada a todo lo largo de dos de los cuatro cuartitos de madera, la mediagua hacía las veces de cocina provisoria, comedor diario y estar.

Sentada junto al brasero, alargó distraídamente, casi ausente, el jarro de fierro enlozado, esmaltado en verde claro y abollado por el uso prolongado. Su madre vertió el agua hirviente hasta el mismo borde de esmalte azul, igualmente desportillado.

Pensativa, tomó la cucharilla y comenzó a revolver la mezcla con su acostumbrada parsimonia. El aroma familiar y dulzón, mezcla de harina tostada y azúcar, subió por su nariz inundándole el pecho con un tibio sentimiento de bienestar y seguridad. Infló los pulmones y miró instintivamente hacia el techo.

¡Quién le teme al frío y a la lluvia torrencial! Desde luego, no después de cucharear su 'pavo', el ulpo caliente y reconfortante, en una mañana de lunes a punto de partir al liceo.

Con seguridad... la lluvia continuaría hasta el viernes. En realidad... podía llover semanas enteras sin parar. Las esclusas del cielo, al parecer contenidas al máximo, vaciaban su contenido

alimentadas por un acopio inextinguible. Las aguas caían sin tregua y sin fatiga.

Con un suspiro de anticipo (amaba caminar bajo la lluvia, ¡cuanto más torrencial, tanto mejor!) contempló, no obstante, con aprensión creciente el delantal blanco doblado cuidadosamente sobre el respaldo de la silla: planchado con esmero, cada pliegue parecía marcado a hierro caliente por su madre como si en ello se hubiese jugado la vida...

¡Nada que temer! Bajo la gran capa de goma de color café claro, larga hasta el suelo, con un capuchón a prueba de huracanes y dos ranuras laterales por donde sacar las manos cuando fuere imprescindible, todo quedaba protegido: el uniforme impecable, falda y chaqueta azul marino con la insignia de las tres grandes letras entrelazadas LNT, Liceo de Niñas de Temuco, cosida sobre el bolsillo superior; la blusa de piqué de un blanco immaculado, igualmente planchada a rabiñar; el chaleco azul tejido por su madre, así como el refajo interior de lana cruda y el calzón de lana de color rojo. Y las botas de caucho negro liso y brillante, hasta la rodilla, protegiendo los albos calcetines de algodón y las medias de punto.

Todo como de día lunes: ilustroso, relumbrante, impecable!

Y así cada inicio de semana.

¡Ah! Y el uniforme de gimnasia: la misma blusa de piqué, pantalones cortos de piel, zapatillas de lona, todo blanco, dentro de la bolsa de brin rojo, algo desteñida, recogida en el bozal con un cordón de restos de lana trenzados, su nombre deletreado con esmero por ella misma en uno de los ángulos utilizando hebras de lana destorcida; un color para cada letra denotaban la aplicación y

la creatividad de la bordadora...

Terminó de cucharear el 'pavo' sin prisa, siempre se daba tiempo para desayunar tranquila y no sufrir retraso. Le gustaba ir al liceo, todos los días de lunes a viernes mañana y tarde, y las mañanas del sábado.

Se levantó y tomó el bolsón de grueso cuero talabartero, lo colgó de su hombro derecho, plegó prolijamente el delantal blanco sobre el brazo izquierdo mientras con la misma mano sostenía la bolsa de gimnasia por el cordón.

De pie en medio de la cocina, aguardó. Su madre, tras depositar en su mano derecha el peso para la locomoción, descolgó sobre sus hombros la gran capa de goma y la abotonó cuidadosamente desde el cuello hasta la punta de las botas.

Así armada contra viento y mareas y todos los diluvios del mundo, salió a enfrentar el temporal luego de besar a su madre en los labios como era costumbre en la familia.

Sólo dos cuadras y media hasta la parada de la góndola o la liebre, la que pasara primero. La media cuadra hasta la esquina no ofrecía dificultades con sus veredas bien pavimentadas y la calzada, recubierta con apretados adoquines invulnerables al mal tiempo y al escaso tráfico de la joven y pequeña ciudad de Temuco; la cual, debería recorrer aún unos treinta años para empinarse recién al primer centenario de vida.

A partir de la esquina, la cosa se descomponía. Las lluvias continuas y sostenidas habían socavado las cunetas de la calzada transversal desprovista de pavimento o asfalto, arrancando en ambos costados porciones de la delgada capa de arena, piedra de

río y betún que cubría las aceras.

Cuando no corría un torrente lodoso sobre la calzada semi empedrada y apisonada, como hoy, se entretenía saltando por sobre los baches en el medio de la calle. Tal como se presentaban las cosas, sin embargo, habría que saltar sobre los pastelones sobrevivientes de la acera, como jugando al 'luche', calculando que no hubiesen aflojado y fuesen a ceder bajo el impacto. De tanto pisarlos y saltar sobre ellos los conocía uno a uno.

Así llegó a la próxima intersección sin novedad. Con temporales como éste y su estupenda capa de aguas, inoficioso preocuparse del agua proveniente de las alturas, la cual rebotaba y resbalaba impotente sobre la goma. Más bien, había que ocuparse de las aguas de abajo.

Miró con inquietud el cruce. Como era de esperar, el agua corría de solera a solera, de uno y otro lado, y no se avistaba ni una sola islita de tierra apisonada o piedra sobresaliente. Cambió de acera con la esperanza que el cruce fuera menos riesgoso y lentamente hundió su bota derecha en el agua; luego adelantó la izquierda y calculó desde la altura de sus ojos que ésta debía llegarle a la mitad de la bota por la porción inferior de la pesada capa que quedaba sumergida en el agua. ¡No había nada que temer! En su interior agradecía en estas circunstancias el que su madre insistiera en confeccionar sus faldas hasta la mitad del muslo (¡por lo menos las había bajado del borde de los calzones!... desde que dejara la escuela primaria hacía tan sólo unos meses) y no a la altura de la rodilla como ella lo hubiese preferido; sólo debía cuidar de levantar su bien planchado delantal y la bolsa de gimnasia un poco más por

debajo de la capa.

Dio un tercer paso con plena confianza, aunque concentrando toda su atención en mantener el equilibrio. El ímpetu del torrente partía el agua en dos al encuentro de la capa, y debía cuidar que los caudales arremolinados no subieran hasta el borde superior de sus botas. Más adelante se apreciaban otros remolinos más grandes o más pequeños causados con seguridad por alguna piedra sepultada bajo el agua. Dio dos pasos más separando un poco más las piernas y avanzando algo de lado para mitigar la furia voraginosa a su derredor. Un quinto paso que cayó en el vacío y... se encontró de sopetón isentada en medio de la intersección y rodeada de agua por todas partes!

Tras el aturdimiento inicial, intentó levantarse con presteza, pero por lo visto había pisado el borde de la capa puesto que... involució a quedar de golpe sentada en medio del agua!... Con la mano derecha trató de empujar la capa hacia afuera para liberarla, pero esta vez estaba sentada isobre ella!... No le quedaba más remedio que sacar la mano, de la cual había caído ya la moneda, por la ranura del bolsillo y tratar de afirmarse por fuera de la capa; total... iseguía sentada en el agua y mojada hasta la cintura! ¡Y su albo delantal se había ido al hoyo junto con ella!... Se revolvió dentro de la capa intentando apoyar una rodilla, pero se fue de lado y... iya estaba mojada hasta el cuello!

Fue en ese momento que sintió una fuerte carcajada. Con el rostro encendido, descubrió sobre la vereda de la calle transversal, parado en seco, a un joven aspirante a oficial de Carabineros en su uniforme impecable, también de día lunes, quien, bajo un gran

paraguas negro, se apretaba el estómago y reía a mandíbula batiente mientras ella, mortificada, luchaba por ponerse nuevamente en pie. ¡Pero la maldita capa insistía en quedar bajo sus botas o sus rodillas y ya fuera que intentara pararse o arrastrarse de rodillas... volvía a quedar sentada o tendida en el agua! En medio de todo este forcejeo, no obstante, no soltaba el delantal que con tanto esmero había lavado y planchado su madre. El joven oficial no paraba de reír y ya la apuntaba con el dedo, ya se apretaba el estómago, en el paroxismo del regocijo...

No supo cuánto tiempo estuvieron allí: ella forcejeando por ponerse en pie y salir del agua, el joven carabinero desternillándose de la risa.

Sus mejillas explotaban de calor y ofuscación cuando por fin emergió, tambaleante, del torrente. Al poner el pie sobre la acera, descubrió que sus botas estaban llenas de agua hasta el borde... ¡Ni soñar con tratar de sacárselas y vaciarlas!, no fuera a caer nuevamente, esta vez en seco; y ya para el caso... ¡qué importaba! ¡Destilaba agua de pies a cabeza por debajo de la capa! Y junto con ella destilaba su otrora immaculado delantal!... Y el bolso de la gimnasia, y los pantaloncitos, y las zapatillas... ¡Y de seguro sus cuadernos y todos sus libros!

Echó a andar de regreso a casa con un clatch clatch que estaba segura se oía hasta los confines de Pueblo Nuevo. Azorada, miró con el rabillo del ojo hacia la acera de enfrente, pero ya el oficial se había esfumado. Irguió, pues, los maltrechos hombros y haciendo acopio del último resto de dignidad que sobrevivía al naufragio, continuó con su clatch clatch hasta llegar a la esquina de su calle.

La bolsa de gimnasia apretada desmayadamente contra el pecho goteaba dentro de las botas a cada paso, pero... ¡ya no tenía importancia!

A la ofuscación y vergüenza, seguía ahora una gran zozobra. Pensaba en su madre, de ordinario silenciosa y un tanto hosca... y tan ocupada... ¡Siempre y eternamente ocupada! Casi ausente. Al pensar en su madre, volvió a repasar la suma de sus calamidades: ¡Su delantal!; ¡y su traje, su blusa blanca, el uniforme de gimnasia... y toda su ropa interior!; y como si todo ello fuera poco, ¡había perdido la moneda de la locomoción!!

El clatch clatch se fue haciendo más lento, los hombros encorvándose con cada paso, a medida que se aproximaba a la puerta de la mediagua: ¿Cómo la recibiría? Con un gran esfuerzo, logró levantar la cabeza: ¡por lo menos había parado de llover a cántaros, cosa rara!... Aunque, ¡de qué servía! A la zozobra siguió el temor: ¿La reprendería? ¿La castigaría?... Nunca lo había hecho. Jamás la había tocado, excepto una sola vez. Ahora sí lo haría... y con razón: Era su culpa. ¡¡Maldito clatch clatch !!!

Recién entonces tomó conciencia de la infinita ridiculez de su facha... Aunque, después de todo..., su figura lastimosa quedaba bien oculta bajo la capa de aguas, así como todo el conjunto evidencial del naufragio. Por fuera, sólo una niña de once años caminando bajo su capa de goma mojada por la lluvia (irguió un poco los hombros). Por dentro, un ser miserable que había empapado y embarrado todo lo que a su madre le había costado tanto trabajo, trabajo adicional al de la casa y la costura, y tal vez más y más horas privadas de sueño... (los hombros volvían a

encorvarse) ¡¡Y cómo pesaba el maldito bolsón!!

¡La castigaría! ¡Seguro lo haría!

Su madre... A menudo experimentaba la sensación de que su madre no la quería. Nunca una palabra dulce, jamás una caricia. Nunca su atención, ni siquiera cuando debía aclarar sus dudas o completar sus tareas, para eso estaban sus textos y la biblioteca: ella con sus tareas, su madre con su costura y sus interminables quehaceres. Nunca un tiempo para confeccionar un bonito vestido; sin embargo, no le faltaba nada para el liceo; hasta el uniforme, y el abrigo de excelente gabardina azul marino y única prenda larga hasta abajito de la rodilla que usaba en las mañanas escarchadas de invierno, se los había cosido con sus manos, el corte perfecto, las terminaciones impecables... Jamás un tiempo para la distracción, nunca una sonrisa. Rememoró el verano anterior en casa de la tía paterna en Valdivia. Había disfrutado las vacaciones como una experiencia nunca antes vivida: el enjambre de primas en edad de los primeros coqueteos, todas ocupadas de hacerla gozar al máximo aquel verano en las arenas y las aguas límpidas del río Calle Calle; le prestaron un traje de baño azul en desuso (que le colgaba por todos lados), rasuraron sus piernas con una hoja de Gillette, rizaron su pelo castaño claro casi rubio y demasiado fino, le colgaron vestidos, aros y brazaletes, los primos la habían halagado, en fin, fue el centro de atención en aquel hogar pequeño con una cantidad increíble de camas y primas y primos bullentes del 'disfrute' de la vida...: una expresión desconocida en medio de la austeridad y privaciones en que se desenvolvía la vida en su propio hogar. No obstante, retornó a éste con una mezcla

palpitante de alegría y ansiedad: "Mami,... ¿me echó de menos?". Y la respuesta que le dejó el corazón a la altura de los tobillos; queda y escueta, con los ojos fijos en la costura: "No".

Como si la debilidad de admitirlo, la avergonzara...

O como si... efectivamente fuese así.

Luego, toda alusión al veraneo fue sólo para insistir en que debía escribir una carta a la tía agradeciendo sus atenciones. Sin preguntas, sin relatos. Sólo el silencio entre ambas, silencio que incluso compartían en la lectura voraz de los semanarios que su madre a veces le disputaba entre una y otra salida apresurada a la pieza de baño.

Con el corazón acongojado, una masa achocolatada y amarga goteándole dentro del pecho, golpeó tímidamente la puerta.

Luego de interminables segundos, ésta se abrió y se encontró frente a frente a su madre... cuya estatura, curiosamente, parecía haber aumentado. Con un hilo de voz balbuceó: "Mmeee caí... mme caí al agua". Su madre la atrajo con brusquedad hacia adentro, le desabotonó con movimientos casi torpes la capa, y lanzó una exclamación de sorpresa...

No supo cómo, en menos de dos minutos, se encontró desnuda y sentada junto al fuego reavivado del brasero, con una madre que la frotaba vigorosamente con una toalla, la envolvía en una frazada caliente, le ponía por debajo de las narices una nueva jarrada de harina tostada, azúcar y agua hirviente, enjuagaba con energía sus ropas —isu delantal!— bajo el chorro de agua del lavadero instalado al fondo de la mediagua, vaciaba y enjuagaba una y otra vez sus botas y las ponía caña abajo junto al brasero sobre el piso

de tablones y, en definitiva... iba y venía ante sus ojos asombrados, eficiente y silenciosa, arrojándola de paso con la frazada, trayendo otra desde el dormitorio...

Sin una palabra.

Demasiado ocupada como para hablar.

Con la zozobra todavía oprimiéndole el pecho... la miraba hacer. Sentimientos encontrados y pensamientos cruzados le volaban por la mente, nublábanle la vista y aplastaban su cuerpo contra el respaldo de la silla. Los oídos le zumbaban al compás de los latidos del corazón.

Se removió un poco bajo las frazadas y trató de concentrar su atención en la mezcla de harina tostada y azúcar; al revolver con la cucharilla, ésta tropezó con una protuberancia en el fondo soldado al plomo por su padre. Tuvo una fugaz visión del extremo piramidal de un cautín al rojo incandescente y la punta de un alambión de plomo chirreando sobre el jarro esmaltado parado de boca, antes de gustar la primera cucharada, humeante y aromática. Tornó a observar el movimiento perpetuo de su madre, oscilando entre una mezcla de fascinación e incertidumbre por un lado, y de culpabilidad y remordimiento por el otro. Una confusa sensación de precariedad rehusaba obstinadamente abandonar su pecho. Miró hacia la ventana y su mente volvió a ausentarse. El techo ya no sonaba, pero... lo único seguro era que volvería a llover.

DE LA POLÍTICA Y SUS POLÍTICOS (*)

GLADIADORES DE LA POLÍTICA (RIÑA DE GALLOS... ¿O DE POLLOS?)

Lamentable espectáculo en la pantalla del televisor.

Un cuadrilátero de boxeo, dos 'contendientes' por vuelta — cada uno de ellos un reputado político, de banderas opuestas—, y un iluminado 'árbitro' de mirada alucinada, espoleando los ánimos y frotándose metafóricamente las manos en deleitoso anticipo de la sangre que ha de ser derramada (no se trata de un profesional de las comunicaciones, como pudiera colegirse, sino un flamante ingeniero comercial de última generación).

Público en tinieblas. No se ven caras, lo cual no deja de instilar cierta inquietud o sospecha en el ánimo hipnotizado, aunque con cierto grado de discernimiento aún, del televidente, a medida que se desenvuelve el espectáculo. Público en tinieblas, digo, arrojando improperios contra uno y avivando la última y brillante 'salida' del otro. La tendencia política de estos rostros invisibles se va haciendo claramente identificable para cualquiera que tenga sobre el par de ojos dos dedos, como mínimo, de frente. Ocultos en la sombra cómplice, más que simpatizantes políticos de uno u otro de los contrincantes, se les percibe como mercenarios del denuesto y el aplauso.

El árbitro iluminado continúa picaneando a uno y otro de los contrarios mientras se relame, los ojos refulgentes, ávidos, barriendo la arena de izquierda a derecha y de derecha a izquierda.

¡Lo veo y no lo creo! Parto de la base que los contendientes conocen, a su vez, por anticipado el escenario; y que saben las reglas del juego. No se trata de una recta confrontación o discusión de ideales políticos, ni tan sólo de un intercambio de argumentos digno del ciudadano elector y, en alguna medida, esclarecedor para el mismo. ¿Se debe esto sólo a la seducción de aparecer en la pantalla? ¿Qué es un político en la actualidad cuyo rostro no sea visto en las pantallas de todos los hogares y en lo posible todos los días, bien que sea en posición invertida, bailando *rock'n roll* o mostrando sus pudencias? Simplemente, no existe. ¿A este precio?

¿Es posible atender, sin reaccionar, a tanto descabellamiento desatado? ¿Es que la sensibilidad, la sensatez, han sido a tal punto anesthesiados que ya nada nos asombra?

Los escucho y no lo creo. Como espectadora, un sentimiento de rebelión convulsa comienza a invadir mis entrañas y prende fuego en mi pecho... incendia mis mejillas... hace latir mis sienes... sobrecalienta mis neuronas... hasta que, finalmente, empuño el control remoto con la mano crispada y... ¡pulso el botón!

Ya está: las imágenes... ¡desaparecen!

Así de sencillo. La imagen, ya no existe para mí. Me estiro en el sillón, y mientras dibujo en mis labios a plena conciencia y con fruición una sonrisa helada, sardónica —casi diabólica—, siento, disfruto, con legítima satisfacción, cómo una oleada de bienestar y —¿por qué no decirlo?— beatitud, invade y entibia lentamente mi pecho.

Ningún ideal puede representar, ni es digno de defender los

míos, un político que esté dispuesto a rebajar a tal disvalor la dignidad humana.

.....

PRETORIANOS DE LA VIRTUD Y LA MORAL PÚBLICA

Una vez más, respondiendo a mi deber de ciudadana atenta al acontecer nacional, y algo a contrapelo de mi voluntad (buena o mala), me veo enfrentada a la pantalla del televisor con mirada tanto o más escéptica, en espera, en esta oportunidad, del foro en el que participarán dos precandidatos a la Presidencia de la República.

El foro-circo de la contienda anterior —recordemos: el cuadrilátero de boxeo de GLADIADORES DE LA POLÍTICA—, esta vez, a lo menos, ha sido reemplazado por un escenario tan formal como la presente calidad de contienda presidencial primaria lo amerita. Por otro lado, la participación del mismísimo árbitro 'iluminado' es reforzada, esta vez, por un serio y compuesto panel de 'periodistas' (entre comillas, pues, entre tanto periodista cesante y algún otro que ha demostrado de sobra sus capacidades, se ha escogido a un segundo participante —después del conductor— en este panel que no ostenta tal categoría o título). Preguntas y respuestas van y vienen; cada quien, entre inquisidores y candidatos, representa su papel lo mejor que humanamente puede... hasta que el desarrollo normal del foro se estanca. Hemos llegado, por fin, inexorablemente y como era de esperar atendidas las banderas políticas de ambos contendientes —demócrata cristiano el uno, de

raigambre radical apoyado por la 'izquierda' socialista y sucedáneos, el segundo—, al tema de 'lo valórico'.

En forma tan transparente como si se tratara de escanciar agua de la más pura vertiente, se adjudica, tácitamente, la posición de defensa de 'lo valórico', o la representación de lo mismo, al candidato demócrata cristiano. ¡No hay dónde perderse! El televidente, es decir, el ciudadano, esto es, el elector (quien es el que 'importa' en primera, segunda y última instancia y a quien va dirigida la atención), es guiado de modo sabio, gradual e imperceptible al tema del aborto terapéutico o, lo que es lo mismo, por oposición, a la 'defensa' de la vida. A mayor claridad: uno de los dos candidatos es el ángel de la vida y el otro, el asesino en potencia. El primero, inspirado por la voluntad divina —sin la menor sombra de duda—; el segundo, bajo el influjo del demonio con toda seguridad (vagamente presiento haber asistido, en una de mis reencarnaciones anteriores —si las hay—, a la exhibición de esta película. Digo en una reencarnación anterior, pues sería muy estúpido de mi parte admitir que se pretenda, en forma voluntaria y en plena posesión de las facultades mentales propias, volver a tropezar con la misma piedra en este 'nivel' de desarrollo de la política nacional pos dictadura, y después de todo lo que ha sucedido y que es por todos sabido, por no decir, sufrido... Bueno, esto último, no precisamente por todos).

Como no he sido invitada a participar (a nadie le interesa lo que pienso; sólo por quién he de votar), me quedo con un par de preguntas atragantadas, sin posibilidad de ser formuladas, a no ser que las transcriba a continuación. Lo cual no trepido ni demoro en

hacer. Después de todo, nadie me ve, nadie me escucha...:

—Ejem... ¡Sr. Candidato Ángel de la Vida!... Como ciudadana anónima de nuestro país, como mujer, como esposa (ex, pero con experiencia como tal) y como madre, pregunto al ciudadano conspicuo, precandidato a la Presidencia de la República, varón, esposo y padre de familia: 1º ¿Qué calidad y autoridad moral le atribuiría Ud., por ejemplo, a un correligionario suyo que defendiera los mismos valores que Ud. dice representar —incluida la negativa a la ley de divorcio y a la ley que permite el aborto terapéutico en discusión en este panel—, en el supuesto caso que este correligionario suyo mantuviere en el presente o hubiese mantenido durante años, en forma paralela a su matrimonio 'bien constituido', una amante? 2º a. ¿Es posible sostener que este correligionario suyo esté por la defensa de la vida si le ha negado, por años, a su amante el derecho a tener una familia propia y a ser madre; es decir, de acuerdo con lo que se presenta en discusión, a concebir la vida, lo cual sí es posible afirmar que es la voluntad de Dios nuestro Padre (GÉNESIS 1:28: "...Procread y multiplicaos,...", lo que viene a ser algo así como el primer mandamiento, la primerísima ley) y de la Naturaleza nuestra Madre? Declino, en forma consciente y explícita, hacer referencia en este punto a la responsabilidad que le cabe al celibato eclesiástico de ambos sexos... b. ¿Es posible deducir, en este caso, que su correligionario, y quienes practican el celibato, estén en contra de la vida, visto que la vida o potencia vital precede a la concepción en cada mujer fértil y en edad de concebir? 3º Dadas la potencia vital y la fertilidad, cree Ud. firmemente que la voluntad de Dios es que la

vida humana que se expresa en existencia sobre la Tierra en forma de hijos, sea el 'fruto' del amor y de una relación hombre-mujer sujeta, consciente o inconscientemente, voluntaria o involuntariamente, a los preceptos cristianos o de cualquier otra creencia o culto; sea que esta relación, por otro lado, hubiere o no sido 'santificada' por los representantes de Dios sobre la Tierra, cualquiera fuese la doctrina de estos últimos? 4º Si su respuesta a la pregunta anterior es afirmativa, insisto: ¿cree Ud. que es voluntad de Dios que la vida humana sobre la Tierra sea, no el 'fruto', sino el 'producto' de una violación, abuso, fornicación, o simple irresponsabilidad, desahogo o exacerbación sexual; o falta de autocontrol? 5º Dadas la vida sobre la Tierra y la defensa de la misma por parte de la cristiandad en particular, ¿cómo explica Ud. —pregunto una vez más, con tozudez de lleno consciente— la ocurrencia de guerras santas en las que se han perdido tantas vidas en nombre precisamente de Aquel en nombre de Quien se las ha acometido; guerras que hoy continúan siendo fomentadas, recreadas, escenificadas y justificadas (como una reedición, a manera de ejemplo en el ámbito político esta vez, de la Polonia arrasada por los nazis en respuesta a una 'autoinvasión' —'invasión virtual'..., para llamarla en términos actuales—, reacción, por tanto, justificada por todos los países europeos en aquella época y a la cual luego no había manera de parar) sobre la faz de la Tierra, explícitamente como guerras religiosas o fundamentalistas, o bien encubiertas bajo un manto sospechoso de defensa de los derechos humanos y que más bien parecieran representar el engendro de un subterfugio para experimentar el funcionamiento y la eficacia de los

últimos 'adelantos' en armamento bélico, sembrando la muerte y la destrucción a diestra y siniestra; cuando no, simplemente, el uso y consumo de la producción industrial bélica, la cual, sin 'conflicto' armado, carecería de fundamento o razón de ser y, sobre todo, de justificación y retorno económico; cuando no, con el objetivo —de connotaciones y proyecciones escalofriantes, por decir lo menos— de poner de manifiesto y dejar en claro quién o quiénes son o están en camino de serlo, los actuales 'amos' de la Tierra y de sus recursos? 6º Habido lo anterior, ¿cómo se explica el silencio e inoperancia de las naciones y de las instituciones y jerarquías religiosas, sobre todo aquéllas pertenecientes a la facción de la cristiandad que Ud. representa, con respecto a estos reiterados atentados contra la vida humana en nombre de los 'derechos humanos' —o cualquier otra grandilocuente causalidad— amenazados por un enemigo que, de acuerdo con el presente estado de la política internacional, ha dejado de existir; 'enemigo' fantasmagórico al que se ha venido colgando ropajes diversos, acciones e intenciones acomodaticios, de gran efecto sobre el sentimiento y la opinión 'públicos'? 7º Ahora, desde otro punto de vista que en rarísimas ocasiones, por no decir nunca, ha sido o es consultado, esto es, desde el punto de vista de la mujer, ¿puede Ud. prefigurar el sentimiento de las mujeres al traer hijos a un mundo en que éstos pueden ser borrados de la faz de la Tierra con tanta ligereza y prontitud mediante los mecanismos mencionados en las dos preguntas precedentes? 8º Ahora, desde este otro ángulo, y dando por sentado que es Dios el único que tiene poder sobre la vida —ya sea para crearla o para borrarla de la faz de la

Tierra—, ¿cuál es el límite de la ciencia?; en última instancia, ¿cuáles son el objetivo y la justificación de la clonación, sobre la cual las instituciones religiosas —en posición contraria manifiesta al aborto a secas y al aborto terapéutico— tampoco se han pronunciado en forma clara y fuerte? 9° Por último, ¿cuál cree Ud. sería la posición y la voluntad de Dios con respecto a las guerras mencionadas y a la aplicación que se realiza y —con perfecta claridad— se proyecta hacer del conocimiento científico en el plano de la clonación?

Naturalmente, fuera de la presente auto ficción estas preguntas no verán la luz pública; es decir, es lo mismo que si no existieran; por lo tanto, carecen de interés y no poseen ningún valor en sí mismas..., creo... Siendo así, mi propia existencia sólo tiene el valor, cada tanto, de una pequeña cruz sobre una hoja previamente impresa..., lo cual también me huele a sulfuro y a historia conocida: Una vez más, ¡la cruz! Una vez más, ¡la hoja pre impresa!

Y, por último —que no acostumbro dejar nada dentro—, esta clase de preguntas no se hacen en nuestro país. No son de buena crianza. Yo... debo haber sido muy mal criada... O, lo que viene a ser lo mismo, no provengo de 'buena' familia, de familia 'bien'...

DE LOS MÉRITOS DE NUESTROS PATRICIOS

Leo recientemente la entrevista de un político de la nueva hornada, pos Dictadura. No deja de asombrarme, y causarme profunda admiración, la declaración enfática de sus logros en su —

puede decirse— todavía joven existencia: conseguir el éxito en vida privada y política, “solito”, a “pala y picota”; y la posibilidad, casi certeza, de su próxima postulación como senador por la República.

Retrocedo mentalmente a una modesta sesión de estudios bíblicos de hace unos dos o tres años (no llevo la cuenta exacta de la persistencia de mis escaramuzas con las escrituras sagradas). Hablando sobre los males que recrudecen en el mundo actual, entre otros sobre el estado de la política nacional, me las endilgo con una referencia a la estupefacción que me produce la actitud matonesca precisamente de este político, y declaro, con cierta ingenuidad, que esta actitud no me parece coherente con una persona educada, acaso con formación profesional universitaria, quien convive y se relaciona, por otro lado, con el círculo social llamado 'alto' en nuestro lenguaje parroquial. Más aún, si hablamos de un político chileno quien ha sido invitado con relativa frecuencia a un país extranjero —los Estados Unidos de Norteamérica, hay que ser exactos, asertivos—, presumiblemente con el objeto de disertar sobre el arte de la política, como no sea a perfeccionar sus bien adquiridos conocimientos sobre la misma, o, en su defecto, en premio por los servicios prestados a la Patria de esta otra América.

Pero, soy interrumpida de inmediato por una de las dos voluntarias evangelizadoras —aquella que participa por esta y única vez, en forma absolutamente providencial— quien, habiendo compartido las aulas liceanas provincianas con el político en cuestión cuando éste aún vestía el uniforme azul y gris de la enseñanza media, me sorprende con algunos detalles perínclitos de su vertiginoso 'curriculum': una capacidad de liderazgo juvenil

fanático y vociferante, un rápido traslado a la capital, oficina y puesto de 'analista de noticias' en las oficinas del Canal de Televisión Nacional consistente en el escrutinio y cuidadoso reporte de toda declaración publicada en la prensa nacional, con registro minucioso posiblemente de nombres y apellidos (más tarde leo "asesor de la Dirección de TVN" en el Anuario 1995 de la revista QUÉ PASA); todo lo anterior durante el gobierno de la dictadura militar.

No tengo razones para dudar de las palabras de esta modesta discípula de Cristo, de espíritu fino y sensible, estudiosa formal del griego y de la música, de presencia femenina y compuesta, modales suaves y voz delicada, madre de familia aunque 'separada' —imagino por esas cosas, para algunos, tan misteriosas e inexplicables de la vida—, amante y observadora escrupulosa de los caminos de Dios, anticomunista acérrima como todo evangelizador que se precie de tal, y por cierto algo apartada del fárrago mundano.

Absoluta injusticia sería, por otro lado, no conceder a nuestro ilustre patricio el beneficio de la duda. No obstante, luego de releer dos o tres veces la entrevista mencionada me las embalo, inevitablemente, en algunas reflexiones.

¿Y si así hubiere sido? En el supuesto caso que lo hubiese, me parece haber aprendido de la miscelánea periodística pos dictatorial, transicional o consensual, que la actividad desarrollada, entre otros, por nuestro preclaro aspirante a congresal dio origen a la profesión de 'analista'; profesión que, pese a su nombre renovado y un tanto gélido, es tan antigua como la que todos

conocemos. Sólo que antes se la conocía, entre otros, con el nombre de 'soplón'. ¿Habría sido éste el caso de nuestro ilustre tribuno en ciernes? Con franqueza, no lo creo. Si él declara que el éxito se lo ha ganado "a pala y picota", pues así debe ser, no es saludable andar dudando a diestra y siniestra de tanta declaración pública y nacida, en este caso y como es posible apreciar en la entrevista mencionada, desde el fondo del corazoncito bien puesto de nuestro compatriota. Ahora que... a alguien podría ocurrírsele añadir que la picota también suele servir para partir cabezas de un picotazo...; y a otro, que la pala, para descargar y esparcir el estiércol..., o la cal sobre los cadáveres. Lo cual, sin lugar a dudas, no es el caso de nuestro candoroso aspirante a la Cámara Alta. Ni a mí se me ocurriría aventurar. ¡Ni siquiera, pensarlo!

De ser verídico el intríngulis anecdótico relatado por mi interlocutora (por cierta curiosa analogía o asociación mental muy peregrina, como las que acostumbran frecuentar los diabólicos vericuetos de mi mente), esto me confirma las bondades y eficacia —y dividendos, que si no, no vale un céntimo— de uno de aquellos métodos, tan en boga por estos días, que se ha dado en llamar 'inteligencia emocional'. Haciendo uso de ésta —la inteligencia emocional, es decir, como yo lo entiendo, en absoluto control de la emoción, tanto positiva como negativa y utilizando aquellas ambas en forma 'inteligente'—, hasta un necio puede llegar a ser Presidente de la República. Ahora, que eso sea bueno o malo para la nación o para el resto de las naciones, no tiene importancia. Sí la tiene el que la teoría y el método hayan demostrado ser exitosos (*ergo*, vendibles, *ergo*, lucrativos). Luego, desde la augusta

posición, este Jefe de Estado, elegido democráticamente —aquí entran a jugar su parte los dividendos, éstos y los otros— y por voluntad popular —la cual también suele ser igualmente necia—, puede permitirse berrear a gusto y hasta bravuconear, desafiando a un enemigo tan eventual como fantasmagórico y anacrónico a disfrutar una entretenidísima guerrita intergaláctica (cierto, a las puertas del siglo XXI el juego del torpedeo sobre una hojita de papel cuadriculado ya pasó a la historia). O, algún otro de estos especímenes, permitirse usufructuar de su posición con ínfulas sultanescas y, de paso, como para distraer la atención, colocar con imperial precisión, un tanto temblorosa luego de tanto fragoroso esfuerzo, uno que otro misil en el extremo más alejado del planeta: para luego ser saludado, felicitado y vitoreado como héroe y salvador de la humanidad sufriente. Esto sí es... ¡'éxito'!

¡Bienvenido a las alturas de nuestra augusta Cámara, futuro senador! ¡Las puertas están abiertas de par en par para todo aquel que simplemente manifieste la voluntad de entrar en ella! Por lo demás... siempre lo han estado. Son las ventajas de la democracia.

A MANERA DE COROLARIO AL TEMA ANTERIOR (DE LOS MÉRITOS DE NUESTROS PATRICIOS)

Apenas a unas cuatro o cinco semanas de escritas estas reflexiones, me encuentro buscando —de paso, para solaz de mi espíritu— el poema ¡QUIEN SUPIERA ESCRIBIR! de Campoamor en LAS MIL MEJORES POESÍAS DE LA LENGUA CASTELLANA, cuyo año de edición española no logro descubrir aun cuando le dé vueltas del revés y

del derecho; por fortuna se trata de uno de esos ejemplares impresos en papel rústico y cortado en forma aún más rústica, y tan bien cosido y encuadernado que aun después de tanto trajín no ha aflojado ninguna de sus hojas. Me encuentro, digo, buscando este poema de Campoamor, a fin de verificar una de esas casualidades o coincidencias que se dan en el sorprendente mundo poético: he escrito hace un tiempo el epígrafe final para este volumen de relatos autobiográficos *Mi corazón es el único cristal a través del cual puedo ver el mundo que me rodea*, más bien como una prolongación del epígrafe inicial de Teillier, y hoy me sorprende este verso de Campoamor *...Para un viejo, una niña siempre tiene el pecho de cristal...*, reproducido en una revista CONFIDENCIAS del año 1955 que perteneció algún día a mi madre y que hojeo, entre otras revistas de mayor antigüedad aún, mientras escribo EL DULCE Y LA MONEDA (los críticos y estudiosos se entretendrán, pasados algunos lustros, décadas o siglos, elaborando teorías sobre las influencias que tal o cual poeta ha ejercido sobre éste o aquél y practicando su juego favorito: detectar pretendidos plagios. En mi caso, Campoamor no se encuentra entre aquéllas —las influencias—, pero, naturalmente, eso sólo mi corazón y Quien es su dueño lo saben). Busco, prosigo, a Campoamor en el índice alfabético de autores —como es mi costumbre a estas alturas incorregible, de atrás hacia adelante o, lo que es lo mismo, de abajo hacia arriba— y tropiezo con el poeta argentino Palacios (Pedro B.) (1854-1917), a quien he marcado, en alguna oportunidad pretérita, con una x al margen izquierdo, de quien he subrayado el título del poema ¡DIOS TE SALVE!, y escrito al margen

derecho su seudónimo Almafuerite, y quien, aun cuando tampoco ha ejercido una influencia permanente o significativa en la escritura de mis versos o sobre mi ánimo poético, sí ha contribuido a reforzar, durante un tiempo, mediante el efecto del reflejo —o la identificación—, mi proceso espiritual (*...así van los sublimes, los sagrados, / los heroicos, los grandes, los temidos, / con no sé qué furor de sus sentidos, / por repechos olímpicos lanzados... / con rumbos a la gloria... ¡y derrotados! / vencidos a la luz... ¡pero vencidos!... Síii..., en este caso tal vez debí escribir el adjetivo 'vencido' entre comillas simples en el poema HAROLD IN ITALY, como lo hube hecho con 'destartalada' (¡Gracias, don Antonio!) en ALMA A LA DERIVA.. Aunque tengo la certeza que tanto Machado como Almafuerite, así como Mistral y Neruda, y Prado y Dickinson y tantos otros, no desperdician la eternidad de su tiempo revolviéndose en el mausoleo de la hermandad poética toda vez que a un pobre poeta que aún debe arrastrar el paso fatigado por este espacio temporal llamado Tierra se le ocurre tomar prestado alguno de sus vocablos —más bien, es probable que lo miren con benevolencia y hasta cierta ternura—, ocupados como deben estarlo en faenas de más alto vuelo).*

Continuando con Almafuerite, sucumbo, por alguna misteriosa inclinación —de seguro, 'intrínsecamente perversa'—, a la tentación de transcribir el poema cuyo título hube subrayado, a continuación de estas reflexiones sobre la política y sus políticos. En todo este proceso, descubro un pequeño error en el índice: el poema se encuentra en la página 465, y no en la p. 463 como está indicado; releendo el poema mismo, descubro otros errores (entre ellos, la

omisión de un verso completo), por lo que finalmente termino haciendo una amalgama con el texto español y el de una modesta versión argentina de sus POESÍAS COMPLETAS, cuyo año de edición tampoco comparece por parte alguna —lo que viene a demostrar, de manera irrefutable, que esto de lidiar con el tiempo en pequeño bien va con los afanes académicos, críticos y editoriales, que no con el quehacer poético—. De paso, sería digna también de reproducción la brevísima Nota Biográfica a esta última edición —no más de treinta y cuatro líneas que me doy el trabajo de contar muy a contrapelo de mi espíritu, al cual le repugna el contar líneas o sílabas—, aun cuando sólo sea por los puntos sutilmente esbozados, apenas sugeridos, sobre la Poesía, el pensamiento, el apostolado, la opción por la pobreza, en contraposición a los dividendos de la política, del caudillismo, del servilismo. Por el momento, contentémonos con los versos de esta Almafuerte y preparemos nuestro espíritu: ¡En guardia, almas sensibles!... A lo menos, la mía es capaz aún de estremecerse toda vez que tropieza con ellos, aun cuando alguna beatería afrancesada —acaso por alguna desdichada incapacidad, por otra parte, de experimentar ella misma algún signo de creación auténtica y original— guste de enunciar con displicencia que cualquier “poeta plañidero” de estos siglos “parece alpargata vieja” en comparación con los lamentos de Job —acerca de quien, de igual modo, no se tiene la certeza absoluta de que haya existido o que sólo constituya una metáfora de la integridad a la que todos aspiramos... o simulamos aspirar—. Bien, adentrémonos con cautela en los vericuetos de la mente o en las profundidades abisales de esta alma hermana cuyo lugar y

fecha de nacimiento sí pueden ser verificados en cualquier bibliografía o en los registros civiles del país, también hermano, donde nació, floreció, y murió en apariencia sin pena ni gloria:

¡Dios te salve!

I

*Cuando se haga en ti la sombra;
cuando apagues tus estrellas; cuando abismes en el fango más hediondo, más infecto,
más maligno, más innoble, más macabro —más de muerte,
más de bestia, más de cárcel—, ⁽¹⁾
tu divina majestad;
no has caído todavía
no has rodado a lo más hondo...
Si en la curva ⁽²⁾ de tu pecho más ignara, más remota,
más secreta, más arcana, más oscura, más vacía,
más ruin, más secundaria
canta salmos la Tristeza,
muerde angustias el Despecho,
vibra un punto, gime un árbol, pía un nido de sonrojos,
se hace un nudo de ansiedad.*

II

*Los que nacen tenebrosos;
los que son y serán larvas;
Los estorbos, los peligros, los contagios, los Satanes,
los malditos, los que nunca —nunca en seco, nunca siempre,
nunca mismo, nunca, nunca—
se podrán regenerar:
no se auscultan en sus noches,
no se lloran a sí propios...
se producen imperantes, satisfechos —como normas,
como moldes, como pernos, como pesas controlarias,
como básicos puntales—,
y no sienten el deseo
de lo Sano y de lo Puro
ni siquiera un vil momento, ni siquiera un vil instante,
de su arcano cerebral.*

III

*Al que tasca sus tinieblas;
al que ambula taciturno;
al que aguanta ⁽³⁾ en sus dos lomos —como el peso indeclinable,
como el peso punitivo de cien urbes, de cien siglos,
de cien razas delincuentes—
su tenaz obcecación;
al que sufre noche y día
—y en la noche hasta durmiendo—,
como el roce de un cilicio, como un hueso en la garganta,
como un clavo en el cerebro, como un ruido en los oídos,
como un callo apostemado
la noción de sus miserias,
la gran cruz de su pasión;
yo le agacho mi cabeza; yo le doblo mis rodillas;
yo le beso las dos plantas; yo le digo: “¿Dios te salve...
Cristo negro, santo hediondo, Job por dentro,
vaso infame del Dolor!” ⁽⁴⁾*

Almafuerte

(*) El relato «De la Política y sus Políticos», todos sus sub capítulos y el poema «Dios te salve» de Almafuerte, son parte original de este libro UN CANAL... UN CAMINO... IMPRESIONES DE ELISEA, el que fue presentado en Santiago al Concurso anual del Consejo Nacional del Libro y la Lectura el 08.04.2002, sin inscripción previa en el Departamento de Derechos de Autor. Posteriormente, el relato fue incluido en la inscripción (Nº 258.470 de 08.10.2015) del libro MÁS CHILENA QUE LOS POROTOS... DE NUESTRA IDENTIDAD, libro presentado por segunda vez y en plataforma digital al actual Consejo Nacional de la Cultura y las Artes el 28.08.2015.

- (1) La posición de las rayas y de las comas discrepa en las ediciones española y argentina, siendo mejor empleadas, a mi entender, en la primera; he optado por el uso actual, es decir, pegadas a la frase o frases intercaladas y sucedidas por la coma al final de aquéllas cuando corresponde, en lugar de precedidas por esta última como se encuentran en la versión argentina tanto en la raya inicial como en la final.
- (2) La edición española dice aquí 'cueva', en lugar de 'curva' como se lee en la argentina. La primera me parece más acorde con el sentido de la frase, aunque la segunda la supera en sonido, acento, ritmo y emoción, no desmereciendo en sentido.
- (3) En la edición española: 'agunta'... Me suena mejor —por las mismas razones anteriores—, pero he fallado en encontrarle una etimología apropiada. Posiblemente se trate de un error.
- (4) Las comillas proceden de la versión española.

CUANDO FLORECIÓ EL HUERTO

A mi padre, Cecilio David,
en cuyo huerto coseché los frutos verdaderos
del Amor, la Verdad y la Belleza

*Y, a pesar de la traición y la persecución,
a pesar de la cesantía y la indefensión,
a pesar de 'la Ley'
—o a causa de todas ellas—
fue en aquel patio
donde floreció el huerto.*

El padre de pie sobre la silla hechiza con asiento y respaldo de madera terciada; a su lado una mesita de madera más tosca aún, sobre cuya superficie una jarra de agua pura y transparente y un vaso, aguardan a que el improvisado orador se vea en la imperiosa necesidad de aclarar la garganta; aquello sucede con frecuencia, pues el carácter reposado y hasta cierto punto tímido y reservado del padre contribuye a oprimir su garganta ante la vista del numeroso público que colma la calle de una esquina a la otra. 'Dirigente obrero', 'proletario', 'compañero'. Las palabras poseen un sentido extraño y misterioso y su significado no le es develado sino hasta años más tarde. De momento, sólo sabe que cuando el padre habla con su tono mesurado, sin elevar la voz ni utilizar vocablos altisonantes en su lenguaje sencillo de hombre del pueblo, se establece de inmediato un silencio sepulcral y atento, y puede observar desde su pequeña estatura los rostros serios y

reconcentrados de aquéllos más cercanos. El padre utiliza siempre para estos mítines el frontis de la mediagua anexa a la casa de madera construida con sus propias manos. Desde la vivienda arrendada en el extremo más oriental de Pueblo Nuevo, había acudido con la madre a dejarle unas viandas con el almuerzo y contemplado con fascinación cómo el padre descendía desde una especie de jaula gigantesca de palos blanquecinos y fragantes, vestido con su mameluco de color gris verdoso; el mismo con el que llegaba a diario desde la maestranza de los Ferrocarriles después de revisar la panza de los vagones del tren, apretar tuercas y engrasar piezas rechinantes, o martillar fierros en el yunque del gran Taller de la Maestranza. Aquella mediagua, cocina provisoria una vez que se mudaron, pronto queda en desuso cuando el padre hubo construido la gran cocina-comedor-estar a continuación de los dormitorios, y rápidamente se convierte en centro de operaciones del hermano medio-mayor, quien disfruta ocupándose con misteriosos trocitos de metal y alambres, los cuales dispone de alguna determinada manera y luego conecta haciendo surgir del extraño ensamblaje las voces o la música de alguna emisora de radio; cuando no está ocupado en algún otro misterioso invento, desde luego; pero, éste es uno de sus favoritos y se refiere a él con una extraña combinación de palabras: 'radio galena'. Con rigurosa periodicidad, el hermano es desalojado de allí y se ve llegar y entrar hombres durante una media hora, hasta completar una determinada asistencia. Desde su lugar a los pies de la madre que cose y no termina nunca de coser vestido tras vestido para las 'clientas ricas del centro', escucha el rumor de voces,

voces reposadas y serenas, discutiendo cosas que deben ser muy importantes, pues los hombres pasan allí largas horas y luego se retiran tan ordenadamente como han llegado. El padre entra, luego, al dormitorio-pieza de costura con una expresión distendida en el rostro que denota una serena satisfacción. Conversa largas horas con la madre, a cuyo lado se sienta con su especialidad sobre las rodillas: el 'encandelillado' del revés de las costuras de aquellos vestidos, el cual, según la madre, nadie es capaz de ejecutar con más destreza, ni siquiera alguna operaria ocasional que llega muy recomendada y que rápidamente es despedida por no cumplir con las exigencias de prolijidad autoimpuestas y que le han ganado la fama de ser la mejor costurera, a juicio de las clientas de la Avda. Alemania hacia arriba; no en vano los autos desfilan con sus pacientes conductores (maridos, o auténticos choferes de gorra y uniforme) durante todos los días de la semana frente a la modesta puerta de barrio y a veces permanecen allí horas interminables, asistidos por esa estoica paciencia de hombres en espera de mujeres probándose perpetuamente prenda tras prenda y definiendo materias de tanta importancia como el número de alforzas que han de adornar sus pecheras o cuántas pinzas del drapeado proporcionan una mejor caída al esponjoso *georgette*; interminables son, también, las horas dedicadas al escrutinio minucioso de los modelos presentados por las revistas femeninas que la madre adquiere o aquéllas más sofisticadas y costosas que las mismas clientas traen desde su último viaje a la capital. Aquellas revistas de la madre, con sus portadas de bellos rostros ficticios y perfectos, en suaves tonos cromáticos como la

MARGARITA, o figuras de cuerpo entero con los bordes delineados en un color y las leyendas en otro, como la revista ROSITA; revistas que cumplen, a veces, misiones insólitas cuando, por falta de material bibliográfico adecuado, se recurre a las secciones de Correo y a la buena voluntad de los lectores para completar alguna tarea escolar de dificultad mayor. De lugares tan exóticos y lejanos como San Antonio han de llegar durante un tiempo bellas e interminables páginas manuscritas con perfectos trazos caligráficos, reproduciendo toda la información geográfica, política, económica, social y cultural de algún país remoto, extraída de alguna costosa enciclopedia por un gentil caballero porteño a quien nunca se llegará a conocer, don Eduardo de la Barra.

Sí, el padre tiene mucho que decir y la madre mucho que escuchar luego de las misteriosas reuniones; y largas son también las horas en que ambas cabezas inclinadas sobre la labor se confunden en un suave murmullo, indescifrable para la distancia que media ahora hasta el centro del dormitorio de las hermanas en donde la niña hace sus deberes escolares sobre la mesa redonda de madera esmaltada por el padre en color azul cielo y cubierta con una gran carpeta de algodón tejida por la madre a crochet, blanca e impecable. Sobre la mesa grande y rectangular de la cocina deben hacerse a un lado cuatro veces en el día, a la hora de las comidas, retazos de géneros, huincha de medir, las grandes tijeras de sastre y el pan de tiza aplanado, de bordes redondeados por el uso y sobre cuya superficie lisa, pulida y brillante a fuerza del roce, va quedando impregnada la huella grisácea de los dedos de la madre.

Pero, aquellas reuniones se interrumpen bruscamente un día cualquiera, el que coincide con la única ocasión en que escucha pronunciar la palabra 'cárcel'; esta vez el padre vuelve al hogar luego de faltar una noche completa, para quedarse un largo tiempo durante el cual tiene oportunidad de perfeccionar aún más sus dotes para la costura recién descubiertas; al 'encandelillado' se agregan ahora la costura de bordes o dobleces de faldones y mangas, las cuales, siguiendo los estrictos estándares de la madre, deben ser absolutamente invisibles por el lado derecho; el revirado y terminación de los ojales de chaquetones tres-cuartos y abrigos hasta el tobillo, los que la madre ha pasado escrupulosamente por la máquina de coser pegando un trocito de tela que, con una pequeña incisión y vuelta del revés, se transformará en un perfecto ojal rectangular; y el pegado de botones de todos los tamaños y formas imaginables, preciosos adornos que a veces constituyen toda la 'gracia' de la prenda. Es divertido observar al padre empuñar la aguja con la misma destreza y virilidad con que blandía el destornillador, el formón o el martillo en el hogar y la llave de tuercas en la Maestranza —ante los ojos curiosos de los hijos, el padre se remueve en la silla al tiempo que su acostumbrada risita cohibida asoma por debajo del bigote cuidadosamente recortado, entre el orgullo y la vergüenza de su rostro de hombre sencillo y honesto—; sin embargo, las cada vez más espaciadas veces en que se recibe la visita de algún 'compañero', el padre no permite por ningún motivo que se le vea esgrimiendo tan indigna herramienta. El padre y la madre hablan en voz cada vez más baja y se escuchan, al pasar, palabras tan extrañas como 'ley maldita',

'traidor', 'exonerado', 'cesante'. La confección de vestidos aumenta en proporciones alarmantes y a veces se ve a los padres al levantarse para la escuela en las mañanas, exactamente en la misma posición en que se los ha dejado la noche anterior al darles el beso de buenas noches. Hasta que un día el padre sale a 'buscar trabajo'; aquello consiste, invariablemente, en pasar gran parte del día fuera de casa, para luego regresar con las espaldas algo encorvadas y una cierta expresión nunca antes vista sobre la cara morena; al mismo tiempo, el ala del sombrero parece inclinarse cada día más profundamente sobre la ceja izquierda. Por fin comparece un día con un gran maletín negro en la mano. Ante la expectación general de la familia van surgiendo desde su interior, como del sombrero negro de un mago, diversidad de peines y peinetas de carey, los jabones *Flores de Pravia*, papelillos con azul de lavar y sobrecitos de champú *Manzanol*, centenares de agujas, carretes de hilo y sartas de alfileres, el champú y la gomina *Vanka* y la *Glostora* con su contenido ambarino y viscoso, las cajitas metálicas y redondas de la crema *Lechuga*, pequeños pañuelos orlados con blondas y encajes y otros enormes con listones y líneas de colores en las orillas por lo general verdes, marrones, azules o burdeos, los que se cruzan en las esquinas formando diseños de apariencia escocesa; también hay docenas de camisas blancas con cuellos tiesos y puños de repuesto prendidos sobre la pechera, enfundadas en brillantes sobres de celofán transparente. Todo lo cual iría a abastecer a alguna pequeña tienda que comienza a empinarse en la calle Portales o Rodríguez y a la infinidad de pequeños almacenes de barrio que proliferan en los cuatro puntos

cardinales de aquel incipiente centro comercial en que se va transformando lentamente la ciudad de Temuco entre los años '40 y '50. Luego de dejar la suela de sus zapatos por todos los rincones de la ciudad, el padre vuelve al hogar cada tarde a la misma hora y ocupa su lugar al lado de la silla de la madre, con la costura de turno sobre sus rodillas. Ella se ha levantado de su lugar frente a la máquina de coser —como todos los días cuando él regresaba de la Maestranza—, cinco minutos antes de su llegada, para empolvase el rostro frente a la luna astillada del espejo del baño, pasar un peine mojado por sus cabellos oscuros y pintar sus labios de un rojo fresco y brillante untando un palito de fósforo en los restos cremosos de un estuche de lápiz labial *Tangee*; tampoco olvida remarcar las delgadas cejas con el muñón de un lápiz negro, destacando el azul profundo de los ojos: tributos para el esposo y únicos signos de coquetería que se permite en su austera y demasiado ocupada existencia. Tan ocupada que en toda su vida matrimonial no cruza más de diez veces el umbral de la puerta de calle del hogar; se pueden contar con los dedos de las manos: como aquella vez, años más tarde, en que adquirieron la cocina de gas licuado que acompañaría durante algún tiempo y luego reemplazaría en forma definitiva a la gran cocina económica de leña *El Volcán*; aquella otra en que, en forma excepcional, la madre debió seleccionar alguna tela para el hogar, las que ordinariamente son compradas por el padre; y las veces en que, años antes, y siempre juntos, se dirigieron, poco antes del 18 de septiembre, a la Estación de FF.CC. a escoger en el carro de Rudloff que proveía cada año, contra cuotas fijas a descontar por planilla salarial, los

zapatos para los cinco hijos, las camisas, chaquetas y pantalones 'guardapeos' para los hermanos; todo ello, una o dos tallas más grandes de modo que pudiesen sobrevivir con dignidad, previos dobleces y posteriores alargues, dos o tres temporadas. La madre jamás hubiese permitido que los hijos anduvieran por las calles descalzos o con la ropa raída o rota, a pesar de la pobreza. Sin embargo, el padre nunca permite que estas adquisiciones, necesarias para los estándares de crianza de la madre, hagan peligrar el presupuesto familiar, antes bien se prescinde de alguna prenda —para eso están los remiendos, los parches, la basta suplementaria— u otro artículo de consumo que transgredir bajo circunstancia alguna esta regla no escrita. Más aún, en el cajón con llave de la rústica mesa fabricada por él mismo a manera de escritorio, siempre sobran al finalizar el mes unas monedas grandes o un pequeño billete después de haber pagado las libretas de la carnicería y del almacén de la esquina y de haber efectuado la compra del quintal de harina, la 'damajuana' de aceite, el saco de azúcar y la sal, las legumbres y fideos, en el día del pago del salario. Es siempre él, el padre, quien sale a la calle a efectuar las adquisiciones importantes. Más que nada, es por esta razón que la madre en muy raras ocasiones precisa ausentarse del hogar, y sus días, junto con gran parte de —cuando no toda— la noche, transcurren entre la pieza de costura, la cocina y la artesa en la leñera. No hay una sola ocasión en que se vea a la madre sentada o recostada, descansando. Su vida íntegra es un solo acto de actividad incesante y sin pausa. El padre tampoco acostumbra ausentarse del hogar sin una causa justificada y fuera del horario

de su trabajo; no tiene amigos como no sea algún 'compañero' que lo visitará todavía de cuando en cuando, o don Ramón Ortiz, también de los Ferrocarriles, hombre de su casa como él mismo y cuya vida es tan ordenada y disciplinada como la suya propia y con quien se visitan de tarde en tarde para compartir un vasito de vino o una taza de té entre conversa y conversa en la que tratan de recomponer los pedazos del sueño por ahora interrumpido y que aún aletea en sus corazones de hombres sencillos y amantes padres de familia.

No obstante, los años posteriores a la imposición de la 'ley maldita' son los años en que florece el huerto. Como florecen los sueños tenaces, plantados con ilusión y esperanza y regados con amor, entereza y sentido de la responsabilidad. El terreno en el que el padre construyó su casa había servido de cuadra a alguna caballeriza de carretones, como aquellos que aún cruzaban la ciudad de Temuco desde sus mismos orígenes. El padre había comprado aquellos centenares de metros cuadrados en virtud del convenio a largo plazo y sin reajuste que la Empresa de los FF.CC. del Estado ofreció a sus obreros y empleados, y cuyos dividendos a lo largo de los años no llegaron a sumar lo que costaba un kilo de sal. Y la antigua cuadra guardaba en sus entrañas el tesoro incalculable del suelo fertilizado por innúmeras bestias de tiro. Con las primeras ventas en los almacenes de barrio, el padre adquiere las semillas, coge la pala y el martillo e hinca su voluntad indomable en la tierra con esa sonrisa a la vez cohibida y resuelta y el pequeño resuello que acostumbra exhalar toda vez que las emprende con algo desconocido o desacostumbrado. Con restos de

madera y piedras recogidos por aquí y por allá va formando los tablones, uno para los rábanos, cebollas y cebollinos, otro para las acelgas; a la izquierda los tomates, a la derecha las lechugas; al frente las zanahorias; a lo largo del cerco vecino las arvejas, los porotos y las habas, y al fondo del patio los repollos, betarragas y coliflores; y no falta espacio para algunas melgas de maíz y otras de zapallo, y un rectángulito para el perejil, el cilantro y el orégano. Todo aquello sin estorbar al durazno ni al cerezo del fondo, ni a la parra frente a la cocina, o los pequeños macizos de dalias y perritos o la corrida de gladiolos —su máximo orgullo— plantados por la madre a lo largo del cerco de doña Nieves, como tampoco a la mata de grosellas que ha brotado espontáneamente en el último rincón, justo frente al hueco que comunica el huerto con el patio de doña Zoila, la vecina del fondo. El padre es incansable. Al cabo de un tiempo, el patio barroso y sucio se convierte en un laberinto de caminitos entre las barandillas, listones e hileras de piedras que delimitan el frondoso reino de cada hortaliza. A los ojos infantiles se abre un mundo nuevo e incitante en el cual esconderse de los hermanos o aventurarse, con un puñadito de sal en el centro de un trozo de papel de diario o en la palma de la mano, para tenderse a la sombra de las matas con un tomate rojo, brillante y oloroso, cuya fragancia a mata verde hace afluir la saliva del interior de las mejillas en deleitoso, casi doloroso anticipo; más que el sabor, es el aroma entre agrio y amargoso de las matas impregnado en el fruto recién cortado, el que prevalece en las papilas y el olfato reminiscentes del huerto paterno. Para compensar la frugalidad del ulpo en el desayuno, y el

té y pan pelados o el chuño con agua caliente y azúcar de las onces, las cazuelas y legumbres se enriquecen con nuevos sabores que la madre mezcla a destajo; y las ensaladas de lechuga carda y pastelillo, olorosas a cilantro y limón, rebasan los bordes del enorme lavatorio enlozado dispuesto en el centro de la mesa para la numerosa prole; esta última pica con entusiasmo incontables repollos que el padre apisona luego en la enorme barrica con sal, donde fermenta hasta el invierno para acompañar las papas cocidas y el pernil de chanco durante algún domingo —el carnicero de la vuelta y el almacenero de la esquina no se permiten cerrar la libreta a 'don Cecilio', ellos saben que a fin de mes, éstas serán canceladas hasta el último céntimo—. La recolección alcanza para vender alguna lechuga y unas monedas extras engrosarán el presupuesto familiar o servirán para comprar semillas. Aunque, el padre —alejado por el momento de reuniones y concentraciones— cuida de seleccionar las mejores matas de su propia siembra para madurar y semillar.

Veinte años más tarde habrá triunfado, finalmente la Unidad Popular. ¡Ha llegado la hora de la equidad! ¡La justicia! El ex-candidato presidencial y los líderes políticos irán ocupando sus posiciones en el entramado de la administración pública. ¡Es la hora del pueblo! El modesto dirigente obrero, que ha retornado a la lucha con renovados bríos y esperanzas durante el desarrollo de las últimas campañas, reclama lo suyo, lo justo; nada más, ni nada menos: el reconocimiento de los años de exoneración de la Empresa de FF.CC. del Estado. Obediente y disciplinado, apela, uno

tras otro, a los 'compañeros' que ahora ostentan el poder. Tras varios intentos, recibe la respuesta exasperada, tajante:

—¡No moleste, compañero! Tenemos cosas más importantes de las cuales ocuparnos ahora.

EL TARRO DE PINTURA

Todos corrían en redondo tratando infructuosamente de escapar del ojo de la tormenta. La prima mayor de Valdivia alcanzó a esconder a la menor de los hermanos bajo la cama del dormitorio de las niñas, habitación en la cual se encontraron todos acorralados luego que el padre hubo descubierto la embarrada. En lo alto del armario del dormitorio contiguo de los hermanos, alguno de ellos había volcado un tarro de pintura verde, oscura y viscosa, sobre las blancas camisas del 'turco' Yusef que el padre, exonerado y cesante de los Ferrocarriles, guardaba para su próximo recorrido de ventas por los almacenes de barrio.

Cuando el padre alcanzó el cordel de tiras de cuero trenzado desde lo alto de la puerta que comunicaba con la cocina, la mayor de las niñas, la hermana del medio entre los cinco, recorrió con la vista las posibles salidas. Todo cerrado. No había escapatoria. Ni pensar en correr al patio o escapar a la calle, como aquella vez que escapó al castigo y sacó al padre doblado en dos de cansancio y de risa luego de haberla perseguido blandiendo una varilla de mimbre en la mano (por contestadora, ¡ide seguro!), mientras ella salía por la puerta del dormitorio y taller de la madre a la mediagua y al patio y volvía a entrar desde éste por la puerta de la cocina, en un circuito que se repetía hasta el infinito y en el que sus piernas largas y flacas terminaron por derrotar a las del padre, reduciendo a este último a un manajo de miembros agotados y acezantes,

estremecidos por la risa, en tanto ella se detenía a prudente distancia enfrente de él observándolo con cautela y sin perder de vista ninguno de sus movimientos. Lo había vencido, igual que en las carreras que ambos emprendían en el cerro Ñielol algunas mañanas de domingo —dejando atrás al resto de los hermanos—, a lo largo del caminito que corría paralelo al 'canal de la luz'. Aunque ella siempre sospechó que el padre se dejaba ganar...

El hermano mayor había terminado de aullar bajo los rebencazos y gimoteaba acurrucado en un rincón; en tanto, el segundo se preparaba para sufrir estoicamente el castigo sin un quejido y sin una lágrima. Por algo era su hermano preferido. Porque se parecían mucho. Con la diferencia que en media hora, él habría olvidado por completo el infortunado episodio y andaría de nuevo por ahí detrás de un nuevo invento o travesura, y los ojos le brillarían de risa.

Ella tampoco se quejaría ni lloraría, pero rumiaría la rabia y la impotencia ante las reiteradas injusticias durante meses y años y, acaso, por el resto de su vida. Y soñaría con que esta vida era un sueño y que un día despertaría con unos padres nuevos (pues ellos, los hermanos, habían sido abandonados por sus verdaderos padres quienes venían ahora, ricos, bondadosos y siempre sonrientes, a rescatarlos) y con el entretecho de la casa lleno de juguetes, como le confiaba a la hermana menor en la oscuridad de algunas noches antes de dormir. Muchas muñecas y pelotas de goma de colores brillantes y hasta una bicicleta para cada una de ellas. No como el cochecito de muñecas (con 'la' muñeca del año anterior) que ambas debieron empujar las Navidades recién pasadas, disputándose milímetro a milímetro el mango de madera

de color celeste mientras sonreían a diestra y siniestra muy paradas y orgullosas, tratando de ignorar el hecho que todos las niñas del barrio habían recibido pelotas aquel año. O la única pelota que tuvieron que tirarse la una a la otra el año antepasado cuidando no mirar hacia la vereda de enfrente donde la pareja de hermanos vecinos corrían el flamante auto a pedales y vestían y desvestían la lujosa muñeca con cabeza de porcelana, respectivamente. Puesto que, por un azar que escapaba a toda comprensión o explicación, sus regalos parecían jamás coincidir con los del resto del vecindario.

Había sido uno de los mayores el que se había trepado en los hombros del otro hasta alcanzar lo alto del armario, en busca de los empastados de revistas OKEY con las que tratarían de entretenerse durante la ausencia de los padres. Ellos, los mayores, eran los culpables directos, pero todos habían querido leer. Por lo tanto, ninguno soltó prenda y el padre se tuvo que conformar, una vez más, sin culpable y en consecuencia debía castigarlos a todos.

El tercero y menor de los hermanos varones soportaba con más susto que dolor los azotes atenuados que le propinaba en forma poco convincente la mano del padre, reblandecida por los ojos dilatados de niño bueno e inocente, e incapaz, por otro lado, de alcanzar las alturas del armario; fue entonces que se le ocurrió que tan culpable era el padre como ellos, por haber dejado dos tarros llenos con pintura de color verde oscuro justamente al lado de las bolsas de celofán con camisas blancas como la nieve, y cinco niños sueltos por la casa con estricta prohibición de salir a la calle y al patio mientras durara la corta ausencia de los padres. Aun cuando

estuvieran al cuidado de la prima mayor. La prima no había servido de nada aquella segunda vez en su vida que los padres hubieron ido al cine y a su regreso, luego de constatar de un vistazo las mechas mustias del tablón de zanahorias, el padre fue arrancando una a una las matas cuyos tubérculos habían desaparecido por completo en los pequeños estómagos hacía ya rato. O cuando la madre, luego de hornear el pan amasado para dos o tres días, tuvo que acompañar al padre a la estación al carro de Rudloff a comprar los zapatos para el 18 de septiembre, y se encontraron a la vuelta, agotados y hambrientos, sólo con unas cuantas migas en el fondo de la gran caja de madera de patagua, originalmente ensamblada para guardar la leña y que ella utilizaba para guardar el pan. O aquella otra vez, en la casa arrendada en calle Ercilla en Pueblo Nuevo, cuando eran más pequeños aún, y la prima no soltó, bajo amenazas ni promesas, la llave del candado bajo el cual se los había encerrado en la leñera; y los dos mayores tuvieron que escalar las paredes de tablas y acarrear todas las peras y manzanas del huerto del dueño de casa y vecino, las cuales, luego de un solo mordisco, fueron arrojando una a una a través de la abertura superior hacia el patio del vecino del lado contrario. Después, cansados y satisfechos, se sentaron a fumar grandes cigarros de papel de diario sobre las rumas de leños destinados a la estufa...

Apenas alcanzó a abrir la boca para enunciar su teoría sobre la culpabilidad, cuando tuvo que morderse los labios con fuerza, odiando la mano que le infligía aquel dolor inmerecido, redoblado nuevamente el furor del padre por su altivez y su atrevimiento, y

por el alegato que llameaba en sus ojos sin alcanzar nunca a concretarse en palabras. Cada azote imprimía un cordón rojizo en sus muslos desnudos al tiempo que estampaba con letras de fuego en algún compartimiento del cerebro o del corazón la protesta: "¡No es justo! ¡No es justo!"

DE LA 'ÚNICA HERENCIA'

Y DE LAS CONNOTACIONES DE 'UN ROJO'

“¡Por Dios! ¡Que irá a decir tu padre!” La exclamación traducía con exactitud el vuelco que le dio el corazón apenas abrió la libreta de notas en el liceo. El gran 2, gordo y rojo, resaltaba como esculpido en relieve en el centro mismo de la cartulina, y parecía espurrar los cincos y seises alineados en la columna del primer trimestre.

El padre llegaría de La Unión aquel fin de semana. Tras la exoneración y el período de cesantía, y luego de ser derogada la ley de 'defensa' de la democracia, había sido reintegrado a los FF.CC. del E. y transferido a aquel lejano pueblito desconocido en la provincia de Osorno, más al sur de la Valdivia donde vivían la única tía paterna y los primos y primas. Allí buscaba casa y hacía los arreglos necesarios para trasladar a la familia, con los cinco hijos estudiando en la primaria y la secundaria.

¡Y ella salía ahora con este rojo en la libreta!

Era el momento menos apropiado para dejar al padre en la estacada, luego de haber sido su orgullo, su alivio y su consuelo — aun a costa del rencor de los hermanos— entre tanta aflicción ocasionada por la lasitud intelectual de la progenie: “¡La única herencia..., carajo! ¡La educación! Es la única herencia que podemos dejarles...!”

¡Pobre papi! Como si repitiendo día tras día su cantinela hubiese

podido trepanar la dureza de los cráneos y punzar la liviandad elástica de sus corazones... "¡Miren a su hermana! ¡Cómo ella se las arregla para obtener buenas notas!".

Ni los rebencazos, repartidos con regular prodigalidad, hacían mella en la inconsciencia infantil. Con los muslos cruzados por violáceos 'cardenales' —como llamaba el padre a las mordidas del cordel trenzado— y aún adoloridos, los dos mayores preferían saltar la cerca del Liceo de Hombres y pasar las tardes soleadas y apacibles en la ladera del cerro Ñielol contemplando la ciudad y el cementerio, o las mañanas nubladas explorando las cumbres brumosas y las sombrías hondonadas, entre lianas añosas y coligüales con sus intrincados laberintos y madrigueras. Los hermanos 'Lombrisen' eran famosos por hacer 'la chancha' tantas veces como les viniera en gana: Lombrisen fueron apodados por el segundo apellido, alemán y tan difícil de pronunciar; quizá también por lo escurridizos... Aunque, también se les conocía por 'los cuchos'..., al parecer solían hacerse los homónimos tras cada gran barrabasada cometida...

Por su parte, entre la 'herencia' y el cerro, ella —la del medio— dividía su tiempo en forma irritablemente cumplida, sin descuidar las notas. A la edad en que la calle había dejado de ser el escenario de sus juegos, el esparcimiento activo lo reservaba para las mañanas de domingo, en las que echaba carreras con el padre por la orilla del canal de la luz, para luego sentarse a contemplar, maravillada, al hermano medio mayor volar por sobre el camino pavimentado de los autos a diez metros de altura, suspendido de una liana gigantesca y aullando a pleno pulmón, a lo mero Tarzán:

¡Aaaauuuuuuuuu...! ¡El arrojito! ¡Cómo admiraba su arrojito! Tanto como despreciaba la cobardía del mayor, quien con todo lo amatonado ¡jamás se atrevería a colgar ni a dos metros del suelo! En cambio, ¡cómo disfrutaba el muy poco hombre haciendo alarde de sus fuerzas y descargándole al descuido un derechazo o izquierdazo, dependiendo del lado que la sorprendiera, sobre uno de sus pechos en desarrollo haciéndola bramar de dolor!; y destrozando o vendiendo sus cuadernos por el puro placer de hacer daño o con el fin de ganarse unas monedas para los puchos que se fumaba a escondidas.

El hermano chico, por su parte, vivía su vida beatíficamente, habiendo intuido a muy temprana edad que los ángeles no van al colegio ni deben estudiar; por lo que asistía a clases y hacía lo que podía —que no era mucho y la mayor parte de las veces, insuficiente— sólo porque era demasiado bueno como para desobedecer. Hasta el día que fue matriculado en la Escuela Comercial, en donde en definitiva dio con la certeza de que los números no tenían nada que ver con la sarta de personajes e historietas con las que llenaba incansable y de manera al parecer inagotable cuaderno tras cuaderno, fueran éstos de croquis, de ciencias, rayados o cuadrículados.

La hermana menor —el 'conchito', la única nacida en Temuco— también descubría la vida a su manera, plenamente consciente de que ésta bullía de muchachos y amigas —las 'comadres'—, escondites y rincones, juegos en mayor o menor grado peligrosillos... Entre éstos, la escuela era sólo otro lugar en el cual proseguir aquella actividad fascinante que se llama vivir,

'gateando', de paso, de dos en dos años por cada curso de la preparatoria.

“¡Un rojo! ¿La Monona...?”. Alelados por igual, los hermanos rodeaban a la madre, repitiendo —incrédulos— uno tras otro la misma exclamación a medida que se acercaban.

La llegada del padre fue esperada con expectación. La mitad de los hermanos con los ojos brillantes: “¡Ahora sí le va a llegar a eeella...!”. La otra mitad, llenos de conmiseración: “¡Pooobre...! ¡Le va a llegar!”

Ni siquiera podría contar con la ayuda o la intervención de su madre. El temor del padre habíase constituido en un hecho de la vida. Las seis de la tarde, en la hora del juicio final de cada día. “¡Espera que llegue tu padre!” era la cantinela diaria de una madre extenuada y quien, por otro lado, no había nacido para ejercer la autoridad.

Con mayor razón ahora que el padre llegaba a casa una vez en la semana, en un vagón de tercera cuando el inspector de gorra con visera era amigable; encaramado en la locomotora, cuando al rostro conocido lo cruzaban tiznes de carbón bajo la gorra grasienta y ennegrecida. Todas las fechorías de la semana se resumirían en un par de minutos, si la presión del padre lograba su objetivo. Y, aunque había ocasiones en que la madre arriesgábase a callar..., el rojo en la libreta era iindeleble!

Además, no cabría disculpa posible. Cuando el padre dictaba sentencia, todos, culpables e inocentes, debían acatar. En absoluto silencio. En la mesa también regía silencio absoluto: “¡Los niños no hablan en la mesa!... ¡No tienen ningún derecho!... ¡Ni siquiera el

pellejo les pertenece!”... Por lo tanto, habíanse acostumbrado a callar ante los mayores.

Tampoco existía justificación aparente alguna. El hecho de que el francés le produjera una modorra incontrolable no la tenía, ¿o sí? No es que le costara, los idiomas no le representaban dificultad alguna, las clases de la miss July y las listas interminables de verbos ingleses en tres tiempos, después de todo, también eran soporíferas. No contribuía a disipar el letargo, por otro lado, el aspecto uniforme de las profesoras de francés que le habían tocado en suerte, todas lucían igual: bajas, rollizas, de rostro mofletudo y algo tosco desde cuyos labios la entonación nasal un tanto forzada oíase fuera de contexto, y cuyas manos cortas y regordetas parecían tan incongruentes con el refinamiento que sugerían los salones parisinos así, a la distancia... Era eso en definitiva, la incongruencia, más que la vulgaridad de los rostros, la que parecía detonar aquella especie de resistencia pasiva y pertinaz...

El padre llegó contento: Había encontrado casa y durante la semana solicitaría el permiso para empacar y proceder al traslado. En el liceo mixto de La Unión todo estaba listo para recibir a los cinco retoños, remisos más, remisos menos. Además, el sobrino de la madre, el Mito, cuyo padre —el cuñado—, radical y masón, había sido Director Provincial de Educación entre Osorno y Concepción desde que se tenía memoria (¿habría tenido aquél algo que ver con la pronta liberación del padre —su concuñado, “el marido de la Anita”— luego del arresto político?...), el primo Mito, digo, oficiaba como profesor de matemáticas en el mismo liceo; y tanto él mismo —radical y masón por igual— como su mujer y el sobrino-nieto

recién nacido esperaban a los familiares con los brazos abiertos. “Además, como su hermana es tan buena alumna (no especificaba cuál de las dos, pero los hermanos ya la fulminaban con los ojos), el Mito estará orgulloso...” (retortijón de estómago de la aludida).

El padre no cabía en sí de satisfacción mientras comunicaba las buenas nuevas a la madre. Uno a uno fueron desapareciendo los remisos, una vez exteriorizada, con la debida reserva, la alegría del reencuentro y constatada la ausencia de peligro. Sólo ella permanecía estúpidamente parada enfrente, mirando de la madre al padre y de éste a la madre... en espera de lo inevitable. Finalmente, la madre alargó la libreta.

El ojo del padre —de pie una vez más, pues la excitación le hacía levantarse cada tanto de la silla y pasearse en el corto espacio entre ésta y la pared— fue atraído de inmediato al centro de la cartilla... Incrédulo, primero la acercó... y luego la alejó. Una contracción espasmódica le hizo bailar los párpados, y algo así como un rictus comenzó a temblarle alrededor de los labios... Rictus que terminó al fin por abrirse en una amplia carcajada —tanto más insólita pues ni él ni la madre solían reír abiertamente—, antes de... atraerla hacia sí y acariciarle el pelo con su mano corta y morena.

EL PATIO MARIANO

*Vosotros sois la sal de la tierra;
pero si la sal se desvirtúa,
¿con qué se la salará?
Para nada aprovecha ya,
sino para tirarla y que la pisen los hombres.*

Mateo, 5:13

Él la dejó a unos diez metros de la entrada a la escuela de religiosas marianas, sellando así su destino de poco menos de treinta y cinco años de ateísmo absoluto.

Era su primer día de clases luego que la madre, cristiana y católica de corazón aunque no observante, decidiera trasladarla, al mediar el segundo año escolar y ante el advenimiento del cambio a la casa nueva, desde la humilde escuelita pública de los extremos de Pueblo Nuevo a esta escuela de moderna construcción de ladrillos y concreto y reputación incipiente de 'escuela católica para niñas'. Sus siete años y su extremada sensibilidad se vieron, así, de pronto, de pie en medio de la gravilla grisácea del patio mariano. No se grabaron en su memoria los detalles de estos primeros momentos de desamparo en un medio extraño, con la intensidad con que se imprimieron a fuego en su alma determinados sucesos posteriores que terminaron por alejarla de Dios, justamente lo opuesto al propósito de las religiosas.

Utilizaban aquéllas para sus clases de religión un texto llamado

HISTORIA SAGRADA, desde cuyas páginas resaltaban ante los ojos infantiles grandes láminas en blanco y negro. Estas láminas — presupuestadas para inspirar y transmitir la fe religiosa y el amor y la confianza en el Supremo Hacedor— representaban escenas bíblicas en imágenes que, a la luz de las interpretaciones de las religiosas, instilaban el pavor más acerbo en aquéllas de mayor sensibilidad entre las tiernas almas que habían sido confiadas a su guía y cuidado. A diario se impartían las clases de religión con apoyo de lo que semejaba ser, más bien, un instrumento de Satanás; las religiosas parecían complacerse en interpretaciones siniestras, casi morbosas, de las escenas plagadas de demonios y profetas temibles y vengadores. Las iras de estos últimos parecían prolongarse en los incontables y retorcidos pliegues de mantos y vestiduras que se desprendían de los hombros y brazos casi siempre levantados en actitudes más bien amenazantes. Ángeles furiosos surcaban los cielos soplando trompetas furibundas, o cabalgaban por la tierra lanzando dardos y rayos contra el enemigo; otros, espada y escudo enarbolados por delante de las angélicas alas, aplastaban con sus pies dragones de aliento sulfuroso empujándolos hacia las llamas. Osos salvajes emergentes de los montes destrozaban entre sus garras a niños maledicientes, al conjuro de las imprecaciones de algún profeta vociferante. Las expresiones de los rostros, lejos de emanar paz interior y amor, adquirían ante los sentimientos encontrados y el terror de las niñas una siniestra elocuencia, al tiempo que ojos de miradas aterradoras parecían despedir rayos que taladraban las conciencias. Espesos nubarrones cubrían los cielos por los cuales se desplazaban estos

personajes siniestros, y de la tierra parecían desprenderse emanaciones sulfúricas que en nada presagiaban algún leve indicio de caridad o amor cristianos.

Cualquier momento o incidente era aprovechado por las religiosas, quienes se hacían llamar 'madres', para referirse a esta biblia moral y pedagógica, por lo que las lecciones no sólo se impartían durante las numerosas clases de religión asignadas en el programa, sino también durante las clases de castellano, matemáticas, historia, geografía, gimnasia; a toda hora se hablaba del pecado y de los terribles castigos del infierno a los que iban haciéndose acreedoras tan precoces y procaces víctimas de las debilidades humanas.

Una vez fuera del ambiente opresivo y ominoso de la sala de clases, las niñas se precipitaban al gran patio de gravilla grisácea que servía para el esparcimiento, y volvían a ser los espíritus libres dejados por el momento a su propio albedrío, aunque observados desde no muy lejos por las madres religiosas encargadas de vigilar los recreos. Aquí se manifestaban prematuramente las inclinaciones y futuras virtudes o contra-virtudes de estas almitas, dejando traslucir el substrato y los efectos que producían o no producían sobre éstas las actitudes y las bienintencionadas lecciones de religión y moral impartidas en el aula piadosa.

Estaba aquella que no se resignaba a un destino etéreo y celeste, manifestando claras preferencias por los placeres terrenales, sobre todo los relacionados con la envoltura tierna, cálida y palpitante que circunda al espíritu. De naturaleza chispeante y bulliciosa, especie de animalito intrínsecamente

gregario y extravertido, en especial tratándose del sexo opuesto-complementario, las largas y rubias trenzas y los verdes ojos sombreados por pestañas espesas y cejas perfectas, contribuían poderosamente a atraer y acaparar la atención de los muchachos ya a tan temprana edad. Cuando se la invitaba al propio hogar, era cosa de guardar con celo a los hermanos bajo las escaleras, no fueran a despertar del infantil letargo siguiendo a esta salvaje vikinga en los juegos que de inmediato organizaba buscando el acercamiento estrecho, el *clinch*, las cosquillas, o cualquier otro subterfugio que le permitiera conocer más de cerca al objeto de su súbita apetencia. Circulaban en la clase veladas insinuaciones de juegos practicados en la oscuridad de apartadas habitaciones y grandes salas de baño de la casa germana entre un enjambre de primos tan arios y rubios como ella, y no menos sociables al parecer. En el patio de la escuela, fuera de destacarse en los juegos de mayor actividad física, se la veía con frecuencia juntar píamente las manos y bajar, pudibunda, los ojos a la vista de alguna de las religiosas que cuidaban del orden y del buen comportamiento durante los recreos; así lucía, invariablemente, su estampa en las fotografías escolares de fin de año; en ellas era posible, además, apreciar el buen corte y confección y la calidad de la tela del uniforme azul marino, lo que evidenciaba, por otro lado, el bienestar de que gozaba su familia y colegir, por consiguiente, la generosa contribución mensual a la tesorería del colegio, cuyas cuotas y montos eran, por lo demás, voluntarios para familias de tan diversas condiciones sociales y económicas. Una rápida y aguda inteligencia le permitía pasar por los certificados anuales con

discreta distinción y sin descuidar la práctica de su deporte favorito. Alguna vez, a fin de año, invitaba al grupo de amigas, quienes habíanse atraído en forma espontánea entre las compañeras del curso y del mismo barrio, a la casa de la abuela alemana en las afueras de la ciudad, en pleno campo, exquisita quinta de nombre teutón hasta la cual llegaba el despreocupado grupo saltando alegremente los durmientes de la vía ferroviaria, debidamente amparado por un batallón de ángeles custodios. Después de devorar el *kuchen* de murra o de murtila y crema, la mermelada de frambuesa y de grosellas, la mantequilla batida, olorosa y cubierta de minúsculas gotitas saladas transparentes como el cristal, la crema fresca de leche de vaca impregnada de un levísimo aroma mezcla de paja y aseado establo, los jugos de fruta fragante y recién exprimida, y cuanto otro manjar se les hubiese puesto por delante; luego de recorrer la soleada quinta perfumada de todos los aromas silvestres, de flores y de frutales, las niñas regresaban al atardecer por idéntica vía y bajo el alero de la misma legión angélica que ya se había preocupado de alterar horarios ferroviarios, retrasar trenes, desviar automóviles de los cruces, esparcir piedras en el camino de los malandrines, y todos aquellos pequeños afanes que justifican su existencia celestial. Junto con el paseo escolar de fin de año, éste parecía ser el broche de oro que sellaba una amistad que quedaba suspendida en las tórridas temperaturas del verano hasta que los vientos frescos de marzo, las primeras lluvias y las semanas iniciales del año escolar se encargaran de regar nuevamente sus raíces y hacer reverdecer sus ramas.

No es de concluir que toda la exigua y circunstancial escolaridad de ascendencia germana del patio mariano exhibiera rasgos irreprochablemente bellos, y que tuviera la oportunidad y la inclinación a gozar de las cosas 'buenas' de la vida, ni menos que hubiese tocado una buena tajada en la repartición de las riquezas de este otro lado del mundo, el que estaba siendo descubierto por segunda vez, esta vez por los colonos. Estaba aquella Marlen cuyas facciones de indiscutible tez aria parecían haber envejecido cincuenta años antes de tiempo y cuyos verdes ojos de pescadería no hubiesen atraído ni a las moscas. Completando su desventurada apariencia, la pobreza de sus progenitores se apreciaba hasta en los raídos y nunca bien lustrados zapatones y en el azul violáceo de un abrigo que ya había vivido varias vidas, el cual cubría, a su vez, un delantal ajado de un blanco grisáceo que nunca conoció la pulcritud. La deslucida cinta, de un blanco igualmente sospechoso, sostenía sin gracia alguna un cabello demasiado escaso, pegoteado, lacio hasta la pesadumbre. Miembro del más absoluto montón, no sobresalía ni por personalidad, ni por inteligencia, ni por carácter, menos aún por categoría económica, y parecía arrastrarse por la vida con una herida lucecita en la mirada implorando aunque más no fuere sólo una leve muestra de aprecio que no llegaba y que tal vez nunca llegaría.

La favorita de las religiosas —aquella cuyos padres pintaban como los ricos emergentes en el modesto barrio y quienes ponían a disposición de las religiosas marianas sus primeros destartalados camiones a fin de trasladar a todo el colegio en el paseo de fin de año—, hacía valer sus derechos reservándose el primer turno en el

juego de *Las Diez*, entre otros; este juego consistía en hacer rebotar una gran pelota de goma contra la pared ejecutando entre bote y bote un total de diez figuras distintas: hacerla pasar por detrás de la cintura, bajo la rodilla flectada, palmeando las manos por delante y detrás del cuerpo, por debajo de la pierna recogida, impulsándola con la frente, rodilla, hombro, codo y mano, sucesivamente, o girando el cuerpo en una vuelta completa, todo esto entre bote y rebote contra la pared; para luego repetir las secuencias desde la penúltima figura, la antepenúltima, y así hasta terminar el juego, sin perder el control de la pelota y sin que ésta llegara a tocar el suelo. Por lo general, no estaba permitido ganarle la partida, ni en *Las Diez* ni en ningún otro juego, y sobre aquel espíritu libre que osara quebrantar esta regla no escrita recaían sus justas iras, resultando moñongueada ferozmente ante el resto de las compañeras de curso, en corro alrededor avivando a las contrincantes; en cuanto a las 'madres', éstas no se daban por enteradas de la reyerta o se encontraban ausentes; aquí era posible reconocer también uno que otro espíritu contestatario, aunque la gran mayoría se inclinaba ante aquel poder en germen. A menudo se reconocía su popularidad siendo escogida para bailar *La Niña María* en el centro de la ronda que se jugaba a diario en el patio de la escuela; aquí se insinuaban ya, por otro lado, aquellos espíritus inclinados a la servidumbre, los que competían entre sí por el privilegio de escoger a tan digna reina. Su superioridad, más allá de cualquiera duda, quedaba, por último, demostrada en las notas de fin de trimestre y en los premios al finalizar el año escolar. Su prestigio era, además, resguardado con el mayor celo

por los ángeles, pues se asistía —con la debida reverencia— en las exposiciones de labores manuales de fin de año, a la traslación milagrosa de una que otra etiqueta con su propio nombre desde una labor de bordado mediocre a otra que sobresalía por su delicadeza, belleza y perfección. Acudía con fervor y expresión angélica al servicio dominical acompañada por el padre, la tía y el hermano menor —único varón admitido en la matrícula de la escuela exclusiva de niñas—; llevaba las flores más bellas y abundantes al Mes de María y el ramo más costoso a las bendiciones de Semana Santa, aun cuando en el patio mariano luciera un democrático delantal blanco, inmaculado, en lugar del uniforme azul. Un espíritu tan selecto en la viña del Señor no era cosa que anduviera por ahí escondido en los rincones, sin que el mundo se enterara de sus virtudes. Acostumbraba descorrer todas las tardes el visillo de la ventana del dormitorio de su madre, que daba a la calle, e instalarse allí con un libro de texto entre las manos mientras sus labios se movían sin cesar en lo que parecía ser una repetición incesante o letanía de las materias que habían de alimentar aquel cerebro privilegiado, al tiempo que los grandes ojos negros, vivaces y centelleantes de malicia infantil en mayor o menor grado inofensiva, no perdían detalle de todo lo que sucediera en la calle o de quien saliera o entrara por las puertas del vecindario. Tampoco era posible poner en duda, por otro lado, la cantidad ni la calidad de la materia gris contenida en aquella preciosa cabecita coronada graciosamente por una espesa mata de grueso pelo negro rizado, recogido y domeñado con una profusión de moños y cintas que enmarcaban un rostro de luna llena, pueril y

gracioso; no señor, ella cuidaba muy bien de aplicar su inteligencia en acciones inocentes que le reportaran pequeñas cuotas de beneficio en los incipientes senderos de la vida: con precisión de estrategia militar o de político, invitaba justo el día anterior a cada prueba escrita a aquella alumna que le seguía en las calificaciones —lectora de avidez pertinaz quien vivía oportunamente enfrente de su casa y tenía, además, la desventura de disputarle, sin querer, los primeros lugares del curso—; una vez introducida en su sala, sentábala en un mullido sillón con un enorme volumen empastado de revistas OKEY o BILLIKEN sobre las rodillas, después de haberla agasajado con unas onces pantagruélicas en las que se hacía el despliegue de todas las finezas de repostería elaboradas por la tía solterona, hermana del orgulloso padre; después de lo cual tomaba discretamente su lugar usual en la ventana. Desde el lecho, sobre el cual yacía entre mullidos almohadones y lencería de un blanco almidonado y pulquérrimo, la madre —cristiana en extremo devota sin la sombra de una duda, delicada y enfermiza, aquejada de un mal desconocido e indefinible, sin trazas de maquillaje sobre el cutis transparente y abrigado con vaselina sólida, ni tan sólo un atisbo de lápiz labial—, observaba, benévola y complaciente, las fintas, escarceos y triquiñuelas de la espabilada primogénita; y en el lecho yació la madre, durante todos los largos años de infancia, adolescencia y primeros años de juventud de los dos únicos hijos, hasta que éstos contrajeron matrimonio y abandonaron los respectivos colegios religiosos y la casa paterna; atendida tierna y solícitamente por la cuñada, tejió sin tregua incontables chalecos y medias de lana de color azul marino para la escuela y otros de

llamativos colores, variadísimos puntos y hermosos diseños para el diario y las fiestas. Por fortuna, con el matrimonio y partida de los hijos se produjo el milagro de recuperar la salud a plenitud y ya no se le vio el resto de su vida sino subir y bajar la calle de la vecindad incansablemente y maquillada a la perfección, en lo que parecía ser una ardua recuperación del tiempo perdido en los largos años de cama.

Estaba también aquella almita retraída y reconcentrada, de tendencia crecientemente soledosa, la cual, aun participando en los juegos y actividades propios de la edad, parecía flotar eternamente en su propio limbo desde el cual observaba y registraba, como una cámara fotográfica, los acontecimientos que se desarrollaban a sus, mal que le pesaran, terrenales pies; enmarcando el rostro grave y pensativo y los ojos castaños de mirar fijo, el fino y delicado pelo del mismo castaño claro recogido a un lado de la cabeza con un enorme moño de cinta blanca, alba aunque nunca almidonada, eternamente lacia, caída, parecía coronar a la perfección una expresión entre ausente y amurrada; la mitad del tiempo la pasaba tratando de cubrir los calzones que asomaban por el borde inferior, tirando del albísimo delantal —el que reemplazaba el costo del uniforme de lanilla o casimir azul—, profuso en pliegues y tablones y que el gusto de la madre confeccionaba demasiado corto; y restregando uno contra el otro los horrendos zapatones negros dos números más grande que debía arrastrar invierno y verano, siempre embarrados o empolvados por juegos y carreras a pesar del lustrado diario. No obstante estas laboriosas e infructuosas ocupaciones, y de participar sin involucrarse por completo en la

masividad de las actividades lúdicas en el patio escolar, nada escapaba a su innato escrutinio; por momentos, un involuntario rictus cruzaba como golpe de sable las infantiles y redondas facciones, pero ya se escondía tras una tímida sonrisa o un leve alzamiento del despectivo mentón según quien tuviese por delante, timidez para las débiles, soberbia ante las fuertes. Nadie hubiérase atrevido a asegurar que sus, de ordinario, manifiestos atributos de humildad y sumisión no fuesen sino simple gazmoñería o algo más profundo por desarrollarse aún en la hermética cápsula de aquella ingrávida crisálida; ni transparentaban la aparente masedumbre y su impavidez una sensibilidad hiperdesarrollada, un temple de hierro y un carácter inusualmente explosivo que tenía la particularidad de estallar con indeterminada frecuencia, por lo general ante la injusticia, en lo que el padre —obrero ferroviario y comunista, jefe de familia autoritario como el que más— definía escuetamente como muestras de muy mal carácter. De momento, obedecía cada mandato o advertencia, atenía a las reglas, iba de casa al colegio y viceversa observando el más estricto orden y disciplina en sus modales y costumbres; y hubiera mordido cien veces su lengua antes que proferir una mentira, aunque en ello le fuese el más severo de los castigos. Las gentes inocentes la definían como niña modelo, y alguna vecina —demasiado perspicaz o definitivamente cándida— hasta se atrevía a decir ¡una santa! Ella sólo continuaba su camino, entre un estallido de ira y el próximo... Un hilo invisible atado al moño de su cabeza parecía guiarla por la vereda soleada de la vida, escatimando y escatimándole las sombras, las cuales tampoco demostraba el

menor interés por conocer. La férrea disciplina que se autoinfligía en la ejecución de los deberes escolares y una cierta claridad y rapidez mental que le facilitaban el estudio, le permitían dedicar muchas horas a los juegos propios de la edad, los que disfrutaba con pasión libertaria una vez fuera del ámbito mariano; los adoquines y veredas pavimentadas de la tranquila calle de barrio, no hollados aún ni triturados por el peso del progreso, sabían de la velocidad de sus extremadamente largas y delgadas piernas y de su exacerbada competitividad que la hacían imbatible en los juegos de *La Tiña* y *El Paquito-Ladrón*, aun frente a los hermanos y a los otros muchachos de la cuadra y sus alrededores inmediatos. Ningún otro juego —*El Luche*, *El Avión*, *El Puente quebrado*, el *Salto de la cuerda*, *Las Diez*— conocía de limitaciones para la afición lúdica de este singular espíritu competitivo constreñido en tan exiguas faldas y ridículos zapatones. Sólo el juego del *Azúcar 'candia'* tenía la virtud de exasperarla con su interminable hilera de niños y niñas sentados a lo largo de la solera con las manos juntas como en oración, recorriendo por turnos y dejando caer entre alguna de las palmas una piedrecilla para luego preguntar a otro de los participantes “¿Quién la tiene? Si no adivina, paga prenda”; y así sucesivamente hasta que todos y cada uno de ellos hubiese pagado prenda; y luego la larga y aburrida ejecución de la penitencia (cantar, bailar, saltar en un pie, besar en la mejilla a alguno de los muchachos entre cuchicheos y risitas del resto de los jugadores); la espera tediosa y la aún más tediosa penitencia la hastiaban a morir; no había desafío en ello, por lo que prefería los juegos de acción y de competencia. Por todo lo quieta y callada que

se manifestaba su invariablemente ordenada existencia. La extremada modestia del propio hogar y del propio estilo de vida — los padres habían escogido ahorrarse la contribución mensual al colegio a manera de prerrogativa de pobres—, no lograban impregnar en su carácter amargura ni envidia, más bien veía el despliegue de bienes de las más afortunadas con la indiferencia y el estoicismo de una genuina y temprana inclinación hacia la austeridad. Al menos... eso parecía. Poseía, por otro lado, la fastidiosa costumbre de desfallecer en la nebulosa de incienso y 'latinías' de la parroquia dominical —en la cual siempre se la veía solitaria, sin la compañía de padres o hermanos—, y no pocas veces debía permanecer sentada sobre el pulido asiento de madera ante el despecho de las religiosas, quienes preferían ver despellejarse las huesudas rodillas del rebaño sobre la superficie áspera de granulillos y tierra del tablón reclinatorio. Por otro lado, sus involuntarios desfallecimientos no hacían sino afianzar cierta renuencia, congénita o adquirida, a hincarse ante los iconos de yeso y policromía que adornaban profusamente los altares y hornacinas de la modesta parroquia.

Se la veía a menudo acompañada por aquella otra Venus incipiente, morena y soberbia versión de la vikinga, de larguísimas trenzas azabache y relumbrantes ojos café moro bajo la cortina tupida de pestañas. La corbata de color azul marino con grandes lunares blancos, parte del uniforme no obligatorio de la escuela, contrastaba especialmente con la tez entre bronceada y amarillosa de un rostro amable y sonriente, y la bata de casimir, tableada y también de color azul marino, destacaba un cuerpo que se

insinuaba de diosa aun en los contornos lineales de la niñez. De naturaleza suave y benévola, buena amiga y compañera, alumna responsable aunque no sobresaliente, seria y muy compuesta, emergía desde una oscura puerta tras la cual se elevaban unas empinadas y aún más oscuras escaleras, al lado de una botillería o bodegón de borrachos. De nombre con sonoridades femeninas e insinuantes —Georgina—, intuía cierta inmerecida incongruencia entre el poco edificante entorno, su apariencia externa y el substrato escogido de aquella alma. Sus flexibles y elásticas extremidades eran imbatibles en el salto de la cuerda y se llevaba bien con moros y cristianos. La caminata a la escuela a su lado se transformaba, por el puro embrujo de su sosegada compañía, en un grato y apacible paseo por la vecindad. A la salida de la escuela y luego de finalizar los deberes, se la buscaba con no poca frecuencia para disputar una recta contienda de rebotes de pelota sobre la extensa pared de cemento limitada por las dos estrechas ventanas de la anciana que habitaba la acera de enfrente; doña Guillermina, escoba en mano, enarbolaba sus justas iras cada cierto tiempo ante las marcas que imprimía la empolvada pelota de goma sobre el verde agua recién pintado y repintado, mientras las promiscuas transgresoras huían en desbande para espiar desde la esquina el momento en que la anciana desapareciera y... reincidir en el delito. ¡No había en el mundo pared como aquella para el juego de *Las Diez*! Unas veces se perdía, otras se ganaba, pero siempre quedaba la satisfacción de una justa medición de destreza en la que el resultado carecía de importancia. Sólo las primeras sombras de la tarde sobre los adoquines de color gris metálico y la

hasta hacía poco soleada vereda, lograban detener el reñido partido y las contrincantes, arreboladas pero contentas y en paz de cuerpo y espíritu, se retiraban a los hogares a prepararse para el descanso y la anticipación de un plácido encuentro al día siguiente, esta vez camino a la escuela. Los padres, siempre invisibles y envueltos en el más absoluto misterio, debían sentirse orgullosos de esta pequeña oveja —que no tenía hermanos—, aun cuando su actividad fuere la de regentar aquel bar de mala muerte, como se rumoreaba, tan cercano a los 'chincheles' de la calle Patzke.

Estaba también aquel pequeño ente esmirriado y paliducho, enfundado en un albo delantal demasiado largo para su estatura, el que contribuía a sobreestilizar una figura de por sí escuálida. Esto y dos grandes moños de cinta de un blanco relumbrante en lo alto de la cabeza la hacían visible e identificable tan pronto daba vuelta a la esquina en busca del objeto de su adoración y pleitesía. Demasiado insignificante como para representar amenaza alguna para ésta, la preferida de las religiosas recibía con cierta complacencia displicente sus brincos y lamidos, y marchaba cada día a la escuela con el pequeño perrillo faldero trotando alegremente pegado a sus talones. Una vez dentro de los límites inexpugnables del patio mariano, el quiltrillo contaba con la seguridad de unas cuantas migajas de favoritismo dispensadas con profunda convicción religiosa por las madres, cuya caridad cristiana alcanzaba en forma intangible pero efectiva, a un padre que ventilaba ociosidades y borracheras entre uno y otro esporádico remiendo de gasfitería, y a una madre invisible cuya existencia sólo la atestiguaban los pisos brillantes como espejos de los dos únicos

cuartitos que constituían la modesta vivienda. Hija única del infortunado matrimonio, la pequeña, de facciones delicadas y transparentes, vivía esta infancia de escuela primaria religiosa de barrio pobre, despreocupadamente dentro de su campana de cristal, y trotaba con alegría de la casa al colegio y de regreso con la pálida carita llena de risa, una expresión cándida en los ojos y sus impecables zapatitos blancos de verano rozando apenas el pavimento, como los albos botines de un aristocrático *poodle* venido a menos. Solía, con no poca frecuencia, secundar a su ama en los juegos de rebote de pelota que ésta organizaba en la pared trasera de su casa, fuera de la vista del vecindario, dando brinquetes, palmoteos y grititos con su voz quebradiza, mientras esta última, por medio de pucheros y muecas de su cara redonda y graciosa, intentaba desviar la atención de la contrincante de la pelota en juego con demasiadas visibles intenciones...

Extensa y variada era la viña del Señor en el patio de la escuela mariana. Acostumbraban las religiosas plantarse en parejas a las puertas de la modesta parroquia los domingo, a la hora de la misa de las 11. Sin necesidad de exhibir conspicuamente ningún listado a la vista de la congregación, llevaban prolija cuenta mental de la asistencia de cada una de las menudas ovejas y de todos y cada uno de los miembros del rebaño confiado al cayado parroquial; las asistencias eran oportunamente ensalzadas y las inasistencias, denigradas hasta el dolor durante los primerísimos minutos de la primera hora del día lunes, siguiendo a las letanías que en el aula eran recitadas en el español de uso corriente. Un paraíso eterno, azul y esplendoroso, en el que reinaba la más absoluta felicidad por

los siglos de los siglos era prometido a las primeras, y las penas más abyectas del infierno, adjudicadas con la infalibilidad de sentencias inapelables a las segundas junto a sus progenitores y hermanos remisos y perversos por igual. Todo esto en medio del silencio, luminoso y ominoso a la vez, del aula mariana, ante los ojos y oídos atentos y abiertos como flores en espera del rocío: unas flores abriéndose con candidez, seguras y protegidas bajo los rayos del sol; otras, replegándose en sí mismas bajo un cielo oscurecido y amenazante.

Las religiosas no acostumbraban nombrar al objeto execrable de sus admoniciones, pero la mirada fija y penetrante, prendida con alucinante persistencia sobre este último, tenía un poder a tal punto oprobioso, mortífero y efectivo, que ninguna de las tensas cabecitas suspendidas en el silencio sepulcral de la sala, precisaba efectuar ni el más leve giro para hacer sentir al miserable bicho el aplastante y redoblado peso de la culpabilidad y la condenación.

Invariablemente, seguía a esta pieza maestra de sentencia piadosa la reiterada y extensa oratoria sobre los temas dilectos de las madres religiosas. Estos temas regían con sistemática regularidad la apertura de clases de los días lunes por la mañana, y brotaban, como al azar, con precisa e implacable periodicidad a lo largo de toda la semana, para recomenzar el ciclo el lunes de la semana siguiente, y así, inextinguibles, hasta finalizar el año escolar.

No es sino años más tarde, poco más de cuatro décadas después de haber abandonado el patio mariano, que su significado y efecto se hacen luz en la mente y la conciencia esclarecidas. Con

la sonoridad cristalina y distante que adquiere cada nota melódica desde una caja de música antigua, escuchada a través de la neblina imprecisa y azulosa de la reminiscencia, repican en la memoria, persistentes, aquellos toques dejados caer con la precisión y eficacia de un estilete sobre la blanca tesitura del alma infantil: “comunistas” — “comer niños asados” — “mujeres pintadas” — “pecado” — “idemonios!” — “¡ifueego...!!” — “¡iii infieerno...!!!”

El efecto es lapidario, petrificante: al cumplir los 11 años y junto con aprobar el examen de madurez que permite el salto desde la 5a. Preparatoria de la escuela mariana al 1º de Humanidades del Liceo de Niñas, el alma termina por encapsularse. Se cierra la puerta y se echan la tranca y los pestillos, hundiéndose por cerca de treinta y cinco años en el más arrogante escepticismo frente al mundo y en el más recalcitrante ateísmo frente a Dios.

Tras este oscuro período y al cabo de un amplio y tortuoso rodeo, el alma se ha reencontrado con Dios; no obstante, otra década de andar vacilante deberá transcurrir hasta encontrarse consigo misma, aceptarse, e iniciar el camino de la comprensión, y, tal vez, de reconciliación con el mundo. De momento, sólo se es capaz de mirar con grandes ojos fijos, como una niña de siete años de pie en medio de un patio desconocido; en tanto las lágrimas que nunca corrieron, resbalan en silencio, sin freno y sin pudor; en tanto el lente gastado de la memoria reproduce la imagen borrosa de aquella niña retraída, de pie en el centro de la rueda formada por otras niñas que palmean y cantan y que —al revés del juego infantil— giran y giran como un carrusel alrededor de la figurilla

desmañada, solitaria e inmóvil; en tanto retiñe en aquella zona más brumosa de la mente, iluminada parcamente por las notas heladas y cristalinas de la cajita de música antigua, el estribillo de la ronda infantil repetida día tras día durante cuatro años —entre 1948 y 1951— sobre la gravilla grisácea del patio mariano:

*La niña María salía en el baile
baila que baila, que baila,
y si no la baila castigo le dará;
por lo bien que la baila, hermosa Soledad,
salga usted... que la quiero ver bailar.*

EL PASEO MARIANO

MADONAS VIVIENTES

Todos los años, al finalizar el período escolar, las religiosas de la escuela mariana organizaban un paseo a las afueras de la ciudad, el que se inicia, en medio de una gran algarabía, con el ascenso a los camiones facilitados para la ocasión. En él no participan los apoderados, ni las madres de las niñas; sólo alumnas y religiosas y la única profesora laica que forma parte de la planta pedagógica de la escuela.

A pesar del verano y el sol esplendoroso, la señorita Rosa viste el mismo abrigo de gabardina color té con leche, abotonado desde el cuello hasta los tobillos, y los mismos zapatones gruesos y resistentes, de cuero marrón oscuro y taco plano, que ha venido usando a lo largo del año escolar. De unos treinta a treinta y cinco años, soltera, la vida de la señorita Rosa transcurre sin distracciones entre el aula mariana y una modesta casita situada en calle David Perry, a no más de tres cuerdas, donde la madre, envejecida y enferma, la espera cada día en el que habrá de ser su lecho de muerte.

La señorita Rosa es considerada una santa por las religiosas, y su vida un ejemplo de abnegación filial por un lado, y paradigma de espíritu religioso por otro. No obstante, a pesar del sacrificio y la

devoción, o a causa de ellos, la señorita Rosa no luce nada de bien en la sala de clases donde la observan y escuchan con atención alrededor de treinta y cinco cabecitas. En el rostro desprovisto de maquillaje, la tez pálida y casi transparente va adelgazando paulatinamente, satinizando su textura como los pétalos de la flor de la begonia regada en abundancia pero mantenida lejos de la luz directa del sol; en el semblante ajado, depresiones prematuras, apenas sugeridas, casi invisibles, surcan el rostro como hondonadas ensombrecidas en la hora previa a la oscuridad total; los ojos, marchitos, encajados en las grandes cuencas ojeras, proyectan aún en la hondura un brillo opaco, como carbones cenicientos en el fondo del túnel tratando de vencer la oscuridad y la falta de oxígeno. Es posible percibir cómo los ojos de la señorita Rosa se van velando gradual e inexorablemente, día a día, como se empaña lenta y progresivamente la última luz en los ojos del pajarillo antes que la cortina de la muerte los enceguezca por completo.

Rostro que va adquiriendo la misma pátina que ensombrece el rostro de la Madre Amábilis, Directora del establecimiento, de edad mucho más avanzada que la señorita Rosa; la misma línea que comienza a descender como una cincelada desde la comisura; aunque, todavía sin el trazado grueso, duro y definitivo que cruza la faz entre la mejilla y el mentón de la Madre Amábilis; surcos que sellan, como una rúbrica, la marca de fábrica de estas madonas vivientes.

Rostros redivivos, que en la memoria prevalecen... inmarcesibles.

FOTOGRAFÍAS MENTALES

De la actividad desarrollada durante aquellos paseos sólo quedan, como estampas fotográficas de gran brillo y claridad, desafiando el paso amarillento de los años dos escenas vívidas, a manera de instantáneas, las que al ser contempladas como nítidas fotografías en blanco y negro no suscitan ninguna clase de emoción; simplemente se las contempla con los ojos de la cara, como se miran dos fotografías de personas desconocidas, sin siquiera mediar curiosidad alguna en el proceso.

La primera fotografía representa a dos niñas de edades entre siete y nueve años, vestidas con humildad, limpias; sentadas sobre el pasto que tapiza un pequeño montículo, reavivan un pequeño fuego con astillas y palitos recogidos por aquí y por allá sobre el cual hierve el agua en una minúscula tetera de aluminio. Son las horas postreras del paseo de aquel año en particular, y sólo quedan el té y unas rebanadas de pan amasado del que hornean las madres en los hogares sencillos con muchos hijos. Las niñas beben y comen con buen apetito aquellos restos de merienda que no se diferencian mucho de lo que han consumido durante el día —acaso pudo haber un solitario tarro de jugosos duraznos, similar a aquél que constituía el único gasto extra a modo de celebración del cumpleaños de cada niño en una familia numerosa—. No tienen clara conciencia de por qué se han juntado en esta ocasión para compartir; normalmente en la escuela no son compañeras asiduas, aunque sí pertenecen al mismo curso. La fotografía mental no permite esclarecer si han compartido durante el paseo en un

mismo grupo con otras compañeras; el lente subconsciente e implacable de la memoria ha sorprendido ambas figurillas solas, aisladas, sentadas alrededor de la teterita con té y del pan en esta hora postrera del paseo escolar.

.....

Entre ésta y la siguiente fotografía, se asume que las niñas, luego de finalizar la merienda y de apagar los rescoldos con el agua sobrante, se han levantado y echado a andar por el lugar escogido para el día de campo, en espera de la hora del regreso.

La segunda fotografía las muestra de pie tras el círculo formado por otras cinco o seis niñas sentadas sobre chalones de lana escocesa, en el centro de los cuales se encuentra dispuesto un enorme mantel de algodón cuadriculado; las niñas sentadas comparten animadamente lo que parece ser el punto de partida de un gran festín, tal es la diversidad y cantidad de vituallas desplegadas. Desde la posición de pie se aprecia, sobre el fondo blanco y negro de la fotografía, a manera de primer plano salpicado de colores de un bello holograma o de un visor de cuento infantil en tres dimensiones, el contenido de frascos de conserva de vidrio: jugosos duraznos de un amarillo anaranjado y brillante, succulentas rebanadas de piña, marfileñas y perfectamente circulares, y relucientes cerezas satinadas de un rosa pálido, todas ellos flotando en abundante jarabe espeso y perfumado; sobre platos enlozados reposan aún las tres cuartas partes de una torta de crema de leche batida, tartaletas de mora y de ciruelas, queques de limón y chocolate, y gran cantidad de galletas; una enorme

fuelle colocada en el centro de la improvisada mesa campestre sostiene en perfecto equilibrio las frutas frescas: manzanas rojas y verdes, peras de piel amarillosa, y racimos de uvas blanca, rosada y azul violáceo; botellas y vasos de vidrio transparente permiten ver los restos de batidos de leche con frutilla y chocolate o de jugos de frutas preparados en el hogar. Ninguna de las niñas sentadas hace ademán de invitar a las dos niñas que contemplan la escena de pie, ensimismadas las primeras en su infantil representación como gentiles dueñas de casa o bien como invitadas de buena crianza que comparten en la hora del té, ya sea ofreciendo con modales afectados o aceptando melindrosamente los respectivos convites.

.....

No hay fotografías mentales de las religiosas ni de la señorita Rosa, como tampoco las hay de otros paseos, o de otras actividades durante aquel paseo en particular.

Un único paseo. Dos únicas fotografías.

LA CUESTIÓN REVOLUCIONARIA-UNIVERSITARIA, TAL COMO FUE VISLUMBRADA Y ZANJADA SIN MAYORES TRÁMITES EN LA CABINA 3

En el año 1963 A.i. (Antes del innombrable), todo era distinto en los hogares estudiantiles de la Universidad de Concepción. Al revés de cómo es hoy, el Hogar Femenino y las cabinas estaban donde hoy el Hogar de Hombres, es decir, repartidos entre las calles Los Aguilera y Los Tilos; el Hogar de Hombres, donde hoy se encuentra el Femenino, esto es, al norte del Foro Universitario y las cabinas, al pie de los cerros que se levantan entre la Universidad y el barrio Puchacay con la antigua Universidad Técnica del Estado por detrás de los cerros, igualmente en dirección norte. Es probable que también nosotras, las estudiantes, hayamos sido distintas; o que tal vez no: los estudiantes —como la raza humana en su totalidad y en su diversidad— son 'los estudiantes', aquí y en la quebrada del ají, antes de los cataclismos universales o después de ellos.

Los Hogares fueron permutados prontamente con posterioridad al día 11 de septiembre del año 1973 D.i. (Después del innombrable), a fin de impedir que los muchachos estudiantes, huyendo de los tanques y de las balas, se dispersaran hacia el norte y pusieran a salvo sus vidas por sobre y entre las cadenas de cerros mencionados.

.....

En el Hogar Femenino de Los Aguilera por consiguiente, entre los años 1962-1963 A.i., nosotras éramos "las gansas de la Cabina 3". Y no soñábamos con revoluciones ni con balas de este lado ni del otro. El mundo pertenecía a los adultos y nuestro negocio era... estudiar. Y, de vez en cuando unas, con vistas al matrimonio las más adelantadas, pololear. La vista fija al frente, con una que otra mirada hacia el lado aunque con la espalda muy recta y tiesa, marchábamos ordenada y rítmicamente al compás de la vuelta de hojas de nuestros textos y apuntes, y de la periódica revista de tropas por los examinadores de cátedra, en preparación del enfrentamiento final con el Tribunal Superior: la comisión examinadora de la Universidad de Chile. Todo lo anterior, sin salirnos de la fila.

Sin embargo, como todo grupo humano que se precie de tal, solíamos contar también con nuestra 'ovejita negra'. Luz María, mechona de Leyes, crudita y recién llegada de Valdivia, hacía su escapada diaria a la Cabina 5, donde cada sábado se celebraba alguna orgía de trago y se cometía uno que otro desmán de menor cuantía. En verdad, los 'piyamapartis' de los sábados en la Cabina 5 eran más bien la norma que una celebración ocasional. Luz María, acaso buscando su pareja —la cual, a todas luces, no se encontraba en el redil de la Cabina 3—, habíase amigado con Natalia, avezada estudiante de tercer año de Periodismo, líder de la Cabina 5, buena para la política y el trago y de quien se rumoreaba que era lesbiana; el pelo muy corto, las faldas rectas o plisadas, más largas que lo usual (en una época en que no existían los jeans y el uso de pantalones con raya remitíase a una ocasión

estrictamente deportiva y excepcionalmente algún fin de semana), las blusas con cuello sport y los pullovers largos y amplios, amén de un andar un tanto ahombrado sobre gruesos mocasines de taco plano, contribuían a afianzar una leyenda que a nosotras, 'las de la Cabina 3', nos tenía sin cuidado. El lesbianismo y el alcoholismo, inventados o reales, eran cuestiones que no permeaban nuestro mundo, diáfano y disciplinado. Luz María, en cambio, parecía dispuesta a dejarnos a millas de distancia por detrás suyo. Discutía de temas políticos, intelectuales y espirituales con profunda convicción y sabiduría, leía con devoción a Lobsang Rampa, y vestía el 'beibiluk': falda con tirantes sobre blusa de cuello bebé, calcetas blancas y zapatos reina de charol con pulsera y taco bajo; el estilo calzaba a la perfección con una expresión de inocencia al parecer genuina. A la par que coqueteaba con cuanto leguleyo de buena familia y risueño y pavimentado porvenir se le pusiera por delante, si de quinto año, tanto mejor; aunque, a veces condescendía con alguno de segundo. Y, una que otra vez, hojeaba y ojeaba el Derecho Romano. Sólo de vez en cuando, pues su despierta inteligencia le garantizaba, de un solo vistazo, las excelentes notas de que le gustaba alardear. No obstante, aquélla no la salvó una noche cualquiera de despertar con agudos dolores de estómago. Estrellita, de Biología, como de costumbre fue la primera en saltar de la cama y avisar a la señora Esther, por lo que le tocó en suerte, ¡a quién, si no! acompañar a la anciana directora del Hogar y sostener al mismo tiempo, con aquella su usual solicitud, a Luz María quien fue llevada raudamente al Hospital Regional a que se le practicara una revisión o intervención de

urgencia, sino fuera a ser apendicitis! De regreso en la cabina, ya de madrugada, Estrellita se negó a discutir los pormenores de la intervención, que la perdonáramos pero lo que había visto... lo que había oído... sino, no podía hablar!... En medio de un silencio reverente, toda la cabina volvió a la cama viendo pasar a Estrellita bañada en la luz angélica de una pureza y bondad a toda prueba, en dirección a las duchas. Luz María terminó por cambiarse a la Cabina 5 y años más tarde me la encontraría felizmente casada, vestida con elegancia y empinada sobre altos tacones en el living de su departamento un día de semana cualquiera a las 11 de la mañana; practicaba la meditación trascendental a diario en compañía de su esposo, un exitoso comerciante en Concepción, y no finalizó la carrera; no tenía, a la sazón, hijos.

Su lugar en el cubículo enfrente del mío fue ocupado por Sylvia, mechona de Francés, quien venía llegando de Punta Arenas con las mejillas granates y relucientes como manzanas maduras y a punto de caer; rellena de cuerpo en exceso y sensible de espíritu por igual, unos dos años más tarde me invitaría a presenciar su representación en el grupo de teatro aficionado de la Universidad; cursaba por aquellos días el tercero de pedagogía en francés, en tanto yo adicionaba a mi inglés graduado y altamente académico el inglés comercial y la eficiente disciplina laboral, calcada del sistema norteamericano, de la Compañía de Acero del Pacífico. Por aquellos días me enseñaría además, con su voz plena de inflexiones y tonalidades emotivas casi quebradizas e incongruentes con su cuerpo corto y rollizo, el *Ne me quites pas* y aquella *chanson* de la cual recuerdo la letra en su totalidad, no así

el título, y cuyo estribillo invoca con melancolía y algo premonitoriamente (al menos, en mi caso): *Dis, quand reviendras tu / dis, au moins le sais tu / que tout le temps qui passe / ne se rattrape guère / que tout le temps perdu / ne se rattrape plus*. Se había conseguido una guitarra prestada, y juntas dejábamos escapar plañideramente nuestros lastimeros alaridos en la habitación que hube arrendado en una casa de familia alemana en el centro, a una cuadra de la Plaza de Armas.

Sylvia llegó a restablecer la inocencia en el edénico jardín de la Cabina 3.

Estaba claro que la señora Esther, aparte de ser una pastora sensible y eficiente, era una eximia jardinera. De cuerpo menudo y afilado, piel reseca y apergaminada como una ciruela disecada alrededor de su carozo, los cabellos albos impecables y los ojos verde-azulados y transparentes de mirada húmeda, la anciana sueca no podía contar entre sus éxitos el ocultar bajo siete llaves y un exterior pretendidamente severo, un corazón tierno y cándido en el cual había terminado por concentrarse todo el azúcar cande del fruto madurado y deshidratado a pleno sol, aun bajo los cielos gélidos y nublados del país nórdico de sus orígenes. Transplantada en un hemisferio algo más cálido y con un puesto administrativo asegurado de por vida, la directora del Hogar Los Aguilera vigilaba la entrada y salida de sus discípulas, ora desde el escritorio al fondo de su acogedora habitación alhajada con muchos estantes y muebles antiguos, innumerables libros y carpetas y alfombras que olían también a antiguo y que era posible percibir desde el pasillo que debíamos recorrer como mínimo seis veces en el día camino

hacia la salida; ora, de pie bajo el marco de su puerta y al costado de la mesita del teléfono. Correspondía también a la anciana directora velar porque el aparato y la línea telefónica no fueran a coger llamas por recalentamiento, ya sea debido al uso prolongado o a las características incendiarias de los diálogos. Solitario, negro, pétreo e inmovible, aquel teléfono de número único y una sola línea, podía ser marcado por los siglos de los siglos por los pololos o las compañeras que insistían y nunca perdían la esperanza de comunicarse con alguna de las residentes; algunos resultaban a la postre bendecidos por la suerte, por lo que no desperdiciaban la oportunidad de aferrarse a la comunicación como al hilo del cual dependiera el último aliento de sus vidas.

El vestíbulo —decorado con grandes plantas y un espejo rectangular que cubría toda una pared y a cuyos pies corría una jardinera verdegueante, enfrente de la banqueta principal—, servía de salita de espera a los familiares en visita ocasional desde las provincias o alguna compañera de carrera que iba o venía intercambiando apuntes o textos tomados en préstamo en las bibliotecas de la Universidad. A los pololos se les recibía fuera, junto a la reja de entrada. El cierre de ésta a las 10 en punto de la noche, luego de la cena en el comedor común de Los Tilos, sorprendía invariablemente a la señora Esther oteando ansiosamente la semi-oscurcida calle, con las llaves tintineando de indecisión como una prolongación de su brazo esmirriado y seco, en espera de las últimas rezagadas que resoplaban por la encumbrada calle portando en una mano la marraqueta envuelta en una servilleta que sostendría el estudio nocturno, y los apuntes

conseguidos a última hora en la otra; otras, refugiadas en el abrazo del pololo que demoraba el paso y no terminaba nunca de despedirse, renuente siempre a la separación y maldiciendo en su interior la noche despiadada e interminable que se interponía entre su amor y la amada. La señora Esther odiaba dejar a alguna universitaria fuera del Hogar, y las diez en punto del reglamento por lo general se cumplían cuando la aguja horario iba ya a medio camino entre el 10 y el 11. No obstante el buen corazón de la anciana sueca, una que otra estudiante, por razones de fuerza mayor o menor, o por simple desacato, o por amor declarado al riesgo, acostumbraba deslizarse por la silenciosa calle Los Aguilera a las sombras de las 11 o 12 de la noche, en alguna ocasión bien pasadita la medianoche, para luego escalar la reja por el rincón más oscuro, asistida del lado interior por alguna de las encargadas de la cocina o del aseo puesta oportunamente en conocimiento del 'atraso involuntario'. Si la señora Esther era o no era consciente de estas furtivas transgresiones, nadie se hubiera atrevido a jurarlo; la opinión general era que, si lo sospechaba, se guardaba muy bien de exteriorizarlo o de admitírselo a sí misma. Y la ronda nocturna de las 12 A.M. por las habitaciones del palacete color rosa rococó y por los pasillos de las cabinas de madera barnizada, cumplíala más bien como un ritual para tranquilizar su propia conciencia que como una inspección realmente efectiva. Después de todo, éramos ya bastante crecitas. Y... ¡qué más se podía hacer! Desde luego, no pasar la noche en vela y en guardia, estilando bajo la lluvia o desollándose de frío en los jardines del palacete; lo cual, pudiera haber sido, por lo demás, algo fatal para la salud de la

septuagenaria, acaso ya octogenaria directora.

El afligido corazón de la anciana sueca encontraba, no obstante, su alivio en un grupo exclusivo de favoritas. Difícilmente hubiese podido desear para sí la directora de un hogar estudiantil, un ramillete más resplandeciente de virtudes que las universitarias de la Cabina 3; y la Sra. Esther no sabía ni quería disimular la debilidad que sentía por todas nosotras, siendo todas sus favoritas la Cabina 3 en masa. Por esta y otras razones, el Hogar, también en masa, nos odiaba. El de aquí y el de allá. Desde el palacete rosa rococó encumbrado en calle Los Aguilera y que perteneció a la familia Villa, hasta el moderno edificio construido un poco más abajo en Los Tilos, desde las cabañas que trepaban por los faldeos del cerro Caracol en Los Aguilera hasta aquéllas sumidas en la pequeña hondonada natural o profundizada a excavadora en el vértice de ambas calles, en el recinto de Los Tilos, iéramos detestadas de todo corazón!

Detestables desde que salíamos a las 8 de la mañana cada día de semana, sin fallar ninguno, en dirección a nuestras respectivas Facultades; luego al reunirnos en el comedor común en Los Tilos y comernos, sin chistar, toda la comida; al dirigirnos en fila de a dos o tres con nuestra marraqueta o nuestra manzana envueltas en la consabida servilleta, derecho a Los Aguilera; al subir las escalinatas de piedra que llevaban a las cabinas, a lavarnos los dientes, recoger nuestra ropa limpia del tendedero en la terraza que cada cabina-palafito tenía frente al living de enormes ventanales, a repasar nuestros textos, o simplemente descansar cada cual en su cubículo hojeando los apuntes de la última cátedra impartida.

Detestables por la formalidad de nuestras relaciones con los pololos de turno o aspirantes a esposos, y por la rigurosidad en el cumplimiento de los horarios. Detestables por la ingenuidad de nuestros caracteres, por los rostros de niñitas buenas, por la inocencia de nuestros pasatiempos (de los cuales, a manera de ejemplo, el más emocionante consistía en asistir a las prácticas de piano de la Rosita de Parral, cuya madre habíaselas arreglado para encontrarle una casa de familia con piano disponible a sólo dos o tres cuadras del Hogar a fin de que la niña practicara, y para conseguirle, además, una actuación en los conciertos en el Sagrario de la Catedral, a la que acudíamos en bloque compacto para aplaudir a nuestra virtuosa —o en camino de serlo— compañera).

Detestables por nuestra falta de compromiso social y político, falencia que nos hacía, por ejemplo, observar desde las veredas las manifestaciones callejeras por los mineros del carbón, el campesinado, los obreros, el profesorado, el teatro, la cultura, sin dejarnos conmovir. De las ocho integrantes de la Cabina 3, Estrellita y yo éramos las mayores, encontrándonos a un año y medio del término de nuestras carreras. Desde Punta Arenas, Estrellita había aterrizado directo en el Hogar Universitario, en tanto yo húbeme zampado una sucesión interminable de pensiones de medio pelo para arriba y para abajo. Entre estudiantes mechonas y avanzadas, provenientes de familias en mayor o menor grado modestas, algunas de ellas hijas de profesores o inspectores de liceo, habíame dejado influenciar por un tiempo por algunas compañeras profesoras tituladas hacía por lo menos un

lustro; en su mayoría, éstas militaban invariablemente en el Partido Comunista y más de alguna incursionaba en el teatro aficionado; en su compañía, había asistido en una ocasión a la representación de LA NIÑA MADRE en alguna sala improvisada con posterioridad al terremoto de mayo del '60, y a la exhibición de las películas soviéticas antes del sismo. Seducida en principio por la belleza de las imágenes —paisajes y rostros femeninos perfectos, la mayor parte de las veces—, el último disparo de fusil de EL 41 —aquel con que la protagonista mata a su prisionero y amante por la espalda cuando éste intenta huir de su custodia—, remeció con brutalidad inusual mi conciencia e hizo sonar una súbita campanada de alarma, dejando en mi espíritu una turbación en estado de latencia; turbación que no se resolvió sino años más tarde, al traspasar el umbral del matrimonio y de la maternidad. La certeza del amor por el compañero y por los hijos barrió con todas las dudas y pseudo certezas ideológicas, vinieran del lado que vinieran. Y no tardé en arribar a la conclusión —a pesar de la admiración que me produce hoy la consecuencia con la causa social, por ejemplo, de Gladys Marín— de que ninguna causa justifica el abandono de los hijos; menos aún el 'generoso' desprendimiento de los mismos, así como del esposo. No estaría dispuesta a enviarlos a la muerte —guerra o revolución— y quedarme rogando a Dios que les conserve la vida sabiendo que ellos mismos habrían de quitársela a otros... ¿Qué de las 'otras' esposas, las 'otras' madres?

Pero en la Cabina 3, nada se sabía de la existencia del teatro chileno o del cine soviético. Ni del existencialismo de Sartre ni de la

renuncia al comunismo de Albert Camus. Tampoco de la guerra de Corea. Apenas sí se escuchó de la segregación racial en los EE.UU., acaso por encontrarse aquel país más cercano a nuestra ubicación geográfica.

Y detestables éramos, asimismo y para resumir, por el intachable y diáfano comportamiento en el interior de nuestra Cabina. Entre todas las virtuosas de la Cabina 3, Estrellita, de Punta Arenas, por su parte, era la más dilecta de las predilectas de la señora Esther, y sin lugar a dudas... la estrella. Nadie —salvo yo, desde luego, la individualista feroz, la sempiterna disensora, la cuña discordante de todo hatajo humano, libre y libertaria a todo trance—, osaba llamarla Estrella a secas, simplemente no se lo merecía. Estrellita tenía plena conciencia de sus virtudes, por lo que habíase erigido, además, en la líder indiscutida del grupo; desde esta posición gustaba pontificar sobre el resto, las mortales de la Cabina 3 —virtuosas por igual, aunque en grado ostensiblemente menor, por ende, terrenales y mortales y en perpetuo riesgo de contaminación—, y ejercía su autoridad en forma sutil, casi invisible, logrando hacerse respetar y perdonar, por ejemplo, su falta de catolicidad y su determinación de no asistir a servicio religioso alguno, incluido el servicio dominical, hasta por las más beatas y religiosas en general, que también las había en nuestra Universidad laica y algo masona, libre y democrática. En verdad, su candidez, probidad, benevolencia, y hasta su castidad, estaban muy por encima y sideralmente más allá de todo credo religioso, incluso más allá del mal; se bastaban a sí mismas hasta el extremo de permitirle cruzar, noche cerrada aún, toda la

Península de Tumbes (tras dejar al grupo de expedicionarios — futuros biólogos, como ella— durmiendo plácidamente en el albergue) en dirección a las rocas en el extremo opuesto del litoral para contemplar la salida del sol ien absoluta soledad! Ante nuestras expresiones horrorizadas, contestaba con sencillez candorosa: “Pero, si una es buena, no le puede pasar nada malo”... Esto es más o menos lo mismo que alardearía a todos los vientos la virgen del film nórdico LA FUENTE DE LA DONCELLA... hasta que dejó de serlo y de manera tan nórdicamente trágica; no obstante, la exclamación de Estrellita destilaba genuina inocencia y no ostentaba el menor rastro de presunción, hay que reconocerlo. A pesar de mi cáustica renuencia de entonces, no puedo dejar de concordar hasta cierto punto con ella en el presente, por mucha irritabilidad que me hubiese causado su carácter pontificador en el pasado...; sus puntos de vista acaso sólo diferían en milímetros de los míos en cuanto a contenidos, no así en expresión, pues yo... no tenía por costumbre exteriorizarlos.

Estrellita fue, desde luego, rescatada de algún oscuro y mediocre destino tan pronto húbose graduado, con honores, de más está decir. Becada en los EE.UU., tras el inglés a presión fue prontamente nacionalizada, casada con norteamericano, hecha madre de niños norteamericanos y destinada, en medio o a los postres de todos estos afanes, a alguna recóndita sala de laboratorio de investigaciones universitarias o industriales, esto último no tiene la menor importancia.

Pero volvamos a la Cabina 3 y a nuestra falta de participación en la política, inmunes a las oleadas de agitación que conmovían a las

sociedades de comienzos de los '60. Conocido era, como ya lo he dicho, nuestro desinterés en los fenómenos sociales y políticos que sacudían vigorosamente a la población tanto de la ciudad como de las localidades y pueblos que giraban en torno a ella como satélites alrededor del astro mayor: Coronel y Lota hasta Arauco; Talcahuano, puerto e industrias, Penco, Lirquén y Tomé, entre otros; al menos, no nos sedujeron del modo e intensidad con que conmovían y removían a las fervorosas muchachadas en nuestra Universidad, aun cuando más no fuera por solidarizar con las respectivas parejas en el caso de algunas de las muchachas. En el reducto más bien estrecho de nuestro Hogar Universitario, no habíamos escuchado siquiera nombrar aún a Luciano Cruz, Miguel Enríquez o Bautista van Schouwen, quienes, a la sazón, recién estarían ingresando como mechones. A Beatriz Allende la conocimos de vista, de pie en la fila del comedor, con su bandeja en la mano como una más entre todas, aunque vistiendo una parka que se veía como importada, fina, y de seguro, costosa. Su rostro hermoso de 'hija de' familia acomodada y padre influyente lucía la piel sonrosada, esa tersura fresca y la expresión tranquila y serena de niña segura y protegida, bien cuidada, al tiempo que dejaba traslucir en todo su continente una sencillez reposada, sin el menor rastro de afectación. Era muy hermosa; muy hermosa, y admirada por todas nosotras, provincianas modestas y desconocidas, hijas de padres 'ilustremente desconocidos' como era costumbre decir en la jerga juvenil, hijas de don Nadie y doña Ninguna, nietas de Cualquiera; nunca tan bellas, y unas más seguras o inseguras que las otras. De Miguel Enríquez, conocimos el apellido por su padre el

Doctor Enríquez y, por mi parte aunque nunca confesado ni a mi mejor amiga, por su hermano Edgardo de quien sí conocí nombre y apellido y la casa y la calle en que vivía, de su porte de príncipe, elevado y apuesto —hermoso como un clavel, como habría dicho Neruda—, y de su cabello rubio trigueño, atributos todos que me quitaron el sueño un buen tiempo, y que hubiesen consumido las suelas de mis mocasines si éstas no hubiesen sido de goma crepé, de tanto merodear por las callejuelas alledañas con la esperanza de 'sólo verlo' de lejos, antes de proseguir mi camino a mis pensiones, o de paso hacia la Escuela de Educación. Uno más de esos amores platónicos, lejanos e inalcanzables en que me hube complacido en fijar los ojos por el puro placer de soñar, por un lado, y de no involucrarme del todo, por el otro, encerrada como me hallaba entonces en un cuerpo y un alma que retardaban el paso hacia la madurez, prolongando la pos adolescencia hasta pasada la etapa universitaria. Inmadurez que me hubo valido un par de años antes, por otro lado, el ser abandonada sin dilación por Enrique, estudiante de Medicina, activista social sin ser revolucionario de guerrillas —a lo menos no en el tiempo en que yo lo conocí—, y comunista hasta los huesos, con un corazón puro y abierto al mundo e inerme como una flor; junto con recitarme versos que no abrían mis oídos ni tocaban mi corazón por aquellos días, hacía acompañar por mí a través de los barrales en dirección a las poblaciones en las cuales los estudiantes de segundo año de Medicina sostenían un policlínico en una mediagua, con una mesa y una silla en el centro y una repisa tembleque a un costado con unas cuantas aspirinas, un rollo de algodón prensado y unas

botellitas de alcohol alcanforado; es posible que también alguna cajita de penicilina extra o un potecito de sulfa. En alguna ocasión tuvo la oportunidad de recogerme desde la casa en Víctor Lamas de una de mis amigas y compañera de Pedagogía en Inglés, hija de familia acomodada, y arrastrar, de paso, a algún gringo de los Cuerpos de Paz, con quienes intentábamos practicar el inglés. En lo cual nunca tuvimos mucho éxito, pues los Cuerpos de Paz parecían amar, por sobre todas las cosas del mundo, los monosílabos de su lengua de por sí mayormente monosilábica. Una vez sumidos hasta la rodilla en el barro de las poblaciones, a los Cuerpos de Paz, que siempre caminaban de a dos —como los mormones, como los Testigos de Jehová—, parecían haberles sellado los labios con goma arábiga e invisible y sus ojos azulados o verdosos, helados e inexpresivos como ojos de pescadería, no revelaban emoción, aprobación, renuencia, ni reacción de suerte alguna ante la perorata apasionada de mi pololo en contra de la pobreza y la desigualdad y de la incesante necesidad perentoria de cambios! Con las mejillas encendidas, por naturaleza o a causa de la pasión revolucionaria, los esfuerzos de Enrique chocaban, asimismo, con mi impasibilidad, mi insensibilidad hacia los pobres que se traducían en el siguiente voto, martillado día a día en el silencio abovedado de mi cerebro: “Yo no seré pobre, y tampoco requeriré la ayuda de nadie. Para eso tendré mi profesión y mi trabajo”... Mi apariencia de niña 'bien'; la carrera escogida y el vestuario con que mi madre se había esforzado por dotarme, acaso también mis modales, le habían hecho concluir que yo pertenecía a aquella clase social de la cual provenían la mayor parte de mis compañeras de Inglés. Con

mis faldas escocesas plisadas o rectas hasta justo bajo la rodilla, mis banlones de lanilla fina (conjunto de punto compuesto de suéter de cuello subido y chaleco), uno que otro pullover deportivo o más o menos elegante tejido con prolijidad por mis propias manos, las medias panty negras, el par de buenos mocasines que alternaba de acuerdo a los tonos de la tenida, y bufanda escocesa con flecos al cuello, amén del montgomery que mi madre se empeñó en confeccionar en paño de color rosa y botones de madera, y que me las arreglé para teñir de negro, amén de mi tez y rasgos europeos de herencia materna, sin duda, y un cierto atisbo de finura y discreción lucía y era conocida en el entorno de las pensiones modestas por las que deambulé antes de ingresar en el Hogar Universitario, como 'la francesita'; sólo me faltaba la boina... No me disgustaba el apodo; menos aún el reconocimiento de Enrique hacia mi aspecto, por lo que jamás le hubiese confesado, ni bajo tortura, que mi padre era obrero, comunista acérrimo por añadidura, y que ya se había echado al cuerpo una experiencia de lucha, con su secuela represiva, que ni el mismo Enrique se hubiese soñado o anticipado para sí (no pude haber soñado entonces, ni en la peor de las pesadillas, que Enrique terminaría —con el correr del tiempo y el despeñamiento de los fenómenos sociales y políticos— asistiendo como médico a víctimas y verdugos por igual y certificando la muerte de sus propios compañeros en los centros de tortura...). Desde el punto de vista del amor, por otro lado, inmerso en la marea de los años sesenta que presencié el nacimiento de la píldora anticonceptiva y del primer Anovlar, Enrique terminó por desilusionarse de mí el día

mismo en que comencé a resistir sus avances y toqueteos, para los cuales no me encontraba preparada, y puso fin abrupto a una relación dulce e incipiente aduciendo que yo no lo amaba. No sé qué resultó más lastimado, si mi corazón o mi orgullo. Es probable que este último y que Enrique hubiese estado en la razón, después de todo.

Siempre renuente a la mentira fácil o a la fantasía paranoica, guardaba del mismo modo mutismo absoluto sobre mis orígenes en el ámbito protegido de la Cabina 3. Jamás hablaba de mi familia — la cual, por otro lado, tampoco se comunicaba conmigo ni por carta ni por medio de paquetitos periódicos con alguna mermelada hecha en casa o alguna prenda tejida por las madres; de seguro no hubo tiempo para ello—; y sólo cuando me encontraba acosada y sin salida, 'admitía', hoscamente y de manera concisa y tajante a fin de bloquear todo intento de profundización en el tema, que mi padre (a quien reprochaba en mi interior su falta de aspiraciones) era 'empleado' de la Empresa de Ferrocarriles del Estado y mi madre, una conocida 'modista' en Temuco (de hecho, tampoco tuve conocimiento consciente o contacto directo con alguna compañera de universidad, pensión u hogar universitario que hubiese sido hija de obrero; lo cual hacía sentir, en ocasiones, como una extraña o *rara avis* en medio de la fauna estudiantil con la cual me tocó en suerte interactuar). Y cualquiera que osara ir más allá de modo explícito, con respecto a la ideología de mi familia, por ejemplo, recibía como respuesta la más desalentadora de las evasivas o el más gélido de los silencios. No obstante, en muy contadas ocasiones me veía enfrentada a semejante peligro, habiéndome

convertido en una experta en el arte de desatender o ignorar el código corporal de la comunicación que usualmente no emplea el lenguaje hablado para interrogar o suscitar reacción o réplica; esta falta de respuesta frente a los códigos de la comunicación producía, desde luego, desconcierto y desconfianza. Mi mutismo, igualmente desconfiado y receloso frente a cualquier conato de discusión relativa a los temas sociales o políticos, era proverbial y provocaba, del mismo modo, igual respuesta: suspicacia y desasosiego; los cuales terminaban, finalmente, por estrellarse contra el iceberg inmovible de mi arrogancia.

No obstante sentíame de alguna manera, confusa e inidentificada, agradecida de mis compañeras, contenta de estar allí; me sentía a salvo, ¿de qué? no lo sabía. Sólo sabía que ése era el mejor lugar donde podría haber caído, por el momento. Hasta hoy pienso que debieron haber hecho uso de los extra límites de su resignación y de su indulgencia para tolerar mi severa incapacidad gregaria; así como yo toleraba a duras penas el adocenamiento casi ovejuno al que mis compañeras de la Cabina 3 parecían someterse las unas a las otras de tan buen grado la mayor parte de las veces, aunque debo reconocer, salvaguardando sus respectivas individualidades. La salida en fila india hacia el comedor y la toma de posesión de la misma mesa todos los días ocupando cada una el lugar prefijado, al lado de la misma compañera, fue una de las costosas concesiones que hube de hacer, aunque no desperdicé algún día la ocasión de llegar tarde y practicar mi escapada, haciendo caso omiso del puesto reservado —y sintiéndome culpable de alta traición— para estar a solas con mi plato y conmigo misma,

o para observar con fascinación y sin ser importunada a mi alrededor en medio del gran comedor, bullente como una colmena.

En alguna esporádica y ocasional, acaso también algo pueril, conversación sobre la cuestión política, quien llevaba la voz cantante era Silvia de Servicio Social (con i latina al contrario de la Sylvia con y griega, de Francés); para aquélla, la doctrina y postulados del Partido Radical, en el cual profesaba su padre en Valdivia, eran de una belleza y altruismo conmovedores. Con su figura menuda y 'tan bien hechita' —al decir de su propio pololo quien sólo esperaba en la puerta de la Universidad que ella obtuviera el título para llevársela al altar, como a la postre sucedió— sentada en el sillón central y al calor de la estufa Comet de nuestra sala de estar, Silvia disertaba sobre el radicalismo y, si mal no recuerdo, de la masonería, manteniendo en vilo a una audiencia conmovida por las bondades y maravillas de un credo perfecto, elaborado por el hombre para el bien de los hombres. Ante su profunda convicción y asertiva elocuencia, y genuina admiración, yo sólo podía oponer, nuevamente, el más rotundo mutismo junto a mi mejor expresión de jugador de póker.

Por otro lado, el demonio que ya comenzaba a tomar forma dentro de mi mente, desplazando a o cohabitando con el ángel de mi infancia y pubertad, me guardaba a distancia de otras influencias, no menos pujantes, fervorosas e igualmente cándidas de la década, convencidísimas como estaban, ellas mismas, de estar cambiando el mundo de una vez y para siempre.

Cierta claridad de entendimientos y facilidad de aprendizaje, junto a una disciplina si no inflexible por lo menos regular, me

habían granjeado, sin buscarla, la camaradería —para no llamarla amistad, pues más temprano que tarde hube de aprender (en lo que respecta a mi experiencia personal) que la amistad termina exactamente en el punto en que termina también el provecho personal, profesional, político o de cualquier índole—, de algunas compañeras de familias penquistas de 'bien', entre las cuales se encontraba Maricarmen.

Maricarmen militaba con fervoroso entusiasmo en las juventudes de la Democracia Cristiana. Beata y distinguida (de padre español enriquecido en el comercio rotisero penquista), su posición social y su credo político-religioso no le impedían experimentar la poderosa atracción varonil que emanaba de Fernando Antinao. ¡Cuántas veces dislocamos nuestros cuellos, aunando suspiros y cuchicheos, en el Auditorium de la Escuela de Educación entre las Estadísticas, la Psicología, la Sociología y la Historia de la Educación, tratando de localizar el asiento de Fernando Antinao! ¡Con qué frecuencia debí pararme —de muy buen grado, debo decir— en primera fila junto a Maricarmen en la puerta de la Sala 1 de donde salían los futuros pedagogos en Historia para dar cabida a los incipientes catedráticos de Literatura Inglesa! Apretándome nerviosamente el brazo hasta causarme dolor, la beata y distinguida Maricarmen no podía dejar de susurrar casi sin aliento en mi oído “¡Tincuudo! ¡Cómo puede ser taaan tincuudo...!” en tanto los ojos se le iban tras la figura elegante, estilizada y elevadísima del militante comunista, de seguro ateo, a quien la mezcla de razas había dotado, además, con un rostro muy atractivo, expresión un tanto grave, y una mirada inteligente, reconcentrada y penetrante al

mismo tiempo. ¡Cuántas veces me sentí traspasada por esa mirada que me causaba un desasosiego desconocido, sentimientos encontrados, una mezcla de atracción varonil y fraterna al mismo tiempo, por un lado, y un distanciamiento aparente de categorías sociales del cual él parecía consciente, consciente yo de que aquello no era efectivo, por el otro!... Sólo yo intuía, oscuramente entonces, que esa mirada representaba para mí el reflejo censor, a mayor claridad, el reproche de mi propia conciencia adormecida... ¡Qué habrá sido de Fernando Antinao! Alguna vez vi su nombre en un diario de Concepción de alguna fecha en los '80 luego de mi regreso de Alemania, en relación a algún movimiento gremial del profesorado si mal no recuerdo: sobreviviente a la desintegración... ¡Dios gracias! Al igual que Enrique, a quien salvó el ejercicio de su profesión, de la cual debieron valerse sus mismos captores y carceleros autoerigidos en jueces y ejecutores, en dioses en definitiva, dueños de la vida y la muerte a discreción sobre tanta juventud hermosa, soñadora y altruista de los años '60!

Desde la casona en Edmundo Larenas frente a la Escuela de Educación arrendada o adquirida por la FEUC, hasta las bien aderezadas concentraciones de juventudes DC acampando en los alrededores de la zona o desfilando por la Diagonal Pedro Aguirre Cerda en dirección a la Plaza, y pasando, desde luego, por las entusiastas cruzadas veraniegas de alfabetización, era posible apreciar la abundancia de medios económicos en el movimiento DC, en la Acción Católica y en la Marcha de la Patria Joven.... Maricarmen, de seguro tras previo y cuidadoso escrutinio de mi persona y de mi comportamiento social y (a)político —y de mi, por

así decirlo, virginal a-religiosidad, amén de cierta 'asepsia' espiritual—, no cejaba en su intento de hacerme ingresar a las JJDC —para, posteriormente, pasar a mayores, con seguridad—. Una vez descubiertos mis dos talones de Aquiles —una incipiente y mal disimulada adicción a la Naturaleza, junto a alguna nunca bien satisfecha afición por la música y el canto— no desperdió oportunidad ni economizó energías para intentar seducirme con la descripción de la vida idílica de campamentos y de guitarreos a la luz de las fogatas. Más que militantes de un partido político-confesional, las juventudes DC me parecieron siempre una patrulla de scouts siempre listos para la aventura bien resguardada por la disciplina, el reglamento y la custodia de los mayores: a distancia prudente y antiséptica de la pobreza propiamente tal. Abumada por toda la seducción que desplegaba mi 'amiga' para mellar mi invulnerabilidad, seducción que, no obstante, no llegaba a obnubilar mis entendimientos, no podía dejar de ver y oír con asombro —e impertérrita— sus dedos enguantados al cancelar, en alguna ocasión excepcional, el boleto en el taxibus que nos llevaría a la biblioteca del centro, y su delicada nariz fruncida con elegancia tras el comentario: “¡Puf! ¡Qué olor a proletariado!” Por otro lado, hacía ya un tiempo había comenzado a eludir su casa; la FEUC, la biblioteca de la Escuela o los bancos del Barrio Universitario fueron, a lo menos, buenos sustitutos para sentarse a estudiar o a terminar, finalmente, el seminario-memoria de titulación. Renunciaba a la confortable, bien provista y calefaccionada pieza-escritorio, a su bien nutrida mesa, a la ducha caliente y a la abrigada cama (tan bienvenidas luego de las precariedades de las

pensiones con sus sempiternas entradas de ulte, ensaladas de lechuga mustia, el postre de dulce de membrillo, y el infaltable té con leche del desayuno y las onces; y las 'estudiadas' en cama con guantes, gorro de lana y abrigo... a fin de capear el frío). Lo anterior, tan pronto hube reparado en algunas maniobras para dejarme sola en el escritorio y ciertas alusiones sutilmente burlonas y apenas disimuladas una vez hubo detectado, con su vista de águila y su olfato de sabueso bien entrenado, que su rubio hermano James comenzaba a ejercer cierto peligroso atractivo para mi corazón aún algo mostrenco en las verdes praderas del amor.

Algún día debo sentarme y cavilar sobre las raíces de cierta gelidez de alma, dureza de talante, e imperiosidad y sequedad de tono que exhiben, particularmente, las mujeres católicas adultas — y muchas jóvenes— pertenecientes a la 'clase alta' o 'media-alta' de mi país...

De las juventudes de derecha no tengo vivencias directas ni mayores recuerdos, como no sea una visión lejana y distante de estudiantes de cuello tieso y pelo engominado, de prolija partidura al lado, aplastado de frente y algo más largo y ensortijado en la nuca, la mayor parte de ellos de paso obligado frente a nuestra Escuela de Educación hacia la vecina Escuela de Leyes, exudando bienestar y seguridad; y que no ofrecían nada interesante que observar, como no fuera la singularidad y uniformidad de su apariencia un tanto momificada, literalmente. Y la irrestricta obediencia a sus mayores, por otro lado, aún en el trance de escoger pareja...

.....

Así, en medio de los fogosos '60 nos encontrábamos las universitarias de la Cabina 3, en un estado anacrónicamente invulnerable, ciego, sordo e insensible, y atravesábamos las llamaradas del fuego social y político emergiendo por el otro extremo incólumes, intocadas, en estado paradisiácamente virginal y con nuestra integridad a salvo. Estábamos allí para estudiar... y eso es lo que hacíamos.

Nuestro paraíso terrenal, no obstante, fue un día cualquiera puesto en la mira telescópica y congeladora de la serpiente. Alguien nos sopló al oído que... ¡Reunión de urgencia! La situación fue expuesta en forma escueta: se comentaba en todo el Hogar, desde Los Aguilera a Los Tilos y de vuelta a Los Aguilera, que éramos algo así como... débiles mentales, más aún... ¡definitivamente moronas! Es decir... no teníamos derecho a ser itaaan supiiinamente gaaansas! Lo nuestro rayaba... ¡francamente! Las risitas sardónicas y los comentarios soterrados corrían velozmente entre las mesas del comedor, rodaban escalinatas arriba y escalinatas abajo por las encumbradas cabinas, descendían por la calle Los Olmos enfilando directo hacia la Universidad, y amenazaban introducirse ya entre las estanterías de las bibliotecas en las facultades, subir por las graderías de la Casa del Deporte, ¡e incluso instilarse en las fisuras deshabitadas hasta por las arañas en el Teatro terremoteado de la Universidad!

Había que hacer algo. ¡Y pronto! Alguien propuso quedarnos una noche fuera... hasta las 11 P.M. Luego de discutir un rato, la idea fue rechazada. Aparte de una reprimenda, de verdad severa o

malamente simulada, la señora Esther nos dejaría entrar y... la cosa no pasaría de allí. Ni siquiera se usaba llamar a los apoderados, encontrándonos algunas, aunque ingresadas en el Hogar sólo durante el año anterior, a unos cuantos pasos de la graduación, como ya se dijo. ¡No! No habría ni pena ni gloria. ¡Y nuestra reputación seguiría cuesta abajo, arrasando el Barrio Universitario como una avalancha, para luego desbordar por la Diagonal Pedro Aguirre Cerda derecho hasta la mismísima Plaza de Armas!

¡¡No!!

Desoladas, continuábamos estrujando nuestros cerebros tratando de dar con algo ¡realmente malo! Las ideas no aflúan; por mucho que nuestro rendimiento académico fuera algo más que satisfactorio —refutando la declaratoria pública que nos había catalogado como 'moronas'—, nuestras células grises no parecían dispuestas a colaborar en el trance. Luego de barajar alguna chanza con la sal o el azúcar en el comedor, unas sábanas cortas en la Cabina 2 —la única en la cual contábamos con ciertas simpatías; después de todo, sus residentes mostraban algunas semejanzas de carácter con el nuestro—, un balde de agua en lo alto de la puerta de la sala de baño con artefactos de color rosa y azulejos negros en el segundo piso del palacete, y un par de otras ideas carentes en absoluto de originalidad, dimos con la solución; menos original aún, si es posible, que todas las demás en conjunto: ¡una tomatera! Después de todo, a lo mejor valía la pena probar. Ninguna de nosotras había experimentado nada más excitante que humedecerse los labios o sorber interminablemente

dos dedos de un *Tom Collins* o de una *Cuba Libre* durante alguna salida extraordinaria en grupo con los pololos oficiales respectivos o en alguna de las recepciones de mechones. De modo que... nada se perdía con probar.

Definido el medio —el objetivo habíase definido a sí mismo por la causa—, y después de una ardua discusión, se concluyó finalmente en la *Cuba Libre* y... pan con morcilla: la solución debía estar, al mismo tiempo, al alcance de nuestros bolsillos; casi todas procedíamos de familias más bien modestas. Estrellita se encargaría de los sólidos; Silvia de Valdivia y Rosita de Parral, con algo más de 'roce social' y desplante que les venía de familia, comprarían el ron en la botillería, muy de barrio residencial, en Víctor Lamas; Yolanda de Talca y María Elena de Traiguén traerían la Coca Cola. Sylvia y Myrta, ambas de Punta Arenas y yo, de Temuco, nos ofrecimos para embetunar 'los canapés' y disponer el ara del sacrificio. El día D sería el sábado que se avecinaba. ¡No había tiempo que perder, si no queríamos ver nuestro brillante futuro profesional arruinado antes de haber siquiera visto la luz del amanecer!

Estrellita —para nuestra desgracia y posteriores padecimientos y lamentaciones—, estimó que con una morcilla (el doble de la tripa de 'paté' actual) y el pan de la cena tendríamos más que suficiente, puesto que la 'orgía' sería celebrada inmediatamente a continuación de ésta; en nuestro Hogar, y sin contar las 'onces' de por medio, la cena solía ser tan contundente como el almuerzo: entrada, una marraqueta o colisa a elección, dos platos de fondo, postre y agüita de hierbas. No estuvo claro si fue la insuficiencia de

sólidos a lo largo de la noche, la falta de costumbre, o que a Silvia y Rosita habríanles endosado un ron de graduación alcohólica triple; o, por efecto de la risa... El hecho es que terminamos las ocho, de dos en dos, de guata sobre los WC que eran cuatro, dispuestos en hilera en el extremo de la cabina opuesto al living, frente a las cuatro duchas, con los cuatro lavamanos en la base de la U. Allí vomitamos todo lo consumido y algo más luego de habernos arrastrado unas, bamboleado las otras, por el pasillo, arañándonos la frente o los lentes contra la base de los camastros de madera o los vértices de nuestros respectivos closets que separaban, junto con las repisas de libros, un cubículo del siguiente. Todo lo anterior... luego de la apoteosis orgiástica, en medio de la silenciosa noche hogareña: la quebrazón estruendosa, causada por una risa imparable que nos hizo caer de espaldas desde las banquetas contra el enorme ventanal que separaba la sala de estar de la terraza en palafito ide la intachable Cabina 3!

La señora Esther, alarmada por el estrépito, subió en camisa de dormir con su linterna en la mano y luego de verificar que no había heridas o contusas, se retiró sin decir palabra... En medio de la borrachera esto nos pareció altamente ominoso; el silencio no era usual en ella, acostumbradas como estábamos a escucharla refunfuñar y reprender de la mañana a la noche a tanta insurrecta reunidas todas bajo el techo de su digna dirección. Pobre señora Esther, ¡qué más podía hacer entre tanto barbarismo desalmado, sin conciencia! Y ahora ¡¡nosotras!!...

.....

El día siguiente nos sorprendió a todas alrededor de las 11 de la mañana aún en cama, sin aquello que no nos perdíamos ni por todo el oro del mundo: el desayuno dominical. Cuando alguna decidía flojear la mañana, entregaba un papelito a la otra para hacerse llevar el sandwich de jamón o queso extra y el pastelillo de día domingo. Ahora no había nadie disponible, ni siquiera Estrellita, quien, de más está decirlo, jamás se quedaba en cama los domingos. Agarrándonos las cabezas a dos manos las unas, tratando de espantar la desconocida resaca bajo el haz de la ducha caliente o fría las restantes, la hora del almuerzo nos sorprendió a todas luchando contra el reloj... No sobreviviríamos el día sin echar algo en nuestros revirados estómagos. ¡Y nadie parecía compadecerse de nosotras! Menos aún, comparecer en la puerta o asomarse por alguna de las ventanas de la cabina... ¡Ni tan sólo un alma samaritana proveniente de la Cabina 2! Sólo se escuchaba el silencio...

Efectuamos nuestra salida en masa (*la habíamos hecho en grande...*), en perfecta fila india (*...es verdad que todas las cabinas habían tenido su juerga, las más las tenían en forma periódica...*), con las doloridas cabezas muy en alto imaginándonos un libro sobre la corona como habíamos leído que hacían las modelos (*...¡pero ninguna había dejado taaaaaña embarrada!...*) y descendíamos lentamente, tratando de mantenernos lo más derechas que nos fuera posible, las interminables escalinatas que bordeaban —para nuestra creciente mortificación— las cabinas 2 y 1. Aguardábamos, como era de esperar, la primera risita, la primera carraspera, el primer comentario susurrado con tono

mordaz y en voz baja, aunque no lo suficiente como para no ser escuchado por nosotras. Con el rabillo del ojo vimos aparecer los primeros pies bajando desde el palafito de la Cabina 2; torciendo levemente el cuello, las primeras cabezas asomadas por las ventanas de cada cubículo por sobre los escritorios de la Cabina 1; como en sordina escuchamos los primeros pasos de las que venían de las cabinas 4 y 5, más encumbradas en el cerro que la nuestra, apresurando la marcha y pasando a nuestro lado... en absoluto silencio. Tímidamente, aunque siempre muy derechas, volteamos a mirarlas en la cara...

Poco a poco, la tranquilidad fue reemplazando a la aprensión. Los rostros que nos sobrepasaban por las escalinatas de piedra, aquellos asomados tras los cristales de los cubículos, los que descendían por las escalones de madera desde los palafitos..., todos, nos miraban con admiración, respeto, casi se diría... irreverencia! Algo más tranquilas, nos aprestamos a enfrentar la prueba más ardua: el vestíbulo del palacete rosado (*¡qué haría doña Esther!..., ¿cómo nos miraría?..., ¡nos enrostraría nuestra traición, su propia decepción!...*). Algunas de las que venían del primer o segundo piso desde el interior del palacete, demoraban su paso por el vestíbulo, pellizcándose un barrito imaginario en el espejo, inspeccionando la hoja de una planta que no veían (*¡uf! Gracias a Dios la señora Esther no estaba allí viendo pasar su rebaño, como todos los días...*), asegurando el cordón de un mocasín... mientras nos observaban de reojo con curiosidad y... la misma expresión, un poco distante, de respeto y admiración (*la puerta de la señora Esther, por el contrario... firmemente*

cerrada...); junto con el suspiro de alivio... nuestro corazón sufrió otra contracción. Pero ya los otros rostros que demoraban el traspaso de la verja de hierro hacia la empinada calle Los Aguilera y aquellos que formaban fila una cuadra más abajo a la entrada del comedor de Los Tilos, todos, advertidos sin duda de nuestra aparición..., mostraban la misma mirada, reverencial y tranquilizadora para nuestros corazones que iban recuperando progresivamente la normalidad de sus palpitaciones. Acallando un último suspiro de alivio, tomamos nuestras bandejas y nos dispusimos a ocupar nuestro lugar en la fila... Ilusión o no, parecía como si se nos abriera paso y se nos diera la preferencia ien lugar de las miradas de hielo, y los mal disimulados codazos y empujones a que estábamos acostumbradas!

Al minuto siguiente, el comedor bullía con el familiar zumbido de colmena, sepultando el silencio desacostumbrado que recibió nuestra llegada.

.....

La señora Esther hizo reponer, en silencio, el gran ventanal. Ni siquiera llamó a Estrellita. Y jamás nos lo hizo pagar. No volvimos a celebrar una tomatara ni nada que se le pareciera. Nuestras vidas universitarias retomaron su ordenado rumbo habitual. Y... no se nos volvió a molestar.

¿CUÁNDO, EXACTAMENTE, DEJAMOS DE SER PERSONAS?

¡Riiiiiiing!

Levanto el auricular y escucho el sonido inconfundible de una grabación con voz femenina: "Buenos días. Tenemos un mensaje importante para Ud. Por favor, espere en línea...". Mi primerísimo impulso es colgar el auricular. Tras haber sufrido el acoso (no sólo por teléfono, sino también por el correo estatal y el privado) de candidatos a elección o reelección, presentadores de programas de televisión, sistemas diversos de crédito, promoción de productos de toda índole, y encuestas, entre otros misceláneos, tal es mi reacción instintiva y un tanto alérgica al *ring* del teléfono en general y a las llamadas grabadas en particular. No obstante, la curiosidad femenina es más fuerte (ino vaya a ser algo 'realmente' importante...!). Tras algunos segundos, la grabación continúa: "Por favor, espere. Tenemos una ejecutiva que desea comunicarse con usted...". Comienzo a removerme, no obstante... sigo esperando. En línea, aunque la curiosidad va cambiando de tinte... Por fin, escucho una voz femenina en directo:

—¿Aló? La señorita xx, por favor?

—Un momento, por favor... —hago amago de depositar el auricular sobre la mesita para avisar a la persona requerida... pero algo parecido a la indignación (ya no me dejo dominar con frecuencia por la ira, aunque la indignación es superior a mí; acaso sería más correcto afirmar que pese a todo mi esfuerzo, el estado

de 'indignación' me supera, me sobrepasa; o, que la 'dignidad' es 'anterior' a mí), la indignación, digo, va apoderándose de mi ánimo y comienza a elevar la temperatura de mi flujo sanguíneo hasta hacer arder mis mejillas. Finalmente, no puedo dejar de decir lo que pienso:

—Perdone que le diga esto..., pero considero que es una forma bastante irrespetuosa de llamar...

Alguien cuelga abruptamente en el otro extremo. Vuelve a sonar el teléfono, levanto y digo "Aló" pero nadie contesta y cortan. Dos veces más, y a la cuarta ya no me molesto en descolgar. Aclaro que éste es un domicilio particular y no una oficina.

¿En qué momento dejamos de ser eso: P E R S O N A S?

Una de las reglas mínimas de cortesía, que durante años hube de respetar desde mis sucesivos puestos como secretaria de algún ejecutivo o simple departamento, consiste en que la persona que efectúa el llamado debe esperar en línea y no dejar esperando a la persona requerida, más aún si esta última se encuentra en un 'rango' superior a la persona que llama. No es este último el caso, aunque sí corresponde al primero de los mencionados.

Pues bien, en esta circunstancia sé de qué se trata. Es una llamada del Banco para recordar a una clienta el vencimiento de la fecha de pago mínimo de la tarjeta de crédito. También sé que se trata del segundo llamado, pues el primero llegó el lunes pasado 28 de junio, día sándwich entre el domingo 27 y el martes 29, feriado, ocasión en que la persona requerida se encontraba fuera de Santiago. Y trabajando, por lo demás, en la promoción y venta del sistema de vacaciones de tiempo compartido en alguno de los

llamados *resorts*; los cuales, por otro lado, no son otra cosa que un engranaje más de la descomunal maquinaria en que se nos ha insertado para gastar el dinero que no tenemos, y en la que están involucradas, en este caso, la industria del turismo y la industria de la construcción e inmobiliarias, entre otras, alguna de ellas acaso innombrable...

Ahora que, los Bancos, que tienen a las personas cogidas del cuello, puedan saltarse las reglas mínimas de cortesía, es una cuestión sobre la cual, con toda seguridad, habrá que legislar. Pues, últimamente, todo parece ser objeto de legislación, habiéndose transformado ésta en la única vía de que dispone el Hombre del fin de siglo para ordenar el caos creciente.

Yo, como Poncio Pilatos, me lavo las manos. Hace ocho años y algunos meses, devolví la tarjeta de crédito bancario... ¡para nunca jamás! (después de lo cual se me ha ofrecido, infructuosamente, la dorada, la platinada, la internacional, y el oro y el moro... en virtud de mi 'buen comportamiento' mientras fui parte del sistema). Y por allá por el año 1994, cerré mi cuenta corriente, una vez que comenzaron las dificultades con el saldo y no di mi consentimiento para abrir una línea de crédito; en forma abrupta y terminante, por lo demás, en los días que sucedieron al traslado de sucursal de mi ejecutiva de cuenta. Mujer, un poco menor que yo, madre de niños más pequeños que los míos, acostumbábamos contarnos 'nuestras cosas' en los escasos minutos durante los cuales, aprovechando la hora de colación, corría desde la oficina al banco y de éste de vuelta a la oficina para pedirle, en forma personal, que por favor le diera el visto bueno al cheque de la Compañía de Gas, o de

Almacenes París o de Falabella, algún viernes precedente al día del pago salarial. En lugar del rostro conocido y amigable, me vi enfrentada a una jovencita de unos 22 años, rubia, vestida y peinada como para ir a un desfile de modas, de rostro impertérrito, voz cortante y voluntad inflexible: "Creemos que es conveniente que abra una línea de crédito, ¡ahora!". No tuve elección. O pasaba a engrosar con mi centavito de arena las arcas, de por sí ya voluminosas, del Banco a manera de intereses, comisiones, IVAS y demases, o continuaba viviendo, en la práctica (como lo he hecho hasta ahora), de contado y al día, pero usufructuando de hasta el último granito de mi dinero. Del otro lado, tampoco los Bancos son instituciones de beneficencia. Como consecuencia de esta profunda contradicción vital y de una sesuda reflexión, y para no entrar en conflicto con el sistema, resuelvo cerrar mi cuenta corriente.

Hoy, creo que no es posible abrir una cuenta corriente sin que vaya acompañada, automáticamente, de línea y tarjeta de crédito. A mayor claridad, lisa y llanamente éstas le son impuestas al aspirante a cuenta-corrientista. (Luego vendrán los seguros de esto y aquello. En la Alemania Federal, viví durante cuatro años abismada por las dimensiones y la opulencia de los edificios pertenecientes a las compañías de seguros.).

¿Serán conscientes las autoridades de nuestro país, de lo que le están haciendo a este pueblo?...

Por otro lado, la ruptura con 'mi' Banco, el que conservaba aún el nombre de mi querida Concepción, y que fue ejecutor y testigo de tantas transacciones del dinero alemán que contribuyó a alimentar, vestir y educar a mis hijos, me dolió casi como una

separación matrimonial. Algo se rompió dentro —o fuera— de mí, una suerte de nexo o lazo estúpidamente sentimental que aún conservaba, a través de la institución bancaria, con la ciudad de mi primera juventud. Esto coincidía con la revolución 'puertas adentro' que venía experimentando desde que cumplí los cincuenta años y a la que la muerte de mi madre no hizo sino añadir más combustible... aunque de calidad muy superior en aquella desoladora circunstancia.

Debo decir, en honor a la verdad, que conservo aún dos o tres tarjetas de alguna tienda en caso que necesite de urgencia proteger mi rabo contra las inclemencias del tiempo, o que arremeta por allí uno de los dos únicos cumpleaños de que me ocupo y me sorprenda en descampado; o, que deje de funcionar alguno de los artefactos que contribuyen de manera eficaz a aliviar ciertas tareas domésticas cuando el cuerpo ya no responde, se resiente o rehúsa, de plano, a continuar desempeñando el aperreo del asno o del buey. Y, si ha llegado a escasear por ahí para llevar a la mesa, en ausencia de crédito alimentario, pues he disfrutado la maravillosa oportunidad de volver a degustar la carbonada de luche y el fricasé de cochayuyo que cocineaba mi madre en otros tiempos, tanto o más difíciles que los actuales.

Pido disculpas al lector por ventilar intimidades, pero sólo quiero asegurarme que se entienda por qué insisto en lavarme las manos. Como habría dicho Emerson —*"transformándose durante cinco y olvidados minutos en un precursor de Nietzsche"*, según Ludwig Lewisohn—: *"No me habléis de mi obligación de mejorar la situación de todos los pobres. ¿Son acaso mis pobres?..."*

“¿Son acaso mis pobres?” La frase resplandece, magnífica. Centellea como un diamante... quien quiera que sea quien la haya dicho. Cito a Lewisohn, pues no he leído a Emerson en profundidad y mis lecturas de Nietzsche son insuficientes. No necesito quemarme los ojos para descubrir la gema donde sea que ésta se encuentre luego de haber pasado de mano en mano a través de los siglos.

Volviendo al origen de esta disquisición, reflexión, reacción, rebelión, o 'revolución puertas adentro', como quiera que el lector y los eruditos escojan llamarle, no puedo dejar de referirme a las esperas en línea a que nos someten las mismas instituciones bancarias y otras empresas, cuando es el cliente quien trata de comunicarse con su ejecutivo de cuenta o con algún funcionario, vendedor, técnico en software o alguna otra especialidad, o con un simple oficinista. Y no hablo aquí sólo de cortesía, sino de dinero: contante y sonante, que no del otro (ese mismo, el de plástico). ¿Ha calculado el lector en qué medida su cuenta telefónica consume y se consume en estas prolongadas esperas, tan sabiamente programadas y aderezadas con música, agradable o no al oído? Y... ¿a quién terminan beneficiando estos minutos interminables?

Lo mismo puede aplicarse al sistema de aviso de llamado en espera. ¿Ha reflexionado el lector cuánto malestar puede soportar su interlocutor —¡cuántas veces, un amigo!— cuando Ud., sí, Ud. mismo, le deja esperando en línea para atender un segundo llamado? Para no hablar del consumo obligado al que se está sometiendo a uno o dos de los tres consumidores al mismo tiempo,

tiempo del cual sólo se ocupa la mitad en *hablar* efectivamente. ¿Y el sistema de buzón de voz ¡absolutamente gratuito! y que Ud. ni siquiera tiene necesidad —o la alternativa— de contratar pues, sencillamente, se le impone? La mayor parte de las veces, no hay mensaje. Sí queda registrado el llamado, cuyo importe, de cargo de la persona que efectúa el llamado y quien ha tenido la desgracia de encontrarse con una grabación que no tiene la menor intención de contestar, pasa automáticamente a las voraces fauces de la compañía telefónica.

¿Es capaz de soportar el lector, todavía, una breve referencia a la telefonía celular? Creo que no. Tal vez esté ocupado intentando cruzar por el medio de una calle a pie y de escuchar, al mismo tiempo, entre el ruido del tráfico, una voz que le avisa que su mejor amigo acaba de morir atropellado... O, haciendo virar el automóvil en la esquina y esquivando apenas, entre maldiciones reprimidas, al peatón que intenta cruzar por la línea de cebra quien resulta ser el amigo con el cual está hablando, ambos conectados a la misma línea telefónica móvil... O, acaso esté conociendo a los padres de la polola por primera vez durante un almuerzo en el que la dueña de casa ha consumido buena parte de su tiempo y ha puesto todo su 'cariño' en la preparación de un plato de repostería que el invitado de honor engulle entre una llamada de negocios y la siguiente: "*Ud. sabe. Uno que pestañea, y se le va el negocio. Hay todos estos (agitando los dedos) competidores a la expectativa*". En tanto, la dueña de casa observa, abismada, cómo el fruto de su dedicación pasa, sin pena ni gloria, directo a las paredes estomacales sin rozar siquiera las papilas gustativas del yerno en

prospecto... O, acaso se encuentre disfrutando una cena íntima con su novia, con el celular pegado al oído en cuyo otro extremo algún amigo despistado lo invita a una 'movida espectacular'... O, simplemente, sentado en su living o tendido en su cama, con el teléfono convencional inactivo a su lado: "tal vez suene de un momento a otro. Alguien podría llamar..." en tanto marca frenéticamente en el celular los números de Pedro, Juan y Diego pues mañana vence el plazo de pago del mismo y le quedan todos estos minutos aún disponibles... sea cual sea el monto que le haya pintado su amiga, la telefónica.

Bien. Dos cosas podrá atender mi estimado lector en forma simultánea. Pero ¿tres? De manera que dejo la tercera para otra ocasión... Entretanto, obsequio a mis lectores con un epigrama escrito entre los años 1994-1995, la fecha no tiene la mayor importancia en este caso. Creo...

PROGRESO Y DESARROLLO

*Vamos progresando,
no se puede desconocer.
Al Hombre no se le mide hoy por el volumen
de su cuenta corriente,
sino por la cantidad de tarjetas de plástico
que exhibe en la billetera.
Tampoco tiene importancia la cantidad de dinero
que tenga en el Banco.
Ni siquiera si lo tiene o no.
La verdad,
ni siquiera si tras el nombre en la cuenta
existe... el Hombre.*

Como corolario, y en honor a la verdad, me veo en la obligación de registrar el siguiente hecho, real, verídico, como casi todo lo que escribo: durante el día siguiente a la llamada automatizada que dio origen a esta sobre nutrida disquisición, se recibe una tercera llamada del Banco. Esta vez es la misma persona —la misma ejecutiva de las dos llamadas anteriores, con seguridad— quien, de viva voz, saluda y solicita, con mucha amabilidad, hablar con la señorita xx. Con igual amabilidad, la comunico de inmediato con la persona requerida.

¡Aún tenemos Patria, ciudadanos! Al menos, eso creo...

LA MEMORIA INSURRECTA

CASAS Y COSAS SIN HISTORIA

En la casa de mis padres no se encontrarán objetos refinados, prendas de vestir de épocas remotas, muebles de antiquísimo estilo o elevado valor material; ni platerías ni porcelanas, ni retratos de antepasados ilustres o encopetados; ni tan siquiera una historia familiar, rancia y con olor a desván.

Todo cuanto va quedando es un patio abandonado y sucio en donde languidecen un cerezo y un durazno. Unas cuantas habitaciones cuyos pisos de madera lustran hoy otras manos femeninas, y algunas flores o plantas que tampoco han sido plantadas o cortadas por la mano de mi madre. Un balconcito cuyos maderos resquebrajados y agrietados —en mi memoria, recién cortados, lisos y fragantes con fragancia de pinos en manos de mi padre— se desplomarán un día cualquiera sobre la calle. Calle donde también un día cualquiera de los tiempos idos, él se empinó a hablarle al mundo de la justicia y la igualdad en dos cuadras a la redonda, de pie sobre una silla hechiza con asiento y respaldo de madera terciada, entre una carraspera suave y discreta y la siguiente para vencer la timidez; en tanto mi madre escuchaba y cosía interminablemente prenda tras prenda junto a los visillos de la ventana.

Todo borrado de la memoria. No hay historia, no hay tradición.

Tampoco hubo historias ni leyendas de maravilla o de espanto, contadas al calor de la chimenea sobre rodillas maternas o en grandes cocinas ante un fogón alimentado por sirvientas cuenta-cuentos. Ni tan siquiera, envueltas en los efluvios insalubres de un brasero de carbón de piedra que hayan servido éstos para mitigar la humedad de las sábanas de saco de harina que se adherían a la piel con su abrazo gélido y viscoso. No hubo tiempo. La vida misma, escueta, rigurosa, mojada de lluvias y helada de escarcha en los inviernos, calurosa y sofocante en el estío, y una madre exhausta encadenada al pedal de la costura de por vida no engendraron nada que alimentara la fantasía, la imaginación, o los sueños.

En la que fuera la habitación de mi madre alguna revista de modas, vieja y estropajosa, asoma por ahí sus tapas ajadas y hojas amarillentas, entre un libro-texto de Santillana en desuso y alguna revista PAULA actual, brillante y lustrosa de cuatricromía y barniz, olvidada por alguna vecina o comadre de mi hermana. Hurgando otro poco asoma una EVA antigua, sobre cuya portada mate resaltan los ojos azules y el joropo ensortijado y engominado de "La Guagua Vitalmín 1949"; de entre sus páginas caen unas recetas de "La torta del pobre" y el "Tronco vienés" copiadas a mano a pedido de mi madre. Reconozco la letra algo forzada y la esmerada ortografía de estudiante secundaria a punto de egresar, sobre una hoja de cuaderno que desluce ahora igualmente amarillenta, con manchas de grasa oscurecidas de polvo y las orillas carcomidas; al reverso, las medidas corporales de alguna clienta anotadas con la caligrafía apresurada de mi madre —quien

no sabía de la existencia del acento ortográfico y a veces trastocaba el uso de las eses y las zetas— antes de ser traspasada al cuaderno Siluv empastado en tapas de cartón forrado, moteado de azul.

Revistas, recetas, apuntes de modistilla, todo desechado por el espíritu práctico de mi hermana menor en su afán de un nuevo orden. Borrando, en su maravillosa inconsciencia, todo cuanto amenace evocar materialmente el recuerdo de los fundadores de la casa paterna. Dueña y patrona absoluta hoy, a manera de prerrogativa de minorazgo femenino y 'solariego'. Fundadora de un nuevo clan sin memoria, sin tradición, sin historia.

Más recetas y 'medidas' sobre viejos formularios en desuso de los Ferrocarriles del Estado o de Weir, Scott S.A.C. proporcionados, con seguridad, por mi padre, quien todo lo recogía y a todo le encontraba el uso. En honor a esta costumbre —precursoramente ecológica para aquellos tiempos—, hoy me complazco —ante la aprensión de mis hijos— en recoger de las calles algunos cuerpos «E» y una que otra REVISTA DE LIBROS desde que éstos fueron escindidos en la edición dominical—con qué oscuros o transparentes propósitos, no tengo el menor interés en dilucidar—. En lugar de contribuir y aumentar la tirada sabatina, me he unido a los cartoneros... o acudo a las bibliotecas cuando la basura escasea en las calles.

Unos cuantos libros baratos que pertenecieron a mi padre, adornarán la pequeña estantería ensamblada por él mismo con tablas de pino y reclamada por mi hermano menor que ha separado casa, junto con la colección o empaste de alguno de los

numerosos semanarios que sí incendiaron efímeramente nuestra imaginación infantil durante los años '40 y '50. Este mundo de utilería, no obstante, no tuvo la raíz ni la savia para impregnar o nutrir la realidad diaria, así como tampoco dejó huella en el espíritu; como si este último hubiese intuido tempranamente la diferencia entre el rígido cartón-piedra del escenario y la madera flexible y olorosa de los bosques. Recuerdo que mi padre, junto con Lenin y Marx y la HISTORIA DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL, leía interminablemente novelitas de *cowboys*. Mi madre y yo devorábamos las CONFIDENCIAS, MARGARITA y ROSITA, y la EVA y la CENICIENTA y la PARA TI. (Siempre me cuestioné, entre otras cosas, por qué los artículos para conquistar pareja o conservar al cónyuge, habían de ser dirigidos, sin excepción y en forma exclusiva, a las mujeres; por mucho que atendí, a lo largo de mi vida —siempre a la expectativa, esperando dar por ahí con alguna gema en espera de ser descubierta—, nunca encontré un recetario elaborado para los hombres; a lo menos, no con la persistencia con que se aconsejaba —por no decir 'condicionó' o 'acondicionó'— a las mujeres de mi época.)

Con mis hermanos me trencé alguna vez por la revista de historietas OKEY; con mayor frecuencia por DON FAUSTO; y por EL CABRITO y EL PENECA, y también BILLIKEN cuando más pequeños. Pero yo, adoraba en forma especial la revista en miniatura SIMBAD, acaso por su tamaño, tanto como para zampármelo muchas veces antes de hacer las tareas escolares como quien se devora el postre antes de la cena; únicas ocasiones en las que mis manos volaban prestamente tras la espalda cuando mi madre transitaba como

ventolera entre la máquina de coser y la cocina de leña, atravesando el dormitorio que compartí con mi hermana menor y en cuyo centro hubieron instalado finalmente mi mesita de estudio. Mi madre debió haberme conocido del revés y del derecho: jamás intentó mirar qué se ocultaba tras mi espalda, bajo la rojez de mis mejillas o en el fondo de mis ojos brillantes de emoción y culpabilidad. Y la única vez que me propinó un bofetón —no recuerdo el motivo; barrunto, en respuesta a mi soberbia—, retrocedió avergonzada y apartó la mirada tanto o más sorprendida y dolida que la mía propia. Sin embargo, cometió un error descomunal, o tuvo un extraordinario acierto —involuntarios ambos, o indicio de la intrínseca e ignota sabiduría de las madres—, cualquiera de aquéllos o ésta sea lo correcto: jamás me envió a la Avenida Alemania a dejar un vestido, ni a la Maestranza de mi padre a dejarle las viandas... Como si el aprendizaje de la vida hubiese tenido que ser retardado al máximo y apurado hasta la última gota, sin prejuicio o resentimiento previo o prematuro. Entre otra de sus misteriosas decisiones estuvo la de matricularme (sólo a mí, ¿por qué no a mi hermana o junto con ella?) en la escuela de monjas... Como si a mi alma le hubiese sido esencial atravesar aquella prolongada noche blanca —o, negra dependiendo del ojo de quien la mire— del ateísmo, resultado no programado de la pretendida formación religiosa, antes del despertar espiritual.

Los habitantes de esta casa, tampoco hablan de los muertos. La vida fluye y nuevas risas brincan y rebotan por la vieja escala de pino, cortada y escofinada, lijada y pulida, ensamblada y claveteada por los vecinos albañiles, los hermanos Valenzuela, tan

numerosos que algunos de sus miembros se me escapan de la memoria y de los cuales tampoco ninguno sobrevive, por su parte, para contar su propia historia. La historia de la casa vieja de los Valenzuela —apenas una mediagua, con parches por aquí y emplastos por allá remedando comedor y dormitorios— y que ya no existe; junto a los tijerales (entre cuyos palos se ocultarían mis hermanos mayores para fumar los puchos *Favorita* recogidos en la calle, bajo la mirada mansa y el silencio cómplice de la anciana señora Nieves) bien comidos y regados, con bandera y todo, de la casa nueva, grande y de dos pisos, que nunca llegó a ser y que ya tampoco existe; en el lugar de ambas, la casa vieja y la casa 'nueva', un enorme galpón aloja una barraca de esas contrahechuras que hoy llaman madera. La historia de la Yola, la menor de los Valenzuela, que murió de viudez y vejez y maternidad frustrada a los pocos meses de haber sepultado al marido joven y enamorado quien le insuflaba la energía necesaria para vivir. La historia de su hermano Nazario que murió botado en la calle Basilio Urrutia, de frío y trago cuando ya no tuvo a la madre, la señora Nieves, quien cohesionaba al vastísimo clan alrededor de sus ropones negros de viuda eterna, ni a ella misma, la hermana casada y feliz que lo mantenía limpio, bien vestido y alimentado; y cuya mirada de “Cristo que sufre” —como es costumbre decir—, levantada lastimeramente desde el suelo, estremeciera a mi hermana un día de éstos en que ésta apresura el paso por el viejo barrio de la Estación con su canastito de artesanías de imitación y los últimos remiendos y arreglitos de costura apretados bajo el brazo. (Ya ni siquiera hay costuras, con

tanto trazo importado de Corea, Taiwán y la China "todo a mil", de Europa y los Estados Unidos "como nuevo"; o "prete-a-porter" del C&A de Alemania en las grandes tiendas y en 'cómodas cuotas' hasta 24 o 36, o convenientemente 'repactables' cuando el pellejo está a punto de rajarse.)

No... Ni los Valenzuela, ni los Ortiz, ni los Martínez, ni los Soto ni los Venega tendrán una estatua, un monumento. Sus nombres no bautizarán las calles ni serán mencionados en los libros de Historia. Sus frágiles construcciones no sobrevivirán a los cataclismos telúricos o al paso del tiempo como lo hicieron los baños patricios romanos o las pirámides de esta y la otra latitud.

Como tampoco se escribirá en la Historia los nombres de aquellos que murieron anónimamente en las salas postoperatorias de los hospitales durante los años represivos, víctimas de 'coma diabético' o 'septicemia'; éstos no tendrán una avenida, una calle, ni siquiera un pasaje que lleve su nombre, escrito con letras blancas sobre un fondo azul como el cielo de la patria.

Todo es vacío, soledad y silencio en el suave resuello de esta casa que envejece y que terminará, inevitablemente, por echarse sobre la tierra, exhausta, o derribada un día cualquiera; y en un patio que se asfixia encajonado entre murallones, barracas y bodegas de trupán por un lado y poliuretano por el otro, los que han terminado por robarle hasta el último rayo de sol a aquel pedazo de tierra donde una vez floreció el huerto de mi padre.

.....

Dos objetos he reclamado a la muerte de mi madre que sucedió en trece años a la de mi padre: el viejo arcón en el que ella guardaba el pan amasado, y su máquina de coser. Para ganar el escritorio 'hechizo' de mi padre, deberé sobrevivir a la propia arrogancia, un tanto mezquina y egocéntrica, y a la tenacidad que es más fuerte que la mía —la tenacidad del sobreviviente—, de mi propia hermana...; lo cual es poco probable. Es posible que aquél termine hecho astillas en alguna estufa o desmembrado en algún vertedero público, como debe haber sido el destino de la pequeña mesa redonda donde hice mis deberes de niña y adolescente y que tuve la ocurrencia de reclamar sólo cuando ya era demasiado tarde.

En la 'caja del pan', que tiene la particularidad —y el valor material, intrascendente para mí— de haber sido manufacturada hace más de sesenta años con madera de patagua, voy depositando, entre algunos recuerdos pequeños, insignificantes, unas cuantas fotografías, mis libros de poemas que dormitan su anonimato, su no-existencia, y algunos cuadernos y libretitas de apuntes cubiertos de borrones, manchas de lavazas y olor a cebollas, como los cuadernos y las hojas con medidas de clientas y recetas de cocina de mi madre.

.....

EL DULCE Y LA MONEDA

Permanezco sentada ante la máquina de coser de mi madre. Sospecho que le debo gran parte —si no acaso la totalidad— de mi... 'educación'.

En el cajoncito superior del lado derecho reposa, protegida por una funda de plástico blanco, una cajita de cartón de un color verde oscuro, amarrada con un trozo de cuerda de nylon. Sobre la tapa, un filete rectangular de color rojo encierra en su centro la marca SINGER en grandes letras también de un rojo vivo aún. Sé que si desanudo el cordelito y abro la tapa, un olorcillo inconfundible de las cosas guardadas por largo tiempo inundará mis sentidos.

Desanudo y abro.

Aspiro profundamente con los ojos cerrados, por algunos minutos. Luego, miro...

Una maraña de piezas de acero bruñido, intrincadas y resemebradas de tornillos y pasadores diminutos, platinas apernadas de un acero azul cobalto, misteriosas ruedecillas, minúsculas escalas o reglitas milimetradas y palanquillas y prensatelas de todas las formas imaginables, se enrosca como las raíces de una planta araña en un macetero demasiado estrecho. Sólo que estas raíces... están comenzando a ser corroídas por el óxido. Piezas que mi madre jamás usó; pues, gustaba de hacer con sus propias manos los fruncidos y rizados, ojales, pliegues y repujados, respuntes, alforzas, dobleces y encandelillados.

Bajo la cajita, envueltos a su vez en otra funda de plástico blanco, dos manuales alargados y estrechos. Sobre el verde oscuro de las tapas casi deslomadas del primero, las letras negras apenas se distinguen dentro del recuadro, una línea triple de color negro; bajo el borde superior se lee, a la izquierda *Form. 19192—Spanish (Re. 841)*, a la derecha *Impr. en E.U. de N.A.* En el centro, más

abajo, *Instrucciones para el Uso y Cuidado de las Máquinas de Coser "Singer" Núms. 15-88 y 15-89*. Bajo éstas, la gran S rojo sangre, gorda, ahíta, satisfecha como una sanguijuela, enroscada sobre la imagen tenue, apenas delineada, casi desvanecida de una mujer joven sentada a la máquina de coser.

Imagino este manual más nuevo, impreso en papel couché brillante, acompañaba al moderno motor eléctrico adquirido tras años interminables de incesante pedaleo.

Del segundo manual, más antiguo y desprovisto por entero de sus tapas, desprendo un alfiler oxidado y despliego una boleta de compraventa. Fechada en Valdivia el 10 de Septiembre de 1942 y extendida a nombre del señor Cecilio Martínez (*sic*) G. Impreso en el borde izquierdo el logotipo, la misma S, también en rojo sangre aunque en dimensión redoblada, bajo el nombre de la compañía *Singer Sewing Machine Company*. En el borde inferior derecho, la firma en tinta azul: Klaassen, con la primera s algo borroneada y casi deslizándose por debajo de la segunda.

Pliego cuidadosamente la boleta y cojo este manual viejo. Si abro sus páginas de papel couché blanco mate, exhalarán el mismo olor secreto e intenso de la cajita de cartón.

Las abro.

El aroma me hace retroceder, de golpe, cincuenta años.

.....

Es una de esas raras ocasiones en que los padres han salido juntos.

Ahí está, a los pies de la cama en el dormitorio de mis padres: la

máquina de coser de mi madre...

Me acerco con cautela... La casa está en silencio... (*mis hermanos, ocupados en alguna nueva barrabasada, de seguro*). Mis manos de niña de 8-9 años comienzan a registrar, uno tras otro, los cajoncitos. Como saliendo de un arcón de maravilla desbordan por mis dedos pequeños tesoros, como el recuento de gemas del bucanero en el último número de las revistas DON FAUSTO o SIMBAD.

Un botón sobrante, de vidrio facetado como un diamante, gira y refulge entre mis dedos, atrapando hasta la infinitud todas las gamas de colores de los trozos de tela esparcidos sobre la mesa y de las prendas que cubren las paredes del cuarto vistiendo colgadores de madera y suspendidas de sus clavos cual pinturas señoriales... Una flor de mostacillas de vidrio coloreado y lentejuelas metálicas cosidas sobre un trozo de tul negro, escurre entre mis dedos el peso de sus piedrecillas y laminillas; es preciso depositarla cuidadosamente sobre la cubierta de madera de la máquina para contemplar cómo se reacomodan los arabescos multicolores desplegando la corola, el tallo, las hojas... Un pan de tiza blanca, aplanado y lustroso, sobre cuyas superficies los dedos de mi madre han dejado una pátina grisácea y pulida de tanto marcar cientos de cortes de ricas telas sobre la gran mesa de la cocina... Tres canutos con restos de hilo de filosedo blanco nacarado, rosa y celeste, con los que mis dedos finos y diestros dibujaron un exquisito bordado sobre la camisita de bebé y el babero en la última labor manual del colegio de las monjas para la exposición de fin de año; o, entretejieron con infinita paciencia, para el trabajo manual del Liceo en algún año posterior, el canesú

calado de la blusa blanca de batista, que mi madre terminó ensamblando y cosiendo en esta misma máquina... Junto a los filamentos de seda, una bolsita de celofán trasluce restos de cintas de seda o raso brillante, valencianas de tul y organdí, pasacintas, puntas de encajes y adornos de broderie, un resto de strass... Una agujeta de hueso color marfil con la que mi madre teje el frivolité cuando se encuentra incómoda con las manos ociosas —acaso por un momento hastiada, fatigada, rendida, luego del último vahído y ahogos y palpitaciones del corazón que la hicieran colapsar sobre la máquina y que obligaran a uno de mis hermanos mayores a correr hasta la farmacia de la esquina en busca de las gotas de valeriana...

Con el corazón propio algo oprimido, el contenido del cajoncito inferior atrapa ahora mi atención con un relumbrar de carretes de acero para guiar el hilo bajo el pie de coser y de carretillas de madera para enhebrar sobre el brazo metálico; los colores se multiplican e irradian como un arcoiris de infinitos matices, tan variados y numerosos que desaniman el primer impulso de contarlos sólo por ver cuántos son... Una colección de agujas de crochet dispersa sus arponcillos niquelados y relucientes entre botones de hueso y de madera de todas las formas; algunos triángulos o rectángulos de terciopelo negro, rojo, verde y azul, suave, peludo y mullido al tacto hace fluir la saliva en el interior de las mejillas...

Succiono mis carrillos doloridos y trago saliva mientras entrebro el compartimiento alargado del centro, por encima de la rueda y el pedal... Pequeñas madejas de hilo de bordar desbordan

sus colores unidos o matizados, como el azul-celeste del último mantel de granité que mi madre me pidió bordar en punto de sombra para atender a alguna visita ocasional en la hora de las onces. (Mis ojos vuelan a la ventana y se sumergen en la blancura lechosa de los visillos: la visita anual de la Elenita y su hermana, dos modistillas solteras cuyo pelo ralo y requemado de un castaño claro entre rubio y colorín deja traslucir el cráneo marfileño y lustroso de encierro en el modesto taller arrendado en el centro, en la calle Portales; visita que retribuimos con exactitud una vez en el año, durante uno de los primeros domingos de primavera. Sobre la mesa aparecen, como por encanto, platos rebosantes de sopaipillas relucientes de miel, o de calzones rotos, dorados y crujientes, espolvoreados con azúcar flor, cuando no jugosos picarones amarillos de zapallo, esponjosos, impregnados en el jarabe almibarado de la chancaca; o el *kuchen* de mantequilla, miga y azúcar sobre el cual mi madre distribuye simétricamente torrijas redondas y delgaditas, económicas, cortadas de un único y solitario plátano, o unas cuantas cerezas tomadas del árbol frente a la cocina. Todos manjares de absoluta improvisación, pues la visita jamás es anunciada con anticipación, primera regla de oro de la amistad entre mujeres modestas y trabajadoras. Segunda regla: las visitas no exceden jamás de una por año...).

Trago la saliva que la evocación de los manjares ha hecho afluir en mi boca... y vuelvo la atención desde la opacidad de los visillos a los cajoncitos del lado derecho: ataditos de cierres eclair multicolores, ordenados por tamaño, y otros de elástico blanco de diferentes anchos, junto a parches de tela recortados con prolijidad

para el remiendo familiar... nada interesante. Desprendo uno de los cierres y hago correr la pequeña abrazadera por entre los dientes metálicos, abriendo y cerrando, lento, disfrutando el suave frotamiento, el sonido ligeramente áspero que se desprende del roce... hasta que mis carrillos recomienzan a salivar. Repongo el cierre con algo de brusquedad y trato de volver todo a su lugar.

De pronto, un brillo mate, casi ennegrecido, resalta sobre la madera terciada del fondo del cajoncito...

¡Una chaucha! (*olvidada, con seguridad...*). La levanto y hago girar entre mis dedos (*de seguro, nadie sabe que está allí...*), la efigie del padre de la patria rueda entre mis dedos como una minúscula cabeza guillotizada (*tu madre debe haberla olvidado ya...*); le doy vueltas y la guirnalda de copihues gira, a su vez (*¡veinte centavos! De seguro alcanzan para dos o tres caramelos de miel... o un puñadito de pastillas de violeta...*).

Perdido ya el interés en los cajoncitos restantes, los que quedan sin investigar, me levanto con lentitud y camino hacia la puerta de calle en el cuarto vecino, que es comedor y sala de pruebas para las clientas a la vez; la mirada prendida en el número 20 encerrado entre copihues.

La moneda ya no da vueltas, asegurada entre los dedos por la fuerza de la mirada (*el caramelo de miel... ¿o las pastillas de violeta?*). Entreabro la puerta de calle y me quedo allí, con la mano en la manilla y un pie en la abertura (*nadie se dará cuenta. ¡Anda!, nadie sabe de la existencia de esta moneda...*). Abro un poco más (*mi madre... tal vez le sirva, acaso la necesite...*). Algo así como una congoja me aprieta el corazón y retrocedo (*¡ella no sabe! ... Las*

pastillas de violeta, definitivamente. Te gustan mucho las pastillas de violeta...). Entreabro nuevamente la puerta y avanzo un pie... (*ino, esto no está bien! ... No debes...*). Recojo el pie y entrecierro la puerta (*pero, ¡las pastillas! Huelen a violeta y saben a anís...*). Las aletas de la nariz se dilatan..., la saliva amenaza ahogarme si no trago... Abro la puerta, atragantada (*ino! ... ¡No puedes! ...*).

(¡Diablos! ¿Por qué hay tanto silencio en la casa?...).

Cierro. Abro. Mi cuerpo se adelanta. El corazón bombea dentro del pecho, frenético... (*¡No!*). Retrocedo. Cierro (*las pastillas...*). Entreabro débilmente (*violetas... anís...*). Me quedo allí, con la puerta apenas entreabierta, el cuerpo enhiesto y los pies enraizados, mirando hacia la calle...

Finalmente, cierro la puerta con suavidad.

No hay pesadumbre, más bien... un ensanchamiento del pecho, un calorcillo; finalmente, una rara quietud.

.....

Tengo sólo ocho o nueve años... Volveré a ser tentada, sin duda; y habré sucumbido, de seguro, alguna vez. Aunque, no habrá tentación más poderosa que el dulce de violeta, ni lucha más ardua que aquélla sostenida contra el cobre ennegrecido de una moneda que no me pertenece.

EL AÑO EN QUE VENDÍ MI ALMA AL DIABLO POR UNA FALDA Y UNA BLUSA MÁS UNAS CUANTAS MONEDAS

Corría el año..., acostumbran comenzar algunos relatos.

El año 1964 no corría, galopaba en las patas desenfrenadas de los caballos de distintas pelambreras que habían entrado a la carrera al término de la segunda guerra mundial. Al pasar del tiempo algunos quedarán tendidos en la pista, otros habrán llegado a la meta y prosiguen hoy —septiembre 2001, después del 11— desalados, habiéndola perdido de vista como si hubiesen pasado de largo sin percatarse de que había que poner fin a la carrera...

Bien, el hecho es que en aquel enero estival de 1964 el Hogar Universitario Femenino había cerrado sus puertas por vacaciones, y para las egresadas de la Universidad de Concepción de una vez y para siempre. Pero estaba por delante la Escuela de Verano... Por tanto, volver a casa recién iniciadas las vacaciones no apetecía, había que mantener las alas en movimiento, no fueran a atrofiarse a raíz de la prolongada inactividad. Costaba hacerse a la idea que los estudios habían llegado a su fin y que faltaba sólo aquel año para escribir la memoria de título y graduarse. No obstante, tampoco era cosa de hacer cargar con un año adicional a los

padres, de por sí ya bastante recargados con cinco hijos, entre ellos ésta ia quien se le había ocurrido estudiar en la universidad! Con un mísero salario de obrero más las costuras a marchas forzadas y noches en blanco de la madre, ya habían hecho más de la cuenta. Pero... iel curso de verano era demasiado tentador! Y, habría que pagar pensión..., a lo menos por un mes completo, antes de tomar el tren hacia las últimas vacaciones de estudiante.

Preciso era, pues, buscarse un empleo rápido, y a vuelta de vacaciones otro algo más estable que permitiera avanzar al mismo tiempo en el seminario-memoria.

De modo que comencé por vender mi alma al Diablo desde el mismísimo primer trabajo remunerado.

Claro que entonces no lo supe. Rara vez el Diablo se presenta con tridente, cuernos y cola de diablo. Por no decir jamás. Pero eso yo tampoco lo sabía y esto sí era mi culpa. La verdad es que de tanto escuchar hablar a las monjas en la Primaria acerca de las tentaciones de Satanás, y del fenomenal castigo de Dios, mis tiernísimos oídos habíanse cerrado un día de golpe y saber no quisieron más de uno o del otro...

Y bien, estaba aquel aviso. Requerían jóvenes y muchachas, de preferencia universitarios, en la Planta Embotelladora de Cuatro Esquinas. Para quien no conoce Concepción y sus alrededores, el cruce Cuatro Esquinas constituía la puerta de entrada a nuestra incipiente Cuenca del Ruhr o, lo que viene a ser lo mismo, nuestro Triángulo de las Bermudas, es decir, la zona industrial entre Concepción, Hualpencillo y Talcahuano. Allí, en la intersección de las avenidas Gran Bretaña y Las Golondrinas, se cortaban en cruz

los caminos que conducían en cuatro direcciones a las diversas industrias que iban repartiéndose entre Bahía San Vicente y el río Bío Bío. Se llegaba al cruce virando hacia Hualpencillo por Avenida Las Golondrinas desde el antiguo camino a Talcahuano, o calle Colón como pasó a llamarse a la postre, cuando ciudad y puerto se dieron la mano primero entre grandes casonas con pretensiones señoriales y suntuosos parques, algunas casitas dispersas luego, unas a la calle, las más al fondo de un jardincillo, y más tarde las villas modestas de residencia, el comercio, los talleres de reparaciones, oficinas, y una que otra pequeña industria local. Porque las grandes industrias estaban instalándose más allá o alrededor de Cuatro Esquinas.

La Embotelladora de entonces ocupaba una planta baja de madera, provisoria, levantada justo en el ángulo suroeste de Cuatro Esquinas.

Huelga decir que pasé el 'examen de admisión' como por un tubo: estudiante de inglés icuán *ad hoc!*, en la flor de la edad y nada de mal parecida. De seguro mencioné también en la entrevista, que el dinerillo lo necesitaba para el curso de Literatura Norteamericana en la Escuela de Verano de la Universidad. Resumiendo, caí parada...

Nos regalaron el uniforme, en el que las muchachas del grupo no cabíamos de contentas: falda y bolero de color verde entre musgo y palta, blusa blanca de algo parecido a la seda, vaporosa y fresca. Estudiantes entre pobretonas y menesterosas, aquella tenuta nos vino aquel verano icomo caída directamente del cielo!

El trabajo lo vimos extremadamente fácil. Consistía en visitar los

barrios de la zona, casa por casa, invitando a los pobladores a que hicieran uso de una promoción inusitada y única (para aquellos tiempos): "¡...un verdadero regalo! ¡Para Ud., sólo para Ud.!", a lo que las gentes corrían, las madres con las guaguas prendidas al pecho, los niños a pata pelada, el pelo hirsuto y los mocos colgando, unos gritando, otras faltas de aliento, hasta el camión que nos seguía cargado con jabas de bebida.

"¡Aproveche, compre! Ud. compra una botella grande de Coca Cola de un litro, y Coca Cola le regala una segunda botella igual llena! Ud. paga sólo el envase! y se toma el contenido gratis! Imagine... ¡una botella grande!" (eran los tiempos de la ahora célebre botella chica de vidrio; apenas sí existía aquélla de un litro, la de la promoción; las botellas familiares y las desechables de plástico no se vislumbraban aún por ninguno de los cuatro horizontes).

"¿No tiene botella grande? ¡Consígase una con la vecina, no desperdicie la oportunidad! Si la vecina no tiene una botella vacía, que desocupe una de las que acaba de recibir y que se la preste!". Las eventualidades iban siendo expuestas y solucionadas con trucos como éste en las reuniones matinales de cada jornada en la Planta de la Embotelladora.

Toda la ciudad y sus barrios y poblaciones periféricos, mapeados y divididos en sectores, iban siendo acibillados a alfilerazos día a día en la pared del Gerente Comercial sin que escapara ni la más mísera choza. Andábamos en parejas, como los jóvenes mormones y los Cuerpos de Paz, y llevábamos una chapita redonda en la solapa, con el logotipo de la Coca Cola, símbolo de nuestra futura,

gozosa esclavitud. Ni siquiera el color de la chapita, rojo, me hizo sospechar (según las monjas, el Diablo era rojo, rojo, y en su forma humana se comía a los niños asados...). El Gerente, un joven ejecutivo alto y delgado, tenía cara de buena persona, su trato era cordial, amable y no escatimaba el reconocimiento ni el halago de nuestros logros. Todo lo cual mantenía nuestro entusiasmo, nuestra motivación en continua efervescencia como las burbujas de la gaseosa en cuestión.

En sólo quince días arrasamos la ciudad y sus alrededores inundando la zona con botellas de Coca Cola del tamaño más grande que existía por entonces. Los que tenían sólo una botella quedaron con dos, y aquellas familias que no tenían ninguna se aseguraron por lo menos una! No faltó entre estas últimas, aquella que terminó asegurándose las dos botellas, después de todo oportunidades como ésta —itanta bebida gratuita!— no la habían visto nunca...

Y, desde aquel día ¡jamás faltaría la botella de bebida diaria en la mesa de las familias chilenas! Podría faltar plata para la leche de los niños, para la bebida... ¡jamás! Porque después vino la Orange Crush, y la Ginger Ale, y la Fanta, y la Sprite, y la..., y la..., y la... ¡Libertad total y posibilidades mil, para elegir!...

.....

PECADORA ARREPENTIDA, EX-ATEA FURIBUNDA, DEFIENDE SU PROPIA CAUSA

“Padre mío, acúsame de esta falta abyecta en contra de mi pueblo... ¿Cómo, Padre...? ¿Mis descargos...? Bueno, sí... Un par,

acaso... Mientras fueron pequeños, llevé a la mesa de mis propios niños algunas botellas de Coca Cola y/u otra bebida sólo dos veces en el año, isólo doos veces en toodo el año, Padre: en la fiesta de cumpleaños de cada uno! Cuando fueron ya mayorcitos y más exigentes, aun en lucha denodada con los anuncios, la tele, las promociones y cuanto se me pusiera por delante, Padre, llegué a comprar a lo sumo una botella, iuna sola botella, Padre! de Coca Cola familiar cada domingo, por, digamos, unos dos o tres años. Restricción que no fue impedimento para que mi hija mayor se hiciera adicta, con el tiempo, a la Coca Cola y las papas fritas que le llevara a diario el pololo, muchachote universitario con cerca de 90 kilos, hijo de padres que a su vez adolecían de sobrepeso severo, todos sometién dose a estrictos regímenes periódicos con fármacos y dietas de hambre. De resultas que mi hija, Padre, terminó perdiendo para siempre a manos de aquel desalmado, entre otras virtudes su hermosa y esbeltísima figura de vikinga, amén de su piel bronceada y tersa a punta de jugo de zanahorias y mucha verdura y fruta, que fui cultivándole, Padre, desde la misma cuna y con tanto esfueerzo, Padre, el trabajo de pelar y picar y rall... ¿Cómo, Pa...? Que ¿qué fue del curso de Literatura Norteamericana? No lo sé, Padre. No recuerdo nada, nada en absoluto. Todo cuanto quedó en mi memoria es la imagen difusa del profesor, académico joven de los EE.UU., quien parecía adolecer de una enfermedad llamada hiperhidrosis o deshidrosis. Terminaba cada clase con la camisa empapada y completamente pegada al cuerpo, el sudor le chorreaba por la cara y empapaba sus papeles, la mesa, todo: iuna verdadera inundación!

Asombradas, mortificadas, pasábamos la jornada entera pendientes del lugar a donde iría a caer el próximo goterón de sudor! ¿Por qué será, Padre, que siempre nos enviaban profesores tan extraños? Hubo aquél, con un coeficiente intelectual extraordinario, “¡una luminaria!” decían, a quien veíamos con aprensión avanzar penosamente por Edmundo Larenas, al costado de nuestra Escuela de Educación, hacia la vecina Facultad de Física y Matemáticas, su humanidad entera sacudida por tics nerviosos, muecas de la cara, torceduras de ojos, convulsiones del cuello, los brazos y las piernas, como un muñeco zarandeado por manos invisibles e inmisericordes... En cuanto al nombre de nuestro académico de literatura norteamericana, no lo recordaría siquiera, Padre, si no fuera porque en alguna incursión por las librerías de viejo en Santiago, exactamente treinta años después, en 1994 —el año en que me picó el bicho de la escritura, Padre!—, tropecé con un ejemplar de la revista ATENEA de la Universidad de Concepción: N° 405 del Año XLI, Tomo CLV, Julio-Septiembre de 1964. Y ahí está, en la página 99, Padre: Rockwell Gray. Escribe un excelente e iluminador ensayo sobre Hawthorne en el año del centenario de su muerte, que dice así en su párrafo inicial: «...*El hecho de que se pueda hablar de este escritor aquí en Chile y ahora en 1964* —las itálicas son originales, Padre, así como el idioma, español— *nos debe sugerir dos ideas. La primera, que Hawthorne no es solamente un escritor norteamericano, sino que pertenece a todos los que quieran y puedan leerlo. La segunda idea plantea el tema de la progresiva aventura del acercamiento de las dos Américas, la del norte y la del sur. Si Hawthorne hoy en día cobra realidad para*

*los lectores latinoamericanos, debe ser, en parte, porque ellos están participando en el gran esfuerzo tan delicado de comprender a la otra hermana de estas dos mellizas que son nuestros continent...»... ¿Cóm...? No, Padre. No he perdido el interés en la literatura norteamericana. De hecho, estoy traduciendo a su poeta mayor. Y en prosa, tengo permanentemente en consulta tres libros: HISTORIA DE LA LITERATURA NORTEAMERICANA de L. Lewisohn, READINGS FOR CREATIVE WRITERS de G.G. Williams, y UNDERSTANDING FICTION —título original, así con capitales, Padre— de Brooks & Warren. Es más, este último —UNDERSTANDING FICTION— es mi libro de cabecera en esto de aprender a escribir... ¿Cómo? No Padre, yo no bebo Coca Cola ni cosa que se le parezca, ni *diet* ni nada... Sólo agua de la llave, a lo sumo con alguna hiebertecita, P... ¡Quéeee! ¿Que ya es suficiente penitencia?... ¡Absuelta!... ¡Padre mío ¡infinitamente misericordioso!... Gracias, gracias. Infinitas gracias...”*

LOS MEANDROS

*Perder sólo han sabido
España y Jesucristo
y el mundo aún no aprende
lo que ha visto*

Gabriela Mistral

En muy contadas ocasiones nos detenemos a reflexionar sobre la influencia que han ejercido, con mayor o menor conciencia de ello, los responsables de nuestra formación y de nuestra educación como son la familia y la escuela. Rara vez encontramos la disposición para examinar sucesos o circunstancias que nos han afectado en algún momento determinado. Con menor frecuencia aún discurrimos acerca de cómo éstos —los sucesos— y aquéllos —los responsables: familia, escuela— han contribuido a moldear y determinar, en forma gradual o abruptamente, el curso de nuestras vidas; el rumbo que nuestra alma de niño, de joven, se ha ido forjando para sí misma haciendo uso del libre albedrío del que todos, sin excepción, disponemos para cumplir nuestro destino final. El cual este último, igualmente sin excepción, es uno y el mismo para todos y cada uno de nosotros, los seres humanos, y que, no siendo un conocimiento transferible, no nos es posible descubrir o aprender sino desde dentro y en nosotros mismos.

Entre los agentes propuestos—en el caso del presente relato, la escuela—, aparte de las impresiones estampadas a fuego en mi alma durante los años de la educación preparatoria y retratadas en

dos relatos anteriores: EL PATIO MARIANO y EL PASEO MARIANO, recuerdo en particular (con especial respeto y consideración, ya que no puedo decir con especial 'cariño' debido a la índole de la relación) dos personajes que marcaron mi adolescencia: uno de ellos, reforzando cierta tendencia cordial hacia la equidad y la justicia; el segundo, esculpiendo, con un solo golpe de cincel, la actitud que habría de adoptar frente al mundo, actitud esta última que no estoy segura de haber superado, como también sospecho que acaso no me sea posible remontar en lo que me reste de vida.

En la segunda categoría —los acontecimientos—, valoro el azar que, como un ciclón tropical, sopló sobre mis convicciones y determinaciones arrancando de cuajo las menos firmes, desprovistas de raíz, dejando en pie y algo tambaleantes aquéllas ahincadas con raíces todavía algo precarias.

.....

Durante las clases de Historia de la señorita Yolanda 'Bravo', ninguna mosca osaba volar. Hubiérase creído que tomaban asiento en los alféizares o sobre los cristales de las ventanas, las alas plegadas, los múltiples ojos abiertos y el aliento suspendido escuchando con avidez. Al igual que lo hacían las cerca de treinta cabecitas negras, trigueñas y rubias emergiendo de blancos delantales, cual corolas de margaritas abiertas al sol, en la sala del Sexto Año "B" Humanista del Liceo de Niñas de Temuco. Curso éste en el que me encontré de súbito sentada por propia y misteriosa decisión al iniciarse el año 1957, luego de haber sostenido firmemente durante los últimos años de enseñanza secundaria —

las Humanidades— que habría de estudiar Medicina...

Los colores preferidos de la señorita Yolanda eran el negro, el blanco y su combinación natural, el gris; de preferencia marcada y con mayor frecuencia, este último. Sobre el gris sobresalía indefectiblemente la nota escarlata, fresca y brillante como un copihue en medio del bosque umbrío: una flor en el ojal; la punta de un pañuelo sobresaliendo del bolsillo superior; un cinturón de bruñido charol; la pañoleta vaporosa atada con gracia y elegancia al cuello; un par de zapatos brillantes, de elevadísimo tacón. Todos y cada uno de ellos constituían el toque que equilibraba, por contraste, la sobriedad, sencillez y monotonía del 'pata de pollo' en la bata lisa, estilizada; de la franela en el amplio chaquetón tres cuartos; del 'príncipe de gales' en el traje sastre serio y formal; o, del 'blin blin' en el abrigo amplio y largo hasta casi rozar el tobillo. Alguna vez, una aplicación de negrísimo y afelpado terciopelo contribuía a resaltar aún más el accesorio; otra, una punta de encaje blanco asomando por el borde del cuello o la manga, o desde un bolsillo falso; o una pechera de albísima organza irrumpiendo entre las solapas. Detalles... restando a cierta severidad que parecía invadir en ocasiones el conjunto, aun a pesar del rasgo justo y preciso de coquetería que se insinuaba en la persona, la actitud y el atuendo de la señorita Yolanda. A ninguna le importaba que en uno y otro extremo del cuerpo esbelto y bien conformado, el rostro no luciera una tez o rasgos perfectos o que sus piernas adolecieran de delgadez extrema. Por el contrario, todas nos preguntábamos por qué, pasados los treinta años, insistía en mantenerse soltera. Pues la opinión unánime la describía

como muy atractiva, agradable en extremo, elegante por excelencia, distinguidísima y sobradamente inteligente; todos adjetivos en grado superlativo. Al rostro, muy moreno y algo aplanado sobre los pómulos y mejillas, lo enmarcaba una cabellera de color negro azabache, escasa o delgada en demasía aunque lustrosa y peinada con esmero, despejada, con excepción de una onda suave que rozaba la frente amplia y un tanto sobresaliente; bajo ésta brillaban, con fuego contenido más bien tendiendo a la serenidad, los ojos de color castaño claro, levemente amielados. Por sobre todo el conjunto descollaban, no obstante, los labios de un rojo fresco brillante e intenso, los que dejaban a la intemperie permanente dos hileras de dientes albísimos, la inferior un poco adelantada con respecto a la superior al igual que el mentón. Aunque... la señorita Yolanda jamás hacía ostentación de su sonrisa, todo en ella parecía rezumar equilibrio y moderación, moderación absoluta en la eventualidad que a la moderación pudiera adjudicársele tal calificativo. En la señorita Yolanda, ello parecía perfectamente posible. Dentro del marco gris salpicado de escarlata como plano de fondo, con brochazos ocasionales de blanco y negro, la atención de las niñas no se desprendía, ni un solo instante en lo que duraba la hora de clases, de este punto focal que dominaba el primer plano con un fulgurar de dientes y un llamear de labios.

La señorita Yolanda sabía contar la Historia. Apoyada grácilmente contra el borde del escritorio, las piernas cruzadas por delante con genuina elegancia, en lo que parecía ser un milagro de equilibrio y estabilidad, desde aquel manantial blanco y carmesí

fluían sin interrupción los sucesos y personajes más apasionantes de la historia de la Humanidad, como parte de una leyenda mágica: caldeos y fenicios; egipcios; vikingos y germanos; mongoles; griegos y romanos; etruscos; Atila y los hunos; las cruzadas y la inquisición; los descubrimientos, la conquista; el Renacimiento; Danton, Robespierre y la revolución francesa; Inglaterra y la revolución industrial; Estados Unidos y la guerra de secesión.

No sólo equilibrio, seguridad, aplomo, encanto y seducción derrochaba la señorita Yolanda en clases. Aun cuando la atención reverente y casi hipnótica dispensada con placer, y luego unos apuntes escritos a la rápida y pasados en limpio, bastaban para refrescar la memoria y complacer al más exigente de los maestros, no descuidábamos repasar en casa y luego echar una rápida ojeada al cuaderno y al libro de texto durante el recreo previo a la hora de interrogación o de la prueba trimestral. La señorita Yolanda sabía reconocer y premiar con equidad el esfuerzo; ya sea que ante ella comenzara balbuceando sus firmes conocimientos la hija de un humilde obrero, o que la retoña del médico prominente de la ciudad o la rubia heredera del ponderoso hacendado dueño y patrón de los alrededores de ésta, enunciasen con asertiva entonación de principio a fin las virtudes y debilidades de alguno de los Luises de la Francia: la calificación final de excelencia era la misma para las tres ávidas discípulas. Calificación que era esperada por toda la clase con expectación y el aliento suspendido... viviniendo de quien venía! y en virtud de los méritos de las interrogadas.

También vino a resaltar una cualidad desconocida de la señorita

Yolanda al finalizar el período escolar para el Sexto Año Humanista, cuando la efervescencia y el nerviosismo veían acercarse con paso acelerado la hora de la verdad: el temido Bachillerato. Junto al Profesor de Historia del Liceo de Hombres, seleccionarían cinco alumnas y cinco alumnos de sus respectivos liceos para recibir un reforzamiento gratuito a modo de preparación para la gran prueba. De más está decir que los seleccionados, sin excepción, procedían de las familias más modestas, y que es probable que se hubiesen destacado de una u otra forma durante la secundaria a juzgar por los resultados de la prueba, uno de los más altos aquel año en la ciudad. De este puñado, sólo dos o tres estarían en condiciones de proseguir y terminar los estudios superiores en Santiago o en la Concepción más cercana. No faltó aquella que, habiéndolo logrado, debió abandonar en el segundo año de Universidad, instada por los padres a trabajar por el sustento de la familia.

Volviendo a la señorita Yolanda, nos complacía fantasear ocasionalmente sobre su entorno privado del cual sabíamos poco o nada: que vivía sola; que rentaría un apartamentito en una casa de familia; y que había llegado de Santiago. Y hasta allí alcanzaba nuestro conocimiento. El resto quedaba libre a la imaginación: un estante lleno de libros en la salita pequeña y acogedora; un ropero organizado y pulcro en el dormitorio conteniendo las cuatro o cinco tenidas, todas combinables entre sí y alineadas en el más riguroso orden; el cuartito de baño en el cual todo albearía desde el piso hasta el cielo raso, también el anaquel con su hilerilla de pomos, el vaporizador de perfume y sobre todo el cepillo y el peine para el cabello escrupulosamente limpios.

En fin, que algunas ya habíamos tomado nuestra determinación: luego del Bachillerato, estudiaríamos Pedagogía en Historia.

.....

Hasta que —a lo menos, en lo que a 'mi' elección personal terminaría afectando— el señor 'Benavente' tuvo la ocurrencia de decir, una vez más, lo que pensaba y tal como lo pensaba, y de contar la anécdota aquella de la Universidad. Y hasta que luego, hacia el final del cuarto trimestre y cerrando con broche de oro la promoción de aquel año, sobrevino el gran certamen de conocimientos en que debían participar los sextos humanistas y los científicos. Ambos dieron un giro brusco, violento e inesperado a mi futuro. O, ¡quién sabe!, lo encauzaron en forma definitiva.

Es probable que el señor 'Benavente' viniera llegando del Pedagógico de la Universidad de Chile en Santiago; y aunque no debió sobrepasar los veinticuatro o veinticinco años, nos parecía una persona mayor por lo que le dispensábamos el máximo respeto, como a todos nuestros mayores. Tampoco recuerdo haber sentido atracción alguna hacia su persona como hombre, como varón joven y bien parecido (mi atención por aquellos días pasó de uno a un segundo muchacho en mi barrio camino al liceo, con quienes jamás llegué a cruzar palabra alguna apenas sí una que otra mirada muy bien disimulada a fin de no delatar el brinco dentro del pecho...). De modo que del atuendo y de los atributos físicos del señor Benavente no tengo recuerdos precisos.

Cierto, ni uno ni otro tenían relevancia en el señor 'Benavente'. Aunque la Educación Cívica nos parecía árida y la Historia de la

Filosofía una entelequia sumamente densa, en clase del señor 'Benavente' desconocíamos, al igual que con la señorita Yolanda, el aburrimiento. Sin embargo, y muy por el contrario de esta última quien jamás dejó traslucir sus sentimientos o interpretación personales respecto a determinados sucesos históricos, el señor 'Benavente' era todo corazón y pasión reflexiva, y acostumbraba salpicar la aridez y monotonía de las materias con observaciones de su propia cosecha y anécdotas de su vida estudiantil entre otras de mayor o menor trascendencia. Pocas veces ha quedado estampada en mi cerebro aseveración alguna con la fuerza y persistencia que aún ostenta aquella declaración del señor 'Benavente'.

(Para comprender este fenómeno que puede sonar algo rimbombante, es preciso referir la atención —previa anuencia del lector— al contenido de algunos de los relatos precedentes, en particular a la relación dicotómica patio mariano-huerto paterno, también a EL VESTIDO BLANCO, EL PASEO DE LAS MADRES, EL ROJO Y EL TARRO DE PINTURA; y ahondar, sobre todo, en algunos aspectos de la relación paterno-filial).

Desde hacía un tiempo a la parte, mi padre, quien había resurgido como dirigente obrero ferroviario en la lucha social luego de aquello de la ley de defensa de la democracia, y junto a quien habíamos sufrido, por su militancia en el Partido Comunista, las consecuencias de la persecución política y de la cesantía, y de vuelta en Temuco desde el interludio bucólico en La Unión y Puerto Montt, mi padre, digo, venía insistiendo en que yo debía tomar parte activa en el gran cambio social y político que advenía sobre la

Patria. De seguro intentó alguna vez hacerme participar en una marcha; con certeza, nos condujo a mi madre —en forma excepcional— y a mí —excluyendo al resto de mis hermanos—, al Teatro Central aquel 21 de febrero de 1957 para escuchar a Pablo Neruda, quien adhería a la causa del pueblo. La palabra del Poeta, en aquel tiempo, no encontraba resonancia en mi alma, ni siquiera logró restituir el interés en la Poesía luego de unas efímeras endechas garabateadas en La Unión, más propias de la edad (alrededor de los 14 años) que de una vocación lírica genuina; es probable, también, que el sentimiento poético hubiérase encontrado existente aunque embotado, soterrado, sepultado bajo los siete subterráneos de aquel sonambulismo espiritual que parecía constituir mi atmósfera privada habitual. El caso es que del Poeta sólo me quedaron grabados el continente pesado y gigantesco y la voz pastosa y somnolienta. En la misma oportunidad y haciendo gala de su pujanza habitual, mi padre —según relatará mi hermano menor, pues yo, flotando en mi limbo inveterado, no sabía dónde me encontraba parada y menos aún dónde me sentaban— logró acomodar a mi madre (durante lo que fue, es probable, la única ocasión en que ésta se vio arrastrada a algún tipo de manifestación político-partidista: en honor al acontecimiento y apuntando, de seguro, al voto femenino) junto a Matilde Urrutia en aquel Teatro Central de Temuco; ocasión en que mi padre debió haber esbozado también su característica y modesta sonrisa de satisfacción, a la que invariablemente sucedía un resuello suave y entrecortado, por este logro que debió constituir, a su parecer, un motivo de enorme orgullo para él y de

honor para mi madre; aunque la dispensadora de tal honor jamás se hubiese enterado del magno acontecimiento.

Como sea y pese al esfuerzo sostenido, mi padre no lograba movilizar mi voluntad ni mis pensamientos, mucho menos vencer mi renuencia; y, aunque nunca tuvo éxito, jamás cejó en su afán de hacer de mí una segunda Norma Gutiérrez.

Siempre me pregunté —desde mi actitud algo estática y contemplativa— de dónde, habidas la pobreza y la mala alimentación, extraía sus fuerzas la Norma Gutiérrez. Ella representaba todo lo que un padre amante y comunista —que los comunistas también aman— podía desear. Bajo la frente en el rostro agraciado y salpicado de innumerables pecas cobrizas, brillaban un par de ojos vivaces e inteligentes que delataban por sí solos el torbellino de actividad que aquella mente despierta comunicaba al cuerpo adolescente, esmirriado. Se podía ver, literalmente, la animación bullir bajo la mata exuberante de pelo castaño rojizo y crespo; tomada sobre la nuca y dejando escapar minúsculos chochitos que coronaban la frente como una diadema, prestábale ésta, junto con las pecas, un aire travieso y casi infantil que contrastaba con la firmeza de su carácter y con el poder de su voluntad.

¡Yo la detestaba! Desde lo más profundo de mi alma y de mi corazón que se rebelaban y resistían con tozudez casi heroica a la presión de mi padre (“¡Eres terca como una mula!”), detestaba asimismo la sostenida comparación que aquél establecía de continuo: “¡Mira que la Norma Gutiérrez va a todas las reuniones...!” , “¡Mira que la Norma Gutiérrez ya es dirigente de...!” ,

“¡Mira que la Norma Gutiérrez participó en...!”, “¡Mira que la Norma Gutiérrez está organizando...!”, “¡Mira que la Norma Gutiérrez dice que eres demasiado tiesa para el ballet...!” (¡...!). A pesar de mis algo más que modestos logros en el liceo, y de mi irreprochable comportamiento como hija y como niña 'seria y bien educada', mi padre parecía jamás estar contento. Cuando no era por qué en lugar del tercer puesto no ocupaba el segundo, y en lugar del segundo, el primero, eran la terquedad de mi carácter, y la violencia de mis reacciones toda vez que la presión hacía saltar mis represas; o, mi mutismo, o mi falta de mimosidad filial (“¡Mira tu hermana menor cómo es de 'patera'!...”).

La Norma Gutiérrez estaba segura de sus convicciones. Imagino ella creía firmemente, como mi padre, que el comunismo o el socialismo, o ambos unidos, lograrían, al fin, cambiar el mundo para mejor y para siempre. Imagino ella confiaba, como mi padre, en que la clase obrera se haría por fin dueña de su destino (lógica recompensa histórica en un mundo tan latamente explotado — pienso, no obstante, hoy—), mediante lo que ellos llamaban la “dictadura del proletariado”. Escuchada y repetida, digerida, asimilada, reproducían una y otra vez la expresión al pie de la letra sin tener clara conciencia, acaso, del significado de la palabra 'dictadura'. Imagino la Norma Gutiérrez, como también mi padre — y mi yo flotante e inconsistente de entonces—, no intuían el germen de fanatismo o de descomposición que anida en el corazón y que socava las mejores intenciones del Hombre, sobre todo cuando este último no proviene de la cepa del pueblo mismo y se ve, adicionalmente, encaramado en el poder; tampoco, el grado de

virulencia reactiva que bulle bajo la trama de intereses económicos y que estalla en violenta erupción tan pronto éstos se sienten amenazados. Imagino ella no sospechaba, como tampoco mi padre, ni nadie, que no son las ideas, las ideologías, los sistemas, los equivocados —éste es Bueno, aquél es Malo— sino el Hombre. El Hombre y su carga de ambición personal, el Hombre y su codicia, el Hombre y su insaciabilidad, el Hombre y su soberbia. Como es el Hombre, o el demonio que no cesa en distraerlo, en última instancia, quien se empeña en torcer los caminos de Dios.

No es que yo tuviera conciencia entonces, insisto. Pero *ella, creía*. Sólo que *yo*, ¡quería que me dejaran en paz!... Yo a ella no la molestaba, y verla desfilar por las calles al frente o en medio de una muchedumbre enarbolando carteles y gritando consignas sólo lograba suscitar una indiferencia un tanto despectiva. ¡A *mí*, me dejaran en paz! Tranquila en mi rincón, estudiar. Estudiar y leer. Leer y mirar. Mirar y registrar. A *mí*... ¡me dejaran tranquila seguir mi camino! Y esto significaba, por el momento, continuar mis estudios, obtener un título —¿para qué?, no lo sabía—, y luego trabajar. Mi vida parecía regirse por un orden desconocido al que yo debía obedecer, sin tener plena conciencia de ello y sin dejarme distraer ni por un instante. Aun cuando mi alma no tuviese asidero, de alguna misteriosa manera sabía que no debía apurar el cáliz de un solo sorbo, que debía sostener el tranco lento, pausado: todo a su debido tiempo.

Así es como hube reafirmado más tarde en la convivencia universitaria, aquel recelo que me venía irritando, como la pajilla en la ropa termina por enconar la piel; esto es, que pertenecer a

un partido político significaba el sometimiento, la obediencia absoluta, el tener que decir tarde o temprano palabras que no se sienten, ejecutar acciones con las cuales no se concuerda, el tener que disociar el pensamiento y el sentimiento de la acción, el estar en contra de todo cuanto el adversario político piense, hable o haga; aceptar por ejemplo, entre otras cosas, que el Estado se hiciese cargo de los hijos, como mi padre me lo diera a entender con todas sus letras en una oportunidad a lo que sólo pude quedarme contemplándolo enmudecida por el asombro (¡ni pensar, por otro lado, en rebatirle!, hubiese sido batalla perdida aun antes de haberla comenzado...; ¡el riesgo de mi integridad física, por lo demás! Y, por lo demás... ¿Quién sería yo hoy, si no hubiese vivido al lado de estos mis padres?); o aceptar, tan prontamente, una nueva alianza con el Partido Radical quienes lo habían encarcelado, exonerado, proscrito, y que, de paso, bien pudieron habernos sumido en la miseria, el extremismo o la delincuencia si mi padre y mi madre no hubiesen sido quienes fueron. O, por último —aunque no excluyente de otros ejemplos esclarecedores que sería muy largo enumerar y que son, por lo demás, por todos conocidos, como aquel del retroceso, sin vuelta atrás aún (a treinta años del descalabro), de que fueran objeto las conquistas de la clase trabajadora—, por último, digo, la simulación, la lucha por causas, personas o sectores sociales que importan un bledo, como un medio para encauzar las propias energías y, de paso y en la medida de lo posible, pavimentar el camino propio, como la compañera demócrata-cristiana, beata hasta los huesos, cuyos clasismo, insinceridad y maledicencia, proverbiales en nuestro

pequeño círculo de futuros pedagogos en Inglés, un pelillo exclusivista dentro de la Escuela de Educación, terminaran por repeler a quien tuviera dos dedos de frente, con intensidad inversa y proporcional a sus propios esfuerzos por captar cofrades para el partido. Partido..., partidos que parecieran existir sólo por sí mismos y para sí mismos, cebándose a sí mismos y a sus rémoras, llámense éstas asesores, analistas, interventores, consejos, comisiones, fundaciones, instituciones de beneficencia, corporaciones, consultorías, centros y asociaciones de diversas índoles, prestaciones de servicios, y un largo etcétera... mediante la antropofagia ejercida en contra de los trabajadores y del pueblo en general.

Así, en vísperas de ingresar en la Universidad, la declaración del señor 'Benavente' fue la rama que salvó a esta pobre alma sin asidero de morir ahogada o, en el mejor de los casos, de ser arrastrada por las corrientes. Es probable que la lección haya versado sobre el Congreso Nacional y sus atribuciones, o que el país adoleciese de efervescencia pre-electoral (1957): en determinado momento, el señor 'Benavente' declaró con tono enfático y asertivo: "...en la historia democrática de los períodos pre-electorales de nuestro país, todos los partidos de oposición se jactan de 'no haber colaborado' con el gobierno anterior: «Nunca colaboramos con este gobierno» parece ser el *motus*, la consigna, la escarapela y el laurel que impulsa y legitima actos y acciones de las colectividades políticas. En el voluntarismo político de creer que *ellos*, sólo ellos, cada quienes por separado y en su oportunidad, son los únicos poseedores de la verdad absoluta, no trepidan, una

vez encaramados en el poder, en desmoronar cualquier logro que hubiese alcanzado el régimen que les anteciedera...”

Sin ser éstas, con exactitud, sus propias palabras, no obstante la solidez del argumento, la sencillez y profundidad del análisis, la lucidez y neutralidad de la idea, y en última instancia la absoluta veracidad del enunciado, se imprimieron con caracteres de acero en mi mente.

Finalmente, la aleación que terminó por galvanizarlas, como un blasón sobre la frente, fue la anécdota, relatada por el señor 'Benavente' en alguna clase posterior: En el Pedagógico de la Universidad de Chile donde hubo estudiado, existió aquella estudiante que no creía en nada. Con su bien administrado apasionamiento —el histrionismo del señor 'Benavente' nunca sobrepasó los límites de una actuación consciente; excelente, pero actuación al fin—, aferraba y sacudía un par de hombros imaginarios mientras repetía las palabras del pololo de la muchacha: «¡Pero es que tienes que *creer* en algo! Aun cuando sólo sea en un palo... ¡Por favor!, cree, aunque sólo sea en un palo, pero... ¡i*cre-ee!*!».

Mi mente, en estado de alerta desde la declaración anterior, estableció de inmediato contacto con el corazón, como el imán con el metal, es más, como dos platinos hacen saltar la chispa. Allí mismo, como herida por un rayo, había tomado mi propia determinación. Esta vez, indestructible. Mientras más lo pensaba, más me iba pareciendo una 'buena' resolución y, más aún, una 'muy sabia' actitud (para el estado larvario de mi alma, actitud que terminaría por transformarse en una suerte de estrategia de vida):

iesto sí era lo *mío!*, yo... ino creería en nada! De allí en adelante, nada me removería de aquella posición. Estudiaría, me titularía, trabajaría. Viviría..., pero ino creería en nada! Por lo demás y de un tiempo a la parte en estos últimos años de las Humanidades, la lectura de los encabezados en los periódicos vistos al pasar venía produciéndome aversión, por no decir repulsión. Siempre había una guerra en un lugar del mundo. Hambre, en algún otro. Siempre un escándalo financiero, un crimen pasional. Siempre, y siempre, y siempre. (Más tarde, observaría que también siempre los matrimonios no eran lo que parecían ser; por lo que, además, hube determinado que ino habría de casarme jamás!...)

Valga mencionar que hasta aquí creía, paradójicamente (y continué haciéndolo, a pesar del no-credo, por mucho tiempo aún), en la excelsitud, a mis ojos *sine qua non*, de los gobernantes y grandes personajes de la Historia; al repasar la Historia de Chile, sobre todo, con cuánta admiración veía las fotografías y cuánta unción al oír la descripción que de sus caracteres y obras destilaba como un elíxir de entre los labios rojos y los albos dientes de la señorita Yolanda. ¡Cuán intachables debieron haber sido! ¡Montt, Varas, Portales! ¡Cuán empequeñecida veíame frente a tan grandes hombres! ¡Nombres ilustres! Jamás experimenté la menor suspicacia con respecto a las fuerzas e intereses silenciosos tras ellos ni de sus falencias, acalladas. No era dable concebir algo menos que la absoluta perfección en aquellos hombres privilegiados, ilos elegidos!

Frente a los 'héroes' de la historia patria experimentaba, no obstante, sentimientos encontrados. ¡Qué desperdicio! ¡Cuánto

mejor no nos hubiese servido Arturo Prat, sin ir más lejos, de haber sabido conservar su vida, vida tan valiosa, en lugar de desperdiciarla sobre la cubierta de un barco enemigo? Naturalmente, aun cuando el espectáculo de las guerras en tinta sobre el papel del periódico produciame aversión, ésta ino era en absoluto transferible a los héroes de la Patria!

El acondicionamiento patriotero tardaría décadas aún en ser desmantelado...

Ignoro cuál ha sido el destino de la Norma Gutiérrez. A la distancia —y a la luz del seísmo de 1973 que estremeció y dejó a la vista, de una vez por todas y sin la sombra de una duda, la profunda fractura que separa las placas basales de nuestra sociedad, envuelta esta última en la aureola pirítica de una seudodemocracia y de una seudolibertad, haciendo que entrechoquen y convulsionen la superficie cada cierto tiempo—, aún pienso que tuvo el derecho irrecusable de luchar por y defender sus sueños, y el derecho a demostrar si estaba en lo justo o no lo estaba; hasta el final. Al igual que yo he gozado del derecho que me asiste, a mantener y defender, a contracorriente —y continuar haciéndolo— mis posiciones de no-compromiso y de esperanza en un camino alternativo que aún no se avizora y que acaso no presenciaré. La des-esperanza en el Hombre prima por momentos sobre la certeza de Dios. Y la esperanza consiste en un cambio radical, genuino, que provenga del corazón del Hombre. Una vez que el corazón del hombre de derechas se abra de modo positivo y efectivo al Hombre, y que el corazón del hombre de izquierdas se abra en forma definitiva a Dios. No se vislumbra aún

la pureza de la intención, fruto del ejercicio de la libertad individual. El Hombre Nuevo es el Mesías que ha de venir. No vendrá del Cielo —tampoco de la política o la religión— sino desde dentro de su propio corazón.

.....

Entre estos mismos agentes determinantes del curso de nuestras vidas —la escuela—, aunque separados de las anteriores, se encuentran aquellos personajes o sucesos que no han dejado otra huella sobre el alma como no sea una oleada de repulsión, y cuyos residuos pestilentes nos hemos sacudido con repugnancia de los hombros una vez que la vida se ha encargado de esclarecer los posibles significados o intenciones, manifiestos o soterrados, que tuvieron en su momento. Tanto así que hasta hemos olvidado, consciente o inconscientemente, sus nombres.

El profesor de Física de la Secundaria en el liceo de Temuco fue, creo, el único docente en los largos años de mi educación y formación profesional hasta egresar de la Universidad, que me hizo incurrir en el delito de fraudulencia. Caer en la infracción fue sencillo. Sólo bastaba copiar en sendas hojas de cuaderno los temas que el 'maestro' había dictado con puntos y comas entre un bostezo y el siguiente; los cuales, normalmente, no sobrepasaban la media plana, justo el espacio lineado que quedaba en la mitad inferior de la página bajo el espacio en blanco destinado a la ilustración en los cuadernos de ciencias. Sabíamos de antemano que la prueba consistiría en desarrollar un único tema (El Vapor, La Electricidad, La Temperatura, El Movimiento), de modo que

bastaba con esperar la pregunta para sacar la hoja correspondiente —el 'torpedo'—, escribir sobre éste el nombre y la fecha y ya estaba lista la prueba y asegurado el seis o el siete! Sólo esperar que terminase la hora, mirando con aburrimiento el cielo azul o las nubes que desfilaban tras la ventana, en tanto el señor h (puede leerse 'hombrecillo', si el lector está de acuerdo) se tragaba el tiempo a bostezos tras las hojas desplegadas de su periódico.

Al señor h, por lo visto, no le interesaba que las alumnas aprendieran la Física, ni a él le interesaba enseñarla. Las interrogaciones consistían en desfilan frente al pizarrón, entre el escritorio del 'maestro' y la pared lateral; o, a fin de prolongar la expectación o el deleite de aquél cuando los atributos femeninos lo hacían meritorio, por el angosto pasillo entre los bancos desde el escritorio hasta la pared del fondo y de vuelta; al término de lo cual, el señor h adjudicaba a cada una la calificación que la respectiva candidata le inspirara. Yo nunca pasé del cinco, de lo cual debía culpar, sin duda, a la delgadez de mis piernas y a las exiguas proporciones de mi busto.

Terminada la 'interrogación', y luego de dictar brevemente el próximo tema, el señor h echábase con voluptuosa lasitud en la silla tras el escritorio y, despertando del letargo que le había ocasionado el dictado, procedía a la lenta y minuciosa elaboración de sus temas predilectos: el grado de evolución por el que atravesaba la Francia contemporánea; la liberalidad de las costumbres, particularmente entre los universitarios de París; la emancipación sexual de las mujeres y la convivencia en parejas de estudiantes; etcétera. Al señor h se le escapaba la mirada

ensoñadora por la ventana y suspiraba imaginando un paraíso que, por el nivel de 'mediocridad' y 'atraso' —hoy se hablaría, además, de 'cartuchismo'— de su propio país, encontrábase tan fuera de su alcance. Es probable que su desinterés por la enseñanza haya constituido su protesta inconsciente ante un destino tan cruel como injusto, que le privaba de las delicias de la vida a las cuales se consideraba acreedor por derecho propio. O que esta carencia haya sido la respuesta justa del destino a la indolencia de su cuerpo y a la molicie de su alma. Así como recrudescen el crimen y el robo durante las épocas de mayor apogeo de la explotación, del enriquecimiento y de la desigualdad, así la propia vida parece restablecer, mediante el cumplimiento de la ley de compensación, el orden universal hasta en el más ínfimo detalle, alcanzando tarde o temprano con su brazo inexorable hasta al más mísero gusano.

Un recuerdo vívido de aquella sala es la visión de treinta cabecitas tensas, cada cual recogiendo lo suyo... de una clase de Física. Hoy me pregunto, dado el grado al que se ha desarrollado y generalizado la a-, la in- y la para- moralidad, ¿a qué extremos habría llegado el señor h si hubiese practicado la 'enseñanza' en los tiempos que corren?

¡Cuánta distancia a la actividad mental febril desarrollada en las clases de Álgebra y de Química! ¡Al placer del desafío! ¡Al sabor agridulce, casi doloroso, que destilan las glándulas salivales al enfrentarse a una ecuación química o algebraica! ¡Al golpe de oxígeno que despierta a las neuronas haciendo que todas las facultades se empeñen, erigidas en pie de guerra, en el desarrollo y la solución! No tengo recuerdos de nuestros maestros en estas

asignaturas, ni siquiera puedo pincelar con palabras sus rostros, menos aún reeditar sus nombres. Todo lo que puedo recordar son fórmulas y soluciones difusas, páginas plagadas de ejercicios, el planteamiento de la proposición específica y la lucha consigo misma; el emplearse a fondo en competición sólo con el propio cerebro, apelando a los recursos propios, como los primeros escaladores se enfrentaron a la montaña con sus manos desnudas y la sola fuerza de sus pulmones. La evaluación, irrelevante e intrascendente en este caso; lo que contaba era el desafío, como un licor en el cual embriagárase el ego, anticipando el triunfo, no conformándose con menos que el laurel refulgente de la victoria: la corona de la propia valía.

Pienso también ahora, a la distancia, que la señorita Yolanda amaba la Historia. Y que amaba enseñar. Y amaba y respetaba, a su modo sereno y sin aspavientos ni favoritismos, a lo menos no en desmedro de las humildes, a las niñas. Y que no se cuestionaba el accionar de la Humanidad. Pienso que el señor 'Benavente' nunca dejó de tener la razón; que no es posible motejarle de pesimista, escéptico, alarmista, francotirador, aguafiestas, anarquista o agitador. Ni cuestionar hoy —desde mi posición renuente, pertinaz— su militancia en algún partido político, ello no sería óbice para dejar de ver el mundo tal como éste ha demostrado (y sigue demostrando) ser...

.....

En esta reflexión sobre los agentes y circunstancias que contribuyeron a encauzar el rumbo que iba tomando mi alma y, en

consecuencia, mi vida, el azar tampoco desperdició la oportunidad para trocar, de la manera más impensada, el objeto de mi elección en materia de estudios superiores. Ya hemos dicho que una gran parte de nosotras, entre las cuales me había incluido gozosamente, habíamos determinado estudiar Pedagogía en Historia.

Hasta que sobrevino el certamen de fin de año y graduación. Y gané, inesperadamente, el de Inglés. Y obtuve como premio un hermoso y flamante Diccionario Inglés-Español Español-Inglés, versión revisada de Appleton por Cuyás, donado y bellamente autografiado por el Instituto Chileno Norteamericano de Cultura de Temuco. Conservo aún este pequeño *thesaurus* y, la verdad sea dicha, lo uso con mucha frecuencia; puesto que, en la lucha denodada con la expresión oral o escrita —reprimida desde la infancia por el laconismo extremo en la relación familiar, por el propio e invencible mutismo, por la timidez, y más tarde por el prolongado ejercicio del lenguaje comercial escrito, frío, seco y escueto—, no es raro que acuda primero a mi mente el vocablo, la imagen o la metáfora en lengua inglesa (o alemana, pues más adelante las emprendí también con esta lengua semi gutural) como expresión exacta de lo que siento y quiero decir; muchas veces aun onomatopéicamente (como es el caso del sonido, la musicalidad, el tintineo, el chasquido, el retumbo, el chirrido, la reverberación y el ritmo, la cadencia que poseen los vocablos y expresiones en la hermosa lengua anglosajona, como lo evidencian estos versos (cuyo sentido, por otro lado, se me antoja una... ¿profecía retrospectiva?) del poeta norteamericano del siglo XIX, Stephen Crane: *Black riders came from the sea. / There was clash and clang*

of spear and shield, / And clash and clash of hoof and heel, / Wild shouts and the wave of hair / In the rush upon the wind: / Thus the ride of Sin. Como es posible apreciar, esto es particularmente cierto en el reino de la Poesía (esto es, cuando el poema no 'llega' ya completo en contenido y forma, con puntos y comas y punto final, como es el caso de los poemas escritos por inspiración; los cuales constituyen, por lo demás, la mayor parte de mi exigua y algo tardía producción poética). En fin, ocasiones aquéllas en las que he apelado al diccionario bilingüe correspondiente —inglés o alemán— a fin de descubrir las términos alternativos posibles, para luego proseguir con el Roget's of English Words and Phrases, otras traducciones y variantes, luego el enciclopédico de Espasa Calpé, los sinónimos —el 'soft' del computador o uno de los 'hard copies' que he ido adquiriendo en los libros usados—, el modesto Aristos (no tengo la suerte de poseer un RAE, aunque las bibliotecas públicas son una buena alternativa), el etimológico, y hasta el francés y el latín; y así, sucesivamente, hasta dar con la palabra precisa y que 'suene' mejor. No estoy segura de haberlo logrado siempre, pero a lo menos he sometido con frecuencia cuerpo y alma al cuasi-desfallecimiento... en el intento, valga la cacofonía.

Parada ante la puerta de entrada, con mi diccionario apretado contra el pecho y algo confundida aún por el logro inesperado ("Mmme gané un premio..."), mi madre, tras leer rápidamente la dedicatoria, me sorprende, por primera y casi única vez, con un abrazo brusco, casi rudo por lo desacostumbrado; mi corazón se derrite y el sonrojo incendia mis mejillas, demasiado cohibida por

la inusitada explosión de afecto y por el asombro, y casi ahogada contra el pecho de mi madre como para hablar, no sé si fue aquél el momento que escogí para reconsiderar mi elección sobre la carrera a seguir; no lo recuerdo con certeza, pero debe haber tenido mucho que ver.

Es así como hube determinado al fin, en forma inesperada y abrupta, estudiar Pedagogía... en Inglés. Bien provista, con mi nueva armadura invulnerable contra todas las posibles influencias (recordemos: el No-Credo), no debo haber tenido clara conciencia de qué esperaba obtener o qué esperaba hacer con el 'cartón', una vez conquistado. Pienso que sólo me lancé con los ojos cerrados y que puse todo el empeño (una vez superados el desajuste inicial y cierta pérdida de rumbo) de que fui capaz en salir adelante, más que nada por cumplir con mis padres. Una vez obtenido el título, y habiendo pasado por la experiencia de la práctica profesional, ya tuve claro que no habría de dedicarme a la enseñanza. ¿Qué habría de enseñar yo a los niños, aparte de unos cuantos vocablos, desprovistos acaso de su verdadero sentido, en un idioma extraño? ¿Qué sabía yo de la vida que pudiera transmitir a mis eventuales alumnos? ¿Qué visión del mundo podría ofrecerles cuando ni siquiera yo misma sabía cómo pararme frente a él? Y, aun cuando continuaba sosteniendo, precariamente, mi posición escéptica y agnóstica a prueba de vaivenes sociales, políticos y religiosos, ella no constituía, preciso es decirlo, una visión ejemplar o ejemplarizadora! En definitiva, no tenía nada que ofrecer: carecía de convicciones; así como de sueños. ¡Ni siquiera sabía qué o quién era yo misma! Mucho menos, cuál era el lugar que debía ocupar en

el mundo.

Adjudicarse únicamente motivos de nobleza, pretendida o auténtica, como justificación para no comprometerse con la enseñanza, sería faltar a la verdad. La convivencia en pensiones de tercera categoría con 'colegas' tituladas y el espectáculo de sus pellejerías económicas y de las trasnochadas corrigiendo cerros interminables de pruebas, tuvieron una fuerza más poderosa e inmediata en esta segunda y crucial decisión. Mi pretendida 'vocación' —si alguna vez la hubo— era demasiado débil como para emular a mi amiga Judy, profesora de Historia en el Liceo de Talcahuano, o a Silvia —la Mona— de Educación Física o a la Maxi de Castellano. Yo no me despellejaría, por otro lado, en nombre de alumnos unos más otros menos obtusos o porros, imi paciencia no daba para tanto! Yo no viviría “al tres y al cuatro”, como decía mi padre, ni a mis hijos les faltaría jamás una fiesta de cumpleaños con torta y velitas y golosinas, y muchos invitados y regalos, ni se comerían en la escuela un solo pan sin mantequilla y mermelada. Tampoco usaríamos nunca papel de diario en lugar de papel 'higiénico' en el baño. Y... ¡jamás pasaríamos hambre!

La vida misma se encargaría, más tarde, de demostrarme mediante unos bien propinados bofetones y algunos reverendos puntapiés en la cara y las costillas, una vez en el suelo, que nadie que esté dispuesto a ganarse el pan con el sudor de su frente, con la misma muy en alto y las manos limpias y la conciencia en paz, está libre de su destino inmediato en la Tierra del Hombre sometido por el hombre.

Tampoco la docencia universitaria o la investigación intelectual

ofreecerían algún interés, de momento. La vida estaba allí fuera, del otro lado de la ventana, donde brillaba el sol iluminando los caminitos pavimentados o senderillos de tierra que corrían entre las Facultades universitarias; no de este lado, entre anaqueles y tomos polvorientos de Gramática Histórica de la Lengua Inglesa, o entre tratados disecadores de los órganos de fonación de la misma. La vida parecía estar más allá de los espacios cerrados, fuera de los círculos protegidos. Más lejos aún, más allá de la caldera de cristal en que jóvenes y muchachas hierven a fuego lento en el caldo efervescente de los ideales dentro y fuera de las aulas universitarias, la vida fluye del otro lado de las calles Edmundo Larenas y Chacabuco que demarcan el Barrio Universitario en Concepción; entre los niños que juegan en la Plaza Perú, alrededor de la fuente de agua en la cual son bautizados los mechones que ingresan durante cada inicio de año académico en la Universidad; entre las gentes que apuran el paso por la Diagonal Pedro Aguirre Cerda y la calle O'Higgins llevando una carta al Correo, un oficio a los Tribunales, un reclamo a la Ilustre Municipalidad, un niño a la consulta médica, un cheque por cobrar en el Banco frente a la Plaza de Armas, una cuenta por pagar en las oficinas del Agua Potable o de la Electricidad en la Galería Alessandri; o entre aquellas que simplemente pasean por la calle Barros Arana; entre quienes venden sus pequeñas mercancías o lustran el calzado en la calle Pinto o en Colo Colo; entre las dueñas de casa que apresuran el paso arrastrando pilguas llenas de fruta y verdura desde el mercado en Rengo o la Vega en Caupolicán; entre las teclas de la máquina de escribir pulsadas por una secretaria en la oficina; o

entre todos los trabajadores que conducen o son conducidos por Arturo Prat, Paicaví y la autopista, Irarrázaval y Avda. Roosevelt, de ida o de vuelta hacia o desde las industrias en Talcahuano, Penco, Lirquén, Tomé, o por sobre el río Bío Bío hacia San Pedro que va transformándose lentamente en el dormitorio de Concepción; en las minas de Coronel y Lota, y Arauco, o en huertos y hortalizas entre Santa Juana, Chiguayante y Hualqui; todos éstos entre otros poblados cuyas arterias y venas dimanan de y confluyen en el corazón de la ciudad de Concepción, como un sistema circulatorio perfecto.

Concepción se transformaría en el hogar por adopción, la patria de la primera juventud, como Valdivia, Temuco, La Unión y Puerto Montt lo fueran de la infancia y la adolescencia. Ahora, sólo restaba continuar serpenteando por la vida y quizás, algún día, terminar por explicarse a sí misma y el mundo y, con suerte, contribuir y tratar de explicarlo a los demás.

.....

"Nuestras vidas son los ríos / que van a dar en la mar / que es el morir" cantó el poeta. *"Puro lugar común"* replicaría un estudioso proveniente de la América anglosajona cuatrocientos años más tarde, hablando —no sin cierta razón, por otro lado— de la influencia del bardo castellano sobre el refinado Longfellow o sobre cómo este último —según su parecer— *"...no trató de traducir nada que no fuera producción de tercer orden,..."* (entre ingleses, alemanes, españoles, italianos), *"...ajeno a la influencia de los poseedores de visión creadora..."* y ajeno a su propia experiencia.

Sin embargo, no creo se haya dado en la literatura universal una imagen superior a aquélla de Manrique. Y nuestra vida, como los ríos y como todos sabemos, se desliza no siempre en línea recta y regular, sino brinca y serpea de cumbre en barranca hasta ganar los valles, forzada a desviar su curso por los accidentes con que va tropezando en su camino. Acaso, estos obstáculos sean necesarios para moderar la velocidad de las aguas que, sin ellos, desbordarían irrefrenablemente arrasando todo lo que encuentran a su paso. En este serpentear, por tramos en extremo tortuoso, los lugares de mayor belleza y gratificación estética y espiritual son los meandros. Vale la pena detenernos a contemplar, en ocasiones, estos meandros, en especial los de mayor placidez y transparencia; y también aquéllos en los cuales se arremolinan las aguas a causa de un tronco de árbol caído, cuya putrefacción contribuye, momentáneamente, a enturbiarlas; impurezas que, finalmente, el río, que es sabio por naturaleza, se encarga de ir filtrando a lo largo de su curso. Es verdad que el destino del río es alcanzar el mar (aun cuando más no sea éste sino sólo otro 'lugar común' en la propia Naturaleza), sean cuales fueren los obstáculos y allanadores con que tropiece en el camino. No obstante, es preciso en algún momento de nuestras vidas, sentarnos a contemplar los meandros. Tal vez encontremos en esos encantadores rincones algunos de los secretos de nuestra alma. ¿Con qué fin?: descubrir, en el desaguadero final, el significado, objetivo y sentido de nuestra relación con el Hombre y la Naturaleza, con Dios y el Universo.

De momento, al finalizar las Humanidades y para despedirnos

del liceo, se nos lleva en masa a un concierto de piano en alguna sala frente a la Plaza de Armas. Como una intuición anticipada — inconsciente de sí misma, por lo tanto no formulada— las notas cristalinas y melancólicas de la *TRÄUMEREI* de Schumann despiertan una resonancia desconocida, algo parecido a un aleteo, un asombro en mi corazón aún inocente y profano. El Poeta que ha descifrado estas notas del corazón de cara al Universo, transcribiéndolas al teclado, parece interpelar. Las notas finales de cada frase musical se elevan en un signo interrogativo, dejando un silencio en suspenso entre cada una de ellas; como si expresaran, uno tras otro, todos los elementos de la turbación existencial: duda, angustia, ignorancia, incertidumbre. Sin embargo, el Poeta inquiera con dulzura, sin apremio. No espera respuesta, sólo confía. Como un niño pequeño e inocente, suspenso entre el asombro y la maravilla —y la esperanza—, parado frente al Padre y al Futuro. No el futuro inmediato, sino el destino ulterior del Hombre que será.

Es la intuición desnuda —desprovista, por el momento, de su ropaje lingüístico— que mi corazón rústico, que nada sabe de composición musical y que hasta hoy no distingue un Sol de un Do, destila de un concierto de piano en la alborada de la vida que se extiende más allá del hogar materno y paterno.

*No fue el socialismo,
no es el comunismo;
tampoco, el capitalismo.
Es el Ego-ísmo
y la falta de Amor.*

LAS TRAMPAS DE LA MEMORIA

Ninguno de los dos apellidos que acudieron a la memoria durante la escritura del relato anterior *LOS MEANDROS* corresponde a la realidad: Bravo no es el apellido de la señorita Yolanda, nuestra Profesora de Historia del Liceo de Niñas de Temuco a quien quise rendir un modesto homenaje conservando su verdadero nombre; su apellido real es Durand, Yolanda Durand. El nombre que di inconscientemente a la señorita Yolanda corresponde, por el contrario, a un segundo 'maestro' que la memoria consciente quiso olvidar. El señor Benavente nunca existió bajo este nombre, sí fueron el Sr. Morales, profesor de Educación Cívica y el Sr. Rodríguez, de Filosofía: ¿a quién de estos dos corresponde 'mi' señor Benavente? Y de un cuarto profesor, aquél de las clases gratuitas de Bachillerato en el Liceo de Hombres no se aventuró nombre alguno por no recordarlo en absoluto.

De aquí el título "Trampas de la Memoria", si se considera el vocablo trampa en el sentido de estrategia; estrategia de la cual se vale la memoria, parapetada tras el delgado muro que separa a lo consciente de lo subconsciente, para rescatar hechos, personas y nombres del olvido, sean estas recordaciones de carácter positivo o negativo. Esto demuestra en forma concluyente la no intervención de la voluntad, de propósito o de tendencia alguna en el proceso.

Por la descripción física que de ambos hicieron ex-alumnas y una ex-funcionaria de alta jerarquía del liceo en Temuco, creo reconocer al 'señor Benavente' en el señor Rodríguez, no así en la descripción de su carácter y hábitos de conducta que me fueron pintados por esta última como abominables: en honor a la verdad, se me insinuó que habría estado involucrado con una alumna. En un nostálgico recorrido por las páginas del Diario Austral de Temuco de los años 1957-1958 período de mi 5º y 6º Año de Humanidades en el Liceo de Niñas de Temuco, tropiezo con alguna convención y otras manifestaciones de gran intensidad y efervescencia del movimiento gremial del profesorado, de cuya Federación de Educadores de Chile se cita al señor Rodríguez como su Presidente Regional. No hay testimonio fotográfico del señor Rodríguez, no obstante, imagen que tampoco he podido obtener en el Liceo de Niñas en donde se me informa que no se han conservado fotografías de "aquella" época. Investigando un poco más allá con otros ex funcionarios del liceo, aprendo que con el tiempo el Sr. Rodríguez abandonó el Liceo de Temuco, muy decepcionado y echando pestes en contra de "esas" señoras (en verdad se dice que empleó la expresión "iesas viejas!") de este liceo, con destino a Punta Arenas (¿por qué me viene a la memoria el nombre de Gabriela Mistral en este instante? Acaso debido a que la Poeta también abandonó el Liceo de Niñas de Temuco —del cual había sido su Directora— profundamente disgustada y jamás volvió; es más, el día que se reunió a todo el alumnado en masa en espera del paso del tren por la estación de ferrocarriles, nuestra laureada Gabriela habría cruzado la ciudad a bordo del convoy

nocturno durante la noche anterior). Por razones que no viene al caso mencionar, me veo imposibilitada de viajar a esa ciudad austral y seguirle la pista a mi presunto señor Rodríguez-Benavente.

El Sr. Morales, en su aspecto físico tal como me es descrito, no me merece el menor atisbo de reconocimiento, aunque sus cualidades 'morales' me fueron ensalzadas con profusión de detalles en el mismo Liceo por la misma ex funcionaria de rancia categoría. Se me informa que estuvo, posteriormente, en la política y que ocupó cargos gubernamentales provinciales y que falleció algunos años ha (estoy en Temuco durante el invierno del año 2000). No inquiero en qué período político del pasado histórico reciente desempeñó esas funciones, para no contaminar 'mi imagen' a priori. Sólo quiero ver su fotografía. Tras un par de llamados telefónicos, y un segundo y último apersonamiento a la reja de la mansión en la Avda. Alemania en donde reside su viuda, soy informada por un pariente que la Sra. Morales ha salido de la ciudad, que no desea ser molestada "una vez más" y que va siendo hora de que abandone mi "empecinamiento" (¡Yo sólo expliqué reiteradamente por teléfono que soy ex-alumna del Sr. Morales, en la actualidad escritora, y que sólo quiero confirmar a qué profesor del liceo corresponde el homenaje que deseo rendir y que sólo deseo ver una fotografía suya de los años 1956-1957 en el Liceo de Niñas de Temuco!).

De fracaso en fracaso como investigadora —que no lo soy y no pretendo ¡válgame Dios! serlo ahora ni nunca. Confío demasiado en mi propia intuición, tanto como para desconfiar de documentos

y testimonios 'históricos'—, me hago el propósito de conservar a 'mi señor Benavente' en el papel, así de prístino, no contaminado de opiniones contradictorias y subjetivas, de subjetividad ajena. Me alinee con, y sostengo, una vez más, mi propia subjetividad, tanto la de aquella adolescente en toda su inocencia, como la de la presente madurez con toda la ingenuidad que se me pueda enrostrar. (¿Cuándo se termina de crecer, de 'madurar' como ser humano?... Y ¿quién lo ha logrado?... Acaso Jesús de Nazaret, Mahoma, Buda, y los demás de la talla. ¡Menuda tarea nos espera...!)

Estas trampas de la memoria me enseñaron una gran verdad. Una verdad de éstas de Perogrullo, pero que hay que experimentarlas en carne propia para que se hagan sangre de la sangre. Que las verdades no vienen envasadas, por lo tanto no es posible adquirirlas de segundas manos. Que no son los nombres los que quedan registrados en el inconsciente colectivo, sino aquellas vivencias originarias, atávicas, ancestrales del Hombre, emparentadas, por un lado, con el estrato primigenio de la constitución divina del alma, con actos y actitudes que tienen que ver con la rectitud, la honradez, la honestidad, el altruismo, entre otras; y emparentadas también, de contraparte, con aquella otra parcela oscura del alma ligada a la materialidad corruptible y cuyas expresiones no viene al caso describir. Experiencias ambas que van conformando, y rellenando, por decirlo de alguna manera, esta ánfora de arcilla que son la memoria y el alma colectivas. Me vienen a la mente, en esta correlación, tres conexiones, a la manera de los *links* en la Internet. Procedo a pincharlas una a una.

La primera corresponde al episodio relatado por K. G. Jung en un *film* documental sobre su vida y su obra que tuve la oportunidad de ver por TV-cable inmediatamente antes de este viaje a Temuco en particular (nunca he tenido TV-cable, pero algún subarrendatario en tránsito por las habitaciones de un pariente cercano, dejó la conexión establecida en el departamento que hube de cuidar en Providencia. Al cabo de dos meses de fascinación hipnótica ininterrumpida ante las imágenes soberbias transmitidas por Discovery Channel de nuestro gran río Futaleufú recorrido jubilosamente una y otra vez en *kajak* por gringos de otras latitudes..., desperté un día por fin y tomé la determinación de largarme a Temuco a refrescar la memoria y desentumecer las raíces). En el sueño de su infancia, Jung niño desbroza la entrada a una cavidad en medio del bosque y tras descender a niveles cada vez más profundos encuentra una calavera sepultada en el fondo último del foso o caverna. Este sueño dio lugar a su descubrimiento y posterior elaboración de la hipótesis del inconsciente colectivo.

La segunda, un poema que cautivara el alma (en pleno vuelo poético por entonces) a primera vista, sin haber escuchado antes el nombre de su autora —Emily Dickinson—, como quien tropieza al pasar por un pasillo desconocido con un espejo en la pared y reconoce su propia imagen: *I died for Beauty, but was scarce / Adjusted in the tomb / When one who died for Truth was lain / In an adjoining room. // He questioned softly, why I failed? / "For Beauty," I replied: / "And I for Truth—the two are one— / We brethren are," he said. // And so, as kinsmen, met a night, / We talked between the rooms / Until the moss had reached our lips /*

And covered up our names.

El tercer vínculo es un segundo poema de la misma autora — conocido en una fecha posterior, iniciada ya (embalada, más bien) en la poesía de la Poeta norteamericana— *Best Things dwell out of Sight / The Pearl — the Just — Our Thought. / Most shun the Public Air / Legitimate, and Rare — / The Capsule of the Wind / The Capsule of the Mind / Exhibit here, as doth a Burr — / Germ's Germ be where?*, para cierto académico norteamericano “sólo un artificio fantástico de palabras”...

Estos dos últimos vínculos constituyen la materia de mis traducciones, en proceso, y sería muy extenso referirse a ellas aquí. Por otro lado, si doy rienda suelta a la naturaleza asociativa de mi mente y a la manía divagatoria o digresora de mi estilo en este instante no habría por dónde acabar o cómo volver, airoso, al punto inicial. Se precisaría de otro libro para ello.

Es preciso insistir en que, al menos en lo respecta a mi experiencia personal y a la cualidad constitutiva de mi psiquis, no todo lo desempolvado merece sacársele brillo. O, lo que es lo mismo, no todo lo que brilla es oro. O, que también existen los espejos distorsionadores de imagen, y que hay que cuidarse de ellos. Aun así, no obstante la falta de definición —o precariedad— del género literario abordado, sostengo y preciso hacer hincapié en que sí poseo absoluta claridad sobre lo que escribo y su motivación, si la hubiere, y que en ningún caso sería ésta turbia ni obedecería a otros intereses como no fueran los míos propios, intereses que, por otro lado, tampoco están emparentados con la materialidad de la existencia.

En lo que respecta a mi 'investigación' de la prensa de los años 1957-1958, los titulares de aquella época, a lo menos me han servido para reafirmar mi visión infantil obtusa de que siempre había una guerra (los encabezamientos, con ligeras variaciones, se repiten hoy con asombrosa similitud. Ni tan siquiera los nombres de los países han cambiado, como en el caso de Israel y Palestina). Medio siglo ha transcurrido y los titulares que tanto me repelieron en los años 56-57, reafirmando tanto mi escepticismo frente al hombre como mi indiferencia frente al Dios de los hombres, ino han cambiado en un solo carácter de imprenta! Del cajista se ha evolucionado al diagramador gráfico... ¡y la misma guerra no ha evolucionado en dirección alguna como no sea para reemplazar el fusil por el misil!

Así y todo, la revisión de esta misma prensa me hizo dar de narices con lo que no busqué, esto es, el nombre de aquel cuarto profesor, del Liceo de Hombres de Temuco, a quien quise exhumar del olvido pero cuyo nombre no tuve a mano en el momento de escribir LOS MEANDROS. No obstante el destino incierto de este primer libro de relatos autobiográficos UN CANAL... UN CAMINO... IMPRESIONES DE ELISEA, doy a conocer a continuación la mención del periódico. Ella corresponde a la edición del día sábado 11 de enero de 1958 del Diario Austral de Temuco y dice así: "Hoy se iniciará el curso de Historia y Geografía de Chile para bachillerato por el Profesor del Liceo de Hombres de Temuco, don Héctor Pacheco Gallardo."

Subrayo, una vez más, la gratuidad del curso y los resultados, sobresalientes, como quedó consignado en el relato de marras. Que esta sola mención sirva para paliar el sabor ingrato de los

titulares coetáneos y la memoria aciaga de medio siglo de una guerra sin sentido. El consignar el nombre del maestro aquí ciertamente no contribuirá al enjoyamiento de la Historia. Su nombre no quedará inscrito en la 'Historia' de la Patria como ha quedado el del héroe Prat, héroe de una guerra que ni siquiera fue nuestra, guerra y motivaciones (embozadas) cuyos fantasmas continúan re-editándose periódicamente en un círculo vicioso sin fin. Mas, el acto de abnegación sí añade a la intrahistoria, al acervo inconsciente del pueblo, del individuo común, del hombre sin nombre propio, así como los actos de tantos otros individuos anónimos. Acaso algún día también le valga para el reconocimiento de la patria y de la época en las cuales me ha correspondido nacer, vivir y sobrevivir y, espero, morir en paz. Una época y una Patria en que a los maestros no se les había despojado aún de su dignidad y en que podían permitirse el lujo de la abnegación. Altruismo, ique no la filantropía!, esta última no pasa de ser un sinónimo de limosna o —tanto peor— de 'caridad'...

REFERENCIAS GEOGRÁFICAS Y CRONOLÓGICAS

Relato	Año	Lugar
Un canal... Un camino...	1946/47	Temuco
Sospechosos de guitarra y... 'guatapiques'	1983/84	Concepción
El vestido blanco	1949/50	Temuco
El jardín	1996/97	Santiago
El paseo de las madres	1954	La Unión
Alguna relación entre Fray Luis de León y 'la palabra'?	1994	Santiago
La capa de aguas	1952	Temuco
De la política y sus políticos	1999	Santiago
Cuando floreció el huerto	1948/50	Temuco
El tarro de pintura	1948/50	Temuco
De la 'única herencia' y de las connotaciones de 'un rojo'	1952/53	Temuco
El patio mariano	1948/51	Temuco
El paseo mariano	1948/51	Temuco

Relato	Año	Lugar
La cuestión revolucionaria-universitaria, tal como fue vislumbrada y zanjada sin mayores trámites en la Cabina 3	1962/63	Concepción
¿Cuándo, exactamente, dejamos de ser personas?	1999/2000	Santiago
La memoria insurrecta	1949 – 1999*	Temuco
El año en que vendí mi alma al Diablo por una falda y una blusa más unas cuantas monedas	1964	Concepción
Los meandros	1956/57	Temuco
Las trampas de la memoria	1956/57 – 2000*	Temuco

* Lugar Temuco años 1949 y 1956/57, respectivamente – Escritos en Santiago entre 1999 y el año 2000, luego de un prolongado intervalo invernal en Temuco.

*Mi corazón es el único cristal
a través del cual
puedo ver el mundo que me rodea*

*“La naturaleza tiene un gran
libro donde inscribe minuciosamente
todos los excesos que cometéis.”...
Así que trata de conservar blanca la página
que te está reservada en el
Gran Libro de la naturaleza.*

(En Carta de Louis Germain a Albert Camus
Albert Camus, EL PRIMER HOMBRE,
Ed. Tusquets, Barcelona, 4ª. Ed., 1995, p. 297)